

Santiago Lorenzo

Los asquerosos



Manuel acuchilla a un policía antidisturbios que quería pegarle. Huye. Se esconde en una aldea abandonada. Sobrevive de libros Austral, vegetales de los alrededores, una pequeña compra en el Lidl que le envía su tío. Y se da cuenta de que cuanto menos tiene, menos necesita. Un *thriller* estático, una versión de Robinson Crusoe ambientada en la España vacía, una redefinición del concepto «austeridad». Una historia que nos hace plantearnos si los únicos sanos son los que saben que esta sociedad está enferma. Santiago Lorenzo ha escrito su novela más rabiosamente política, lírica y hermosa.

Santiago Lorenzo

Los asquerosos



Título original: *Los asquerosos*
Santiago Lorenzo, 2018

Revisión: 1.0

1

Nació en Madrid en 1991. Su padre era uno que le daba igual a todo el mundo. Su madre, que lo mismo, era la hermana de mi exmujer, a la que no veo desde hace ya ni sé. No tenía más tíos que yo.

Impresionaba verle, con once años, buscando trabajo en Internet. Ni se lo iban a dar ni él lo iba a pedir, por su edad. Pero desde crío, Manuel ya estaba indagando sobre cómo sería verse a sí mismo metido en el mundo.

Manuel es nombre falso. Pero es que no debo dar el verdadero.

Era uno de esos críos a los que ahora llaman «niños de la llave». Sus padres, por trabajo o relaciones, nunca estaban en casa. Manuel llevaba la llave de su domicilio colgada al cuello porque no tenía a nadie que se ocupara de él a la salida del colegio. Se supone que esta es situación carencial y penosa. Muchos, en su tesitura de desasistencia, se tirarían con los años por la autolesión, el juego de rol insano, el ostión en moto, la anorexia o el romanticismo salido de rosca.

No fue el caso de Manuel. Él alineó los pros y los contras de la incuria de la que era objeto y luego reflexionó. Para él, la falta de atenciones era una clara tajada de suerte. Agradecía con fuerza la incomparecencia paterna, porque así no tenía que aguantar bobadas. Encontraba en la casa vacía un espacio de control, un rancho con él de mayoral, y a edad bien temprana.

Le daban pena los niños «sin» llave, a quienes a cambio de una merienda puesta en la mesa les escamoteaban la ocasión de estar solos dándole vueltas a sus asuntos y a los que negaban la oportunidad de ensayar mañan por cuenta propia. Él, en su independencia sobrevenida, aprendió pronto a hacer tortilla

francesa, a forrarse los libros con papel de regalo y a atajar una mancha de grasa en la ropa con una pizca de harina.

Un día arregló el empalme del enchufe de una lámpara. Mantuvo en secreto la reparación porque sabía que papá y mamá le iban a reprender por haber andado metiendo los dedos en trastos de corriente. En casa, la lámpara se había arreglado sola, que a veces estos chismes no hay quien los entienda. Empezó a callarse las cosas que le salían bien. Se aficionó a los aparatos. Adoptó el destornillador que utilizó para el remiendo como amuleto no mágico, sino útil, pero que también le daba suerte. Era una herramienta de tamaño mediano, con un mango amarillo semitransparente de una luminosidad irresistible. Manuel era un pequeño manitas que luego fue creciendo.

Cuando sí se cruzaba con los padres condescendía con ellos, intentaba entender sus meteduras de pata, pasaba por alto sus pequeñas ridiculeces. Si los veía desanimados los alentaba, procuraba confortarlos cuando volvían a casa, se quitaba de en medio cuando los veía del todo decaídos. Resumiendo, y hablando en plata: sus padres le daban pena. A los demás, no nos andemos con dengues, pues también bastante.

Quedó chico de tamaño, como yo. A los 157 centímetros se le detuvo el ascensor.

Era listo. Un psiquiatra que lo hubiera examinado con sus test habría dictaminado un cociente intelectual hermoso. No hubo caso. Cuando Manuel demostró una inteligencia superior fue cuando se negó a realizar las pruebas de medición, que para qué quería él tasar algo que iba a usar igual de todas todas. Si alguna vez habló de su cociente fue inventándoselo y amputándolo aposta para hacerse el bobo, uso de lo que alguna vez extrajo buen partido.

Estaba dotado para aprender sin herramientas sofisticadas, solo con instrumentos corrientes y fijándose mucho. Estudiaba inglés oyendo la radio, sin cursos ni academias. Avanzó en la autoescuela mirando al conductor del autobús. Se adiestraba con las máquinas destripando las que rescataba de los contenedores.

Ansioso por saber cosas y por hacerlas, a ojo abierto y mano alerta, se metía no sé si a examinar mecanismos, a hojear libros, a mirar por la ventana, labores así. La cosa era tener cabeza y dedos en órbita. Me acuerdo del día en

el que estábamos con eso típico de que qué pedirías al genio de la lámpara si se te apareciera. Yo, que nunca he sido de mucha originalidad, me pedí poder volar o ser invisible.

Él salió con que no le interesaba ninguno de estos dos deseos. Que volar ya se podía, con el Google Maps. Y que invisible ya se sentía, porque no se notaba notado. Me contestó que él pediría no tener que dormir. Que le jodía y le rejodía estar a sus cosas y que se le empezaran a cerrar los ojos en lo mejor, sin que pudiera hacer nada contra el sueño. Que él elegiría librarse de esa esclavitud, y pasar la vida despierto, de pie y dado a sus solitarias fascinaciones.

Era de curiosidad excitable. En la tesitura imaginaria de que un tribunal avieso le hubiera sentenciado a morir fusilado, Manuel se habría llevado el consiguiente disgusto, no diré que no. Pero un vertebrado como este, por otro lado, sí se habría sentido positivamente estimulado ante la expectativa de comparecer ante una experiencia incontrovertiblemente novedosa, y cuyas ocasiones de probar no son abundantes.

Puntilloso para todo, era el único pavo que he conocido que cuando citaba una película en un *mail* se tomaba la molestia de escribir el título en cursiva. De ahí en adelante, y en materia de rigores, todo para arriba.

Vivía ávido de tratar con gente. Aseguraba que no podría establecerse en una ciudad en la que no fuera capaz de comprender a la perfección todas y cada una de las palabras que leyera u oyera, para no perderse nada. Por lo mismo, no podría habitar en una capital más pequeña que Madrid, la repleta de masas. Decía que si un día quisiera mudarse, no le quedaría más opción que avectar en Buenos Aires o en el D.F.

Le ocurría, sin embargo, algo muy dramático y muy lamentable. Era muy duro que un tío con su predisposición a asomarse a la calle y a sus pobladores con las mejores intenciones tuviera tanta dificultad para echarse amigos. Por esa vertiente de sintonización con el prójimo, Manuel era zote perdido.

Él tenía muchas ganas de ir por ahí, de salir en compañía y de andar por Madrid haciendo un poco el gamba, engarzado en un grupo de amigachos majos, con mañanas de conversación, tardes de callejeo y noches de vasos. Pero no se le lograba, para tortura suya. Así como hay personas que se desviven por acopiar dinero y en cambio tropiezan, y marran, o pillan solo a

medias, o fracasan a enteras, así Manuel se quedaba a dos velas en lo del amiguerío.

No acoplaba bien, acaso por el chorro excesivo de ansias que tenía de acoplar. Le daba vergüenza que se le notaran los deseos de compincheo, y se los frustraban las angustias derivadas del que si me arrimo o que si me despego. La gente le detectaba la sobreabundancia de anhelo, famoso antídoto, y mucho candidato a compadre fugaba discretamente. Para el que no le conociera, Manuel era un pesado. Y ninguno de los recién conocidos le conocía, como la propia expresión indica, implícita ella, no hay más que explicar. Yo salí con él varios viernes (con mis treinta años rebasando los suyos, vaya dos) y se quedaba mirando con admiración y envidia a losorros, a los pelotones y a las congas. Nunca pescó demasiado. Iba con mal anzuelo.

Huelga decir que los tientos de aproximación arrojaban aún peores resúmenes cuando tenían a las chicas por objeto. En esta página trabucaba con mayor frecuencia y peor ridículo, cómo no. A veces parecía imbécil. Tuvo alguna novia, no obstante, en romances sin recorrido que habitualmente no liquidaba él, y cuyos adioses le dejaban postrado en la dolencia durante semanas. Un desastre.

2

Apegado a los cables, a las ruedecitas y a los botones, estudió una FP y una Ingeniería. Se licenció en 2013. Para entonces, Manuel ya llevaba tres años buscando trabajo. Esta vez, en serio y como adulto. Sentía la urgente necesidad de abandonar la casa paterna y a sus habitantes naturales.

Pero desde el mismo momento en el que empezó a mirar, con títulos oficiales o sin ellos, Manuel se encontró puesto de pie en una paramera de desempleo sobrecogedora. Operaba a su contra una situación económica de crisis dilatada y pringosa, con los niveles de paro disparados hasta el cielo. Una tesitura incuestionablemente adversa que parecía una broma de cámara oculta en la que todo el equipo de realización se hubiera muerto al tiempo, y en la que no hubiera quedado nadie para cortar y decir que todo era de coña, y que ya podía seguir cada quien con su vida normal. Y la guasa, marchando sola, embrollándose en malentendidos cada vez menos sostenibles.

De hecho, el primer curro (vigilante de bultos en un vivero) no le salió hasta que hubo acabado de estudiar. Le duró lo que el verano. Luego se metió en otro (dependiente en una hiperpapelería) que le duró lo que la Navidad. Hubo más, donde el menos breve fue el de mozo de refuerzo suplente (el titular jamás compareció) en un almacén de áridos en Leganés.

Así, a trompicones, pasó dos años. Haciendo lo que fuera con tal de no dejar espacios vacíos entre períodos de ocupación, desempeñando tareas siempre de tísico rendimiento en pasta y nunca relacionadas con sus expectativas vocacionales. Y con escatimado personal en nómina, con lo que la labor se acumulaba sola.

En fin, la historia de Manuel no resultaba nada original en aquellos tiempos, con ejércitos de hombres y mujeres meando aprisa para que no les pillaran en esas si les llamaban por teléfono para un empleo.

Echaba horas como si las llevara en una bolsa inagotable. Durante ese bienio apenas pudo pensar más que en los mandados que le encomendaban capataces, jefes de cuadrilla y encargados de área. Su flujo físico y mental se iba en esto, arrinconando a los intervalos de metro y autobús la lectura, el inglés de la radio, la actualización de lo suyo con las ingenieradas y las cien cosas en las que siempre estaba concentrado, que nada tenían que ver con sus trabajos eventuales.

Tuvo que renunciar a ellas. Con gran perjuicio de ánimo, porque Manuel era activo por naturaleza. Impulso que no regía a la hora de trasladar fardos de Sótano 2 a Planta Primera-Ala B. Esto le costaba sobremanera. Lo que eran sus vocaciones, sus intereses, sus aficiones y sus amenos ensimismamientos, esos hubo de abandonarlos o relegarlos a franjas horarias pintorescas, mangando horas al sueño hasta que se le apareciera el genio de la lámpara con la dispensa.

Los empleitos de circunstancias, para su mal, lo tenían abducido. Como consuelo, miraba lo cobrado. Apenas lo tocaba, por tenerlo destinado a reunir las mesnadas de monedas con las que pirarse de casa. No dejaba de buscar, por si un día podía vislumbrar mejores remuneraciones, horarios o correspondencias con su especialidad.

Creo, de todas formas, que cuando Manuel escudriñaba entre posibles opciones laborales, iba menos atento a las condiciones de salario y libranzas que al hecho de que en la empresa contratante hubiera compañeros en nómina. Tíos y tías con los que alternar, con los que trazar planes, con los que salir por ahí después de la jornada. En lo que iba pillando, sin embargo, ni una cosa ni la otra.

Así vagaba por el mundo cuando, en junio de 2015, recaló en un combo en el que operaba algo de personal en plantilla. Y que de algún modo muy remoto, y solo metiéndose en el espíritu connaturalmente positivo de Manuel, guardaba alguna relación con su formación en lo ingenieril. Era una pequeña empresa auxiliar, adscrita a una compañía de telefonía gorda. Trabajaban allí un coordinador y veintidós teleoperadores (de ingenieril, nada). Atendían

reclamaciones de clientes sobre móviles e Internet. En un principio pintaba bien.

A las dos semanas, en cambio, Manuel empezó a sospechar con disgusto qué era lo que estaban haciendo en realidad. Los teleoperadores, él mismo, recibían las quejas de los abonados, que siempre eran de índole económica y por cobros a favor de la compañía matriz: doble facturación injustificada, cargos arbitrarios, tarificación subvertida, consumo no efectuado, impuestos sacados de la manga.

Los empleados debían derivar las llamadas a una instancia superior para su solución. Manuel notó que muchos clientes volvían a llamar al día siguiente, y al siguiente, porque su problema seguía sin resolverse. Presintió que las reclamaciones se desoían aposta, y así hasta que el demandante se cansara. Que era bien pronto, en un alto porcentaje de protestas. Muchas personas ni se daban cuenta del sablazo, porque no tenían costumbre de mirar sus extractos (con lo cual, ni apelaban). Otras lo dejaban estar, por timidez, porque les sobrepasaba exigir, porque preferían perder el dinero antes que seguir dedicando las mañanas a su queja, porque será que es que esto va así. Ahí estaba el beneficio. Solo se restituía el cobro indebido al que insistiera equis veces. Los empleados manejaban teléfonos defectuosos, cuyos frecuentes fallos de conexión incineraban la paciencia del más pintado.

El coordinador, disimulando. La tropa de base, redirigiendo llamadas una vez tras otra, y dando explicaciones que ni ellos entendían. Con estas premisas, el ambiente humano era penoso. Un día se corrió la noticia de que iban a largar a uno de los empleados. Llegó un momento en el que lo sabían todos menos él. Fue su cumpleaños. Los teleoperadores y el jefe, todos ellos unos asquerosos, le cantaron en pleno «Es un muchacho excelente», y se reían tapándose la boca. Lo echaron. (También a otros dos más, muy cantarines. La cara que debían de llevar). Este era el clima. Como para pergeñar duraderas amistades.

Se pagaba con un billete rosa al mes, uno solo. Quien viniera pretendiendo más céntimos iba a la calle, como el del cumpleaños. La paga era de verdad menuda.

Pero Manuel hizo cuentas. Tenía 4.000 euros tras dos años de ahorrar prácticamente todo lo ingresado. Y un empleo en el que se propuso aguantar

a pesar de la atmósfera reinante. Se compró un ordenador y un cochecito de quinta mano, que le sajonaron una cuarta parte del caudal, y en julio de 2015 se lanzó por fin a vivir por su cuenta.

Se fue al área decrepita de Centro, el distrito populoso, al olor del tremolar de la capital y de su núcleo nervioso. La zona era la adecuada para entremezclarse con personas de día y de noche.

Alquiló un piso, así lo llamaba él en su optimismo militante. Era un camarote interior en un antiguo bloque de oficinas, reconvertidas en vivienditas de las dimensiones de un despacho, sin mucha reforma y a buen seguro con los permisos en el aire. Él se pudo pagar una con retrete y lavabo. El edificio, por dentro y por fuera, no resultaba muy disímil del que acogía su puesto de trabajo. Hoy sigue en pie a mitad de la calle Montera, vía cuya cierta conflictividad repercutió siempre en la asequibilidad de los alquileres.

El casero era propietario de todo el inmueble. Aunque no llegué a tratarle, y por lo que me contaba Manuel, debía de ser uno de estos tíos raros a los que parece que les huele mal un pie y el otro no. Pero era ante todo un vival y un gorrón. Un rácano clínico. Se decía que pasó un fin de semana de marzo en un hotel y pidió rebaja en la factura porque en la madrugada del domingo se adelantó la hora. Era lo que se llama un cacas, un tacaño y un gañotero. Un asqueroso. No tenía mucho sentido solicitarle la reparación de un radiador o la reposición de un grifo.

Daba como para sospechar que el casero estaba haciendo cosas raras con su industria. No se le veía interés por firmar papeles, y se negó a domiciliaciones. Todo se pagaba en mano, a billete limpio y por adelantado. Manuel quedó en mandarle una fotocopia de su carné de identidad, por guardar las apariencias de formalidad y por esa pintoresca intención, tan suya, de querer hacer las cosas bien. Al final poco menos que tuvo que insistir en que se lo aceptara. Pero se lo acabó entregando.

En materia de regularización, en la España de 2015, lo habitacional no era muy pulcro. En era de arrasamiento, y a efectos psicoeconómicos, el patio parecía un Monopoly al que hubiera que jugar con dados planos, unidades monetarias diferentes y calles todas del mismo color. Y mientras tanto, contrariado por las irregularidades, pretendiendo un poco de licitud, ahí iba Manuel, ofreciendo su carné por cosa de actuar rectamente.

A mí nunca me ha ido muy allá en materia de trabajo ni de dineros. Soy licenciado en Psicología, rama Industrial. Me he dedicado mal que bien al tema de los recursos humanos. Por aquel tiempo me retorció de risa amarga al pensar que los míos no me daban para vivir con medio garbo. La tesitura laboral, penosa, también me tocaba a mí. Pasaba períodos de paro, y la separación de mi mujer y la manutención de los dos hijos que tengo me habían dejado esquilmadito (dinero bien empleado, no digo que no. Me quité a los tres de encima).

A pesar de mis socavones, quise ayudar. Manuel no aceptó mi modesta propuesta de limosna para mejorar sus condiciones de retribución o morada (y menos mal, qué coño, que no sé para qué ofrezco lo que no tengo). No la rechazó por gallardía ni mandangas, sino porque consideraba ineludible solventar sus aprietos propios. Pechaba con su empleo y con su madriguera porque sabía que aún no tenía cogida la medida de su valía propia. Y porque acataba que tendría que padecer mientras el sofá social siguiera con los resortes tirando a descuajados. El momento de degradación generalizada no daba pie a grande optimismo. Ese lo ponía él, que vigilaba las rejas a ver cuál de ellas se abría.

Manuel se instaló en el cuchitril de la calle Montera con las cuatro pertenencias de las que era propietario. El vecindario, huraño era. Sería que la estrechez de los cubículos encogía las almas. A las dos semanas de estadía no había cruzado palabra con nadie. Los pasillos calados de puertas, carriles crudos, tampoco daban para más intimaciones. Y mucho menos tratándose de un parco como este, por mucho que las estuviera deseando.

3

Fue en la tarde de su segundo viernes como ciudadano emancipado. Manuel se disponía a salir de su contenedor-vivienda. Llevaba tiempo buscando una tienda en la que comprar una churrera clásica, con su boquilla de estrella, su émbolo y sus dos asas a los lados. Al fin había dado con una ferretería del Paseo de Delicias en la que las vendían. Para allá que se iba.

Hacía de llover, fenómeno que en el verano madrileño nunca es suave. Agarró su paraguas de tres euros para no tener que desembolsar otros tres si al final rompía. Salió de su chiscón. Bajó la escalera a pie, como en él era costumbre. Llegó al portal.

Sintió más ruido en la calle de lo que era habitual, y más tenso. Entreabrió la puerta de madera de salida para mirar qué se cocía. Vio carreras cuesta abajo, en dirección a Sol. Eran los restos de una manifestación, que se alargaba y se contraía en su fase de disolución a manos de los cuerpos de policía. La protesta se prolongaba a base de desórdenes, como siempre desde que la autoridad se propuso mantener el orden en este tipo de actos.

De pronto, la puerta se le vino encima. Le impactó en una ceja. Un tío grandón de unos treinta años la había golpeado desde fuera. Luego la empujó fuertemente con el hombro. Accedió al portal arrastrando en el embate al arrendatario. Vestía de paisano, y traía una porra extensible en la mano derecha y un portaplacas colgante de los antidisturbios al cuello. Si había salido de su casa de secreta, ya se había dejado de disimulos.

La reivindicación no era en el portal, no suele serlo. Allí no había nada que dispersar. Pero el agente cerró tras de sí. Dio por hecho que Manuel, que

nunca llegó a saber qué se demandaba en la protesta, era un manifestante que buscaba cobijo. Le susurró el pareado «chavalito, callandito» con rabia indisimulada, y aludió ofensiva y amenazadoramente a su corta estatura.

La intimidación del portal acendró los ánimos del policía. Lanzó a Manuel contra el mural de buzones y cargó de impulso el brazo armado para trazar trayectoria coincidente con el hombro del atrapado. Le iba a pegar porque sí. O porque le recordaba a alguien, o por convicción moral, o por celo profesional. Por lo que fuera. El individuo llevaba la expresión de peligrosote de quien luego no sabe rellenar un formulario en una ventanilla.

Manuel, que en momentos de sobresalto solía verse invadido por complicado léxico, se figuró en su cabeza las retorcidas oraciones «¿A santo de qué me irrumpe este?» y «¿A fuer de qué me prorrumpe?». Un camuflado le iba a partir por la mitad por el delito flagrante de estar saliendo de su portal para comprar una churrera.

Entrevió cómo iba a acabar el episodio si no tomaba medidas. No con un garrotazo encima, sino con una alquitrانosa conciencia de que el estado de derecho iba a posar su afán de *desderecho* sobre él. Dudaba de que si admitía el porrazo y luego se iba a la ferretería de Delicias como si nada, pudiera sobrellevar la carga de haber entrado en la rueda sin radios del despropósito. Quería comerle el espacio un servidor público retribuido mensualmente para defendérselo.

Por la diferencia de volúmenes, el policía lo podía fulminar. Pero acometiendo contra el más sucinto, el funcionario milite se había equivocado de medio a medio. Manuel se iba a defender de una agresión injustificada perpetrada a manos de un oponente que jugaba con demasiada ventaja.

Empuñaba dentro del bolsillo su destornillador amuleto. Lo llevaba siempre encima desde el día de la lámpara recompuesta. Lo sacó a resorte y embistió a punta de herramienta sobre el cuello desnudo de su inminente atacante. Le acertó. El policía soltó la porra y se llevó las manos al pescuezo.

De un respingo acelerado, Manuel retomó la vertical y cruzó el portal sin conocer el alcance de su punción. No sabía si la herida infligida era grave o leve, superficial o mortal de necesidad. En el destornillador había sangre, eso sí. Había atinado, pero sin que pudiera confirmar nada sobre el efecto del acero sobre la salud del antidisturbios.

En julio de 2015 había entrado en vigor un nuevo Corpus jurídico que redefinía las relaciones de los ciudadanos con las fuerzas de seguridad. Sobre el papel sonaba a música, pero la nueva ley dictaba sanciones esquiladoras y penas de prisión engordecidas solo por mor de un simple vocablo, una sencilla fotografía, una diferencia de pareceres o un leve contacto físico entre dedos.

En la práctica, el texto convertía a los policías en jueces armados cuyo mero testimonio gozaba de rango de prueba. Lo que les hacía poco menos que intocables, como si el gobierno promulgador lisonjeara a la fuerza pública para ver de transformarla en su guardia pretoriana. Había más motivo para evitar a la policía en 2015 que a los quinquis en los setenta, a los que por edad tuve ocasión de tratar. Los chirleros de robar 100 pesetas solo iban a dejarle a uno un bolsillo aligerado, pero ningún requerimiento penitenciario ni sanciones onerosamente agigantadas.

El suceso del portal quedaría adscrito al ámbito del atentado contra agente de la autoridad. Si por una palabra, un gesto o un toque en un brazo ya le embargaban a uno las cuentas y lo arrojaban a mazmorras sin mucho más atestado, qué decir de una agresión a sangre, por muy fundamentada que esta fuera. Según el desgarró causado, y en virtud de la nueva letra, el delito tardaría entre 15 y 20 años en prescribir. En concepto de multa, le iban a quitar a Manuel los chinos que había recabado en dos años, el coche de saldo y todo duro que fabricara hasta que se muriera. Por haberse defendido.

Podía alegar eso, legítima defensa, concepto jurídico que salía en las películas. En las cinematografías deben de imperar cosmos judiciales específicos para ellas. No hay certeza de que rijan aquí y ahora.

Ahí quedó el antidisturbios, doliéndose contra los buzones como si le atribulara no recibir una carta largamente esperada pero que nunca llegaba.

Manuel ganó la salida de dos brincos. Antes de agarrar el pomo de la puerta, vio un objeto en el que nunca había reparado antes. Lo miró con un trozo de ojo, un casquete del globo ocular que enfocó al trasto según empezaba a irse. Era una cámara de seguridad que se reía de él desde una esquina superior del portal. Allí estaba, fijada a muro, con sus cuarenta y cinco grados de inclinación a diedro para abarcar todo el espacio sin perder detalle.

El objetivo lo había tenido enfilado como a un insecto en un documental. Pero justo antes de cruzar el umbral, su sentido de conservación le instó a zafarse de las otras cámaras, las callejeras, que la policía empezaría a examinar dentro de media hora. Tuvo la inspiración de abrir el paraguas antes de abandonar el portal. Y luego ya sí, salió. Se iba tapando la cabeza con el paraguas abierto, bajándolo hasta dar con el cráneo en las varillas.

Las carreras seguían por la calle, y el cacharro le protegía doblemente: porque le ocultaba la cara y porque su atrezo pluvial de transeúnte ordinario, inmerso de pronto en el follón (nadie sale a correr ante las porras con un paraguas desplegado) le hacía refractario a la atención de la policía.

Caminó en dirección norte, a paso refrenado, como peatón de bulto. Se mezcló entre la gente, que algo taparían los cuerpos ante los objetivos de las cámaras, y las personas le hacían de biombo móvil entre que corrían hacia un lado audaces o hacia otro precavidos, según la ubicación de los uniformados. Cubría también su chupa verde con el nailon del paraguas, sin conseguirlo del todo. Le preocupaba menos la parte de las piernas, porque de pantalones llevaba el que todos, el universal vaquero azul. Andaba mirando al suelo y tapándose el rostro con la mano libre, como si le dolieran las muelas o como si le estuvieran disgustando los desórdenes.

Subió hasta Gran Vía, buscando muchedumbre. Allí tomó un taxi, donde más lío de coches encontró y donde se haría más complicado el seguimiento visual del vehículo. Se vino hacia mi casa. No dio al taxista mi dirección, sino la de una calle que queda a quinientos metros de mi domicilio (vivo en Las Musas y él pidió Torre Arias).

Llegando a destino, hizo como que se Haba con la chupa y se la puso al revés, con el forro gris para afuera, en un intento de cobrar otro aspecto. No quedaba raro, con la ropa tan extraña que se ve. Pagó. De nuevo, empezó a abrir el paraguas todavía dentro del habitáculo. No estaba de más, porque la lluvia ya caía. Se bajó. Cubrió a pie el medio kilómetro que tenía hasta mi casa.

En mi barrio apenas hay cámaras de calle. Pero por si acaso, mantuvo la cabeza metida bajo la bóveda paragüera, como la yema de un huevo bajo su cáscara. De camino, y en previsión de geolocalizaciones delatorias, Manuel extrajo la tarjeta **SIM** de su móvil y la echó por una alcantarilla. Luego

mandó el teléfono al fondo de un contenedor, por quebrar cualquier conexión que pudiera haber entre su móvil y su rastro. Deseó con ganas que el camión de la basura pasara pronto y que en cosa de horas el aparato estuviera humeando en un vertedero municipal.

Le trituraba pensar que ninguna de estas precauciones tenía sentido, si ya había protagonizado su película en la cámara del portal. Del portal del belén que se había organizado dentro.

Sin móvil con que anunciarse, Manuel me tocó al portero automático. En un principio no abrí, no abro nunca. Así que achicharró el timbre, que ya sabía de mis costumbres. Al final intuí que algo grave pasaba. Venía hecho una puta caca. Traía blanca hasta la sombra.

4

Me tomó de una manga sin pronunciar palabra y me metió en la habitación más recóndita de mi piso de divorciado. Allí, frente a una pila de ropa recién planchada, me contó todo lo que había pasado.

Lo peor era lo de la cámara de seguridad, un cachivache amenazante como una pistola de rayos apuntándolo a él y apuntándolo todo.

La policía intuiría que el espadachín vivía en el edificio. Iría directa a preguntar al casero si sabía quién era el tío del destornillador que salía en el filme. Este diría que lo tenía en nómina. A Manuel le había costado trabajo que el arrendador aceptara la fotocopia de su carné, por darle rigor paplero a su estadía. Error de los gordos. Ahora nos asustaba pensar que cuando el retén fuera a interrogar al casero, este sacara de sus archivos el carné del inquilino. Tenían su cara en el disco de la cámara. Este mínimo de pesquisa les daría el nombre. Cualquier operación que conllevara identificación y que Manuel realizara lo mandaría directamente al barranco.

Tendrían ya su cara en comisaría, así que debía tapársela. Era capital que no viera a nadie y que nadie le viera a él, como medida cautelar primordial y decisiva. No debía cruzar palabra con conocido ni con desconocido, ningún animal con partida de nacimiento podía mirarle ni oírle. Otra cosa significaba empezar a rodar por la pendiente del desastre y acabar jodiéndola.

Supongo que ambos consideramos la idea de que Manuel se entregara. Yo, desde luego, sí, vistos los adversos precedentes desde los que comenzaba la partida. Pero ni él ni yo la expusimos. En época de garantías legales movedizas, caprichosas y atenuadas a intereses de parte, el presentarse en la

corte a contar la verdad habría sido un gesto de ingenuidad desorejada. Había que buscar otras rutas.

No teníamos a quién recurrir. No me venían nombres de gente a la que pedir ayuda, que nunca he sido de mucho trato con nadie. En eso nos parecíamos mucho tío y sobrino. Pronto nos dimos cuenta de que aunque hubiéramos dispuesto de una lista cumplida de amigos a los que pedir merced, nunca la habríamos usado. No podíamos hacer partícipe a nadie de algo que nos veíamos obligados a llevar en el secreto más absoluto.

Con estas negras premisas empezamos a trazar planes, más alumbrados por las novelas leídas que por otra luminaria. Algunas de las precauciones que tomamos no tenían mucho sentido. Pero todas nos parecieron pocas, necesarias e incuestionables.

Lo menos desaconsejable era salir de Madrid a todo gas. Poner tierra por medio hasta que las cosas se aclararan, confiando en el autoengaño de que a veces los sucesos se deslavan ellos solos. Manuel debía salir de la ciudad en la que ya se estaría escudriñando, tirar para donde fuera, encontrar algún agujero y quedarse allí. Y pirarse además esa misma noche, enseguida. Para ganar tiempo y porque la falta de luz, si se trataba de esconder su estampa y su matrícula, jugaba a su favor.

Compusimos un índice de recursos (económicos, logísticos, locomotrices) con los que recontar los pocos socorros que teníamos de cara.

Manuel llevaba encima 23 euros, el carné de identidad, el de conducir, la tarjeta sanitaria, la del banco, unos *kleenex* y su destornillador. Que lavamos con agua y alcohol porque tenía la punta marrón.

En materia de pasta yo estaba pasándolas canutas, como ya he dicho. Pero algo podría donarle. Muy poco, en fin. Cantidades de vergüenza.

Manuel contaba con lo que reservaba para estrenar su independencia recién abortada. Lo tenía en una cuenta corriente que abrió tras conseguir su primer empleo, en 2013. La había domiciliado en casa de sus padres, porque por entonces no veía nada claro que algún día lograra vivir en otro lugar. Eso nos ahorra huellas. Debíamos retirar las cuatro perras, porque el dinero aquel nos iba a hacer muchísima falta. Yo me encargaría del reintegro, y ya me pensaría la forma de hacérselo llegar. No en efectivo, porque él no podría ni entrar en una tienda, sino convertido en bienes de consumo. Manuel me

entregó su tarjeta y su clave. El límite de extracción en el cajero era de 400 euros. En siete visitas, prudentemente espaciadas en el tiempo, dejaría el fondo a cero. No era rico, Manuel.

Se imponía también cancelar la cuenta, para eliminar cualquier rastro suyo en el mundo. Disponiendo de la contraseña, que él me anotó, su banco sí permitía la rescisión telemática. La haría yo desde mi casa.

Manuel estaba sin teléfono. Cacharro imprescindible, porque iba a ser su cable con el mundo conmigo de médium.

En circunstancias normales, yo habría abierto por Internet una línea de móvil. Pero la tarjeta habría tardado un par de días en llegar por correo, tiempo del que no disponíamos. Aún eran las siete de la tarde. Dejé a Manuel en casa y me fui corriendo a una tienda de telefonía. Allí me di de alta, a mi nombre y con cargo a mi cuenta. Me asignaron un número nuevo y un terminal con tarjeta. La tarjeta sería para Manuel. El terminal, para nadie.

Tenía yo en casa dos móviles de los viejos, de los *tontos*. Se me habían quedado por los cajones, con sus cables, por no saber dónde tirarlos sin contaminar un barrio entero. El rastreo por geolocalización de este tipo de aparato antiguo era más complicado que con los de fabricación posterior.

Puse los dos a cargar. Uno sería para Manuel. Inserté en este la tarjeta nueva y estrené el **PIN**. Él no llamaría jamás a nadie. Ni siquiera a mi. Se trataba de que su número no quedara grabado en ningún terminal. Siempre le llamaría yo, desde el segundo teléfono *tonto*, también de ubicación difícil. Para comunicarme con él, a cada nuevo contacto, sacaría de mi móvil habitual mi tarjeta y la introduciría en el viejo. En ninguna de las dos líneas aparecía su nombre. Hablaríamos todos los días a las cuatro de la tarde.

El problema principal era dónde y cómo recargar el teléfono que se llevaba Manuel, si él no debía cruzarse con nadie. Le estaban vetados el bar, la biblioteca, el centro social y la estación de autobuses. Le estaba prohibido cualquier lugar con presencia humana, que era como decir que tenía restringido el acceso a paredes con enchufes.

Yo nunca he aprendido a conducir, y de coches no sé nada. Pero Manuel me puso al día de novedades sobre electricidades y automociones. Había algún recurso del que podríamos valernos. Aunque de mala manera, porque no eran más que apaños temporales y remiendos perentorios que no ayudaban

gran cosa.

Durante cierto tiempo, y según gastara más o menos gasolina en carretera, Manuel podía tirar del mechero del coche para cargar el móvil. Todavía conservaba yo el adaptador para encendedor, que no sabía ni para qué era. En tanto que dispusiera de combustible con el que arrancar el vehículo para que la batería no se descargara sola, Manuel tendría teléfono. Incluso podía aguantar algún tiempo más, mientras la pila del automóvil no se muriera por inactividad.

Pero la gasolina se acabaría agotando, y la batería se desvanecería sin más trámite. Rechazábamos de plano la ocurrencia de repostar, delante del mundo, dando pistas. Obligados a escatimar chicha, procuraríamos ser muy breves en las charlas. Manuel mantendría el teléfono apagado mientras no habláramos. El problema de cargarlo quedaba en el aire. Apuros similares había más, conformando una verdadera exhibición de escuadrilla acrobática.

Nos percatamos de otro peligro adyacente. Podía ocurrir que alguno de los conocidos de Manuel denunciara su desaparición. No serían muchos, dada su inhabilidad para trabar relaciones. Pero con que hubiera uno solo que diera la voz, bastaría para bordar un buen aprieto. La denuncia de la extraña ausencia sería un encomiable acto de buena voluntad por parte de quien la cursara. Pero a su vez, la peor faena que podría endilgarnos, cuando el quiñón tirara de los denunciantes para ver si el tío al que buscaban era el que salía en la película de la cámara de seguridad del edificio de la calle Montera. Las pistas que podían dar los conocidos sobre el aspecto de Manuel, sus costumbres y relaciones con terceros, eran un peligro, por decisivas para encontrarlo y capturarlo. La policía acabaría tocando a mi puerta, que todos sabían de los lazos que nos unían. No quería ponerme en el riesgo de que por mi culpa lo acabaran ubicando. Porque solo yo sabría dónde paraba a cada momento y no cuento con bases para confiar en mi opacidad en un interrogatorio. Y eso que se supone que soy psicólogo. Había que atajar estas sendas.

De los adláteres de Manuel se deseaba que su querencia, afición o cercanía fueran lo suficientemente flojas como para que no avisaran de su evaporación. Sin decírselo a lo burro, para que no se deprimiera más todavía, debíamos agarrarnos a la idea de que las relaciones humanas establecidas por

Manuel eran de hilo flácido, qué cosa sombría. Pero alguien habría que se alarmara y se fuera a comisaría a contarle. Empezamos a hacer la lista de los posibles. Quedó breve.

Pedí a Manuel los teléfonos de sus allegados más proclives a preocuparse por el prójimo. Los llamaría para contarles que él había ingresado en un centro de rehabilitación para toxicómanos porque ya no podía más. Estas son las noticias que corren bien, y más si al interfecto no le pega nada andar a lo que se le achaca. Cómo le iba a pegar a este, si no lo había probado en su puta vida.

Pudiera ser que me pusieran peros, con que si no le habían notado nada raro. Alegaría entonces que quizá por eso se había entregado a las sustancias. Porque sus amigos no se habían fijado suficientemente en él.

Les informaría de que era muy importante que lo cuidaran cuando saliera, pero que por ahora el equipo de psiquiatría había prohibido a Manuel que contestara al teléfono. No haría falta rogarles que pasaran la exclusiva.

Sería muy raro que mi excuñada y el consorte, sus padres, se interesaran por él. Pero si un día les daba por ahí, les contaría que Manuel había pillado una beca de ampliación de estudios, o algo así. Que estaría ahora por Austria o por un sitio de esos, y que era difícil contactarle. Nunca anduvieron muy al tanto de lo que hacía el hijo, así que lo más seguro era que no le llamaran. Si lo hicieran, yaciendo la tarjeta telefónica del chaval en el vientre de un atún atlántico, alcantarilla mediante, no obtendrían respuesta. No los veía insistiendo, la verdad. Y si a pesar de todo la policía iba a escrutarlos, que la mandaran para Innsbruck.

La madre me llamó un día. Pero eso fue muchísimo tiempo después.

Manuel se daba de cabezazos al recordar que había aportado sus datos en la empresa guarra de los teléfonos al firmar el contrato. Ahora acechaba el peligro de que el coordinador de la oficina de los telemareos le echara en falta y denunciara su absentismo. Que acudiera a la autoridad y que, una cosa tras otra, levantara la liebre de la desaparición en la policía.

Lo mismo ocurría con el casero. Cabía la eventualidad, demasiado bonita como para ser verdad, de que la policía no quisiera darse cuenta de que el menda de la película quizá viviera en el bloque de la calle Montera. En ese caso, no irían al casero a indagar. Pero también podía pasar que el propietario

se chivara en comisaría de que un deudor escapado le debía pasta. Necesitábamos convencernos de que no iba a ser así. De que a la primera sospecha de impago el casero descerrajaría el chiscón, encontraría dentro el ordenador recién estrenado y los 200 euros que Manuel se había dejado, se quedaría con la máquina y el dinero, se daría por retribuido por los pocos días que el inquilino había ejercido de tal y alquilaría enseguida el chamizo a alguien necesitado de techo. Y a otra cosa.

Esperanzas muy improbables, en ambos casos. Pero no nos quedaba más remedio que confiar en la rugiente demanda de empleo y vivienda, con legión de candidatos de recambio, para que ni empleador ni arrendador se molestaran en denunciar al desaparecido y en poner a la policía tras la pista. Nada nos aseguraba que fuéramos a tener esa suerte.

Le corté el pelo al uno para cambiarle de aspecto. Manuel había llegado a mi casa con lo puesto. Tuve que prestarle ropa de la mía. Es extraño y violento donarle a un sobrino unos calzoncillos tuyos. Había alguno no demasiado usado. Le saqué también un pantalón, unas camisas, un chaquetón y unas botas de media caña. Prendas de soso formalote que no le cuadraban por estilo, aunque sí por talla. Manuel iría a la carrera vestido de serio. Si le paraba la policía daría impresión, por la vía de la confección, de hombre asentado y de orden.

Pasadas las doce, preparamos un petate con objetos y complementos que supusimos útiles para la fuga: un saco de dormir, una navaja, las cerillas, el cepillo de dientes. Parecíamos *scouts* planeando una noche al raso. Pero había que salir por patas y sería penoso que al día siguiente, o al siguiente, llegara la hora de dormir y hubiera que hacerlo con las manos metidas en las ingles por no haber planificado un poco.

Vaciamos mi nevera y mi despensa. Con la comida y el resto de los efectos llenamos un bolsón de rafia azul de Ikea. Le entregué los cincuenta y dos euros que tenía en casa. Gastarlos implicaba tratar con ser humano. Así que solo podría dar cuenta de ellos en el caso de que una emergencia de gran magnitud hiciera compensable entregarse antes que sufrir sus efectos.

Bajamos a la calle, con la intención de que Manuel llegara hasta su coche y saliera pitando de Madrid. Lo tenía aparcado al principio de la Avenida de Arcentales, porque en el centro no le cabía. Es decir, que lo tenía estacionado

a dos kilómetros de mi calle. Nos fuimos a la parada de Julián Camarillo a coger un taxi, sin telefonar, para no dejar huella ninguna mientras el del destornillador siguiera a mi vera. Embarcamos. Manuel hizo el trayecto simulando un catarro de verano que no quería contagiarnos, tapándose la cara con un *kleenex* para que el taxista no se la viera por el retrovisor.

Llegamos hasta su automóvil. Su matrícula podía dar la pista de su paradero, y eso suponía un riesgo evidente. Pero no tenía más remedio que escapar en él, porque no había otro. Solo quedaba confiar en la oscuridad de la noche y en la miopía policial.

A las tres de la mañana, Manuel y yo nos abrazamos ante su cochecito de ocasión. Mira que le apreté fuerte, pero siempre he pensado que le tenía que haber apretado mucho más fuerte todavía. Que quizá era la última vez que podía permitirme ese lujo.

5

La suerte estaba echada y no había otra que salir arreando: *ARREA jacta est*.

Tiró hacia el norte, inducido por lo que tenía oído sobre grandes bolsas de despoblación y aldeas abandonadas en la submeseta septentrional, la cabecera del Duero y la Serranía Celtibérica. Marchaba a velocidad muy moderada para evitar estridencias. Se apartó en cuanto pudo de las vías principales, tomando las de dos humildes carriles. Tras un par de horas o tres de conducir a oscuras comenzó a clarear. La luz mostraba páramos progresivamente más terrosos y más pelados. Manuel iba sudado, escudriñando con la nariz las pedanías donde menos ruido viera y menos luces oyera.

A las siete de la mañana, muy fatigado, indeciso entre el avance o las anclas, se metió con el coche por una vereda hacia cuyo final entrevió arboleda. Bajo la fronda se detuvo. Cedió al cansancio antes de que su cerebro empezara él solo a fabricar lisergias por falta de sueño. Lo último en lo que reparó antes de caer dormido fue en que el móvil le daba cobertura. Por lo pronto, la comunicación conmigo quedaba a salvo, y eso ya era mucho.

Despertó antes del mediodía con una tranquilidad que solo duró un segundo. El que tardaron en aparecer el hambre, el destemple, la desorientación y el filme de todo lo que había pasado ayer. Salió del coche. A cien metros escasos vio los tejados de una aldea que intuyó vacía. Hasta allá fue a comprobarlo, a pie, sin ruido, agachadito de cabeza por si asomaba alguien. Si el sitio daba garantías de que nadie iba a comparecer, pasaría allí unas horas. Comería algo, y dormiría tumbado, no sentado, sin estar oliendo a

ambientador de coche.

No se equivocaba. El pueblo era un vestigio desasistido y sin un alma, uno más de los cientos y cientos de ellos que hoy permanecen abandonados en España. Seis calles y seis callejones conformaban el villorrio. No daré su nombre verdadero, como siempre quiso Manuel. Lo llamaré por ejemplo Zarzahuriel, figuradamente, según denominación inventada y arbitraria. Aún faltaba mucho para que yo lo visitara.

Por el estado de las construcciones, Zarzahuriel debía de llevar definitivamente deshabitado veinte o veinticinco años, con sus cuarenta o cincuenta previos de paralizante languidez. En vida, la aldea no mereció iglesia, sino solo ermita somera de navecita sin accidentes, campana sin espadaña y dintel sin alegrías. Siete u ocho manzanas albergaban unas veinte casas. Un décimo de ellas, hundidas de techumbre. Otro, hundidas de lienzo. Otro, hundidas del todo. Dos de cada tres edificaciones (planta baja, una o ninguna altura, sobrado) se mantenían en pie de milagro. Cuatro o cinco de ellas parecían haber asistido a la última vida interior, por su estado de conservación, y mostraban sus enfoscados no muy desconchados, sus carpinterías medio enteras y sus contraventanas y sus barrotes de metal solo en parte despintados. Todas mantenían sus postigos atrancados, pero ninguna parecía del todo inaccesible.

Entre estas más o menos erectas había dos pegadas. Ambas se organizaban en torno a un nivel a calle y un primer piso, más desván bajo cubierta. La una presentaba un aspecto hasta actualizado (actualizado hacía lustros). Era una construcción de fachada azulada, balcón frontero y marcos de aluminio plateado. Conservaba las bajantes en su sitio, y lucía una cerradura con el brillo del bombín no demasiado apagado, como si fuera el último acero que otrora llegó al pueblo. A Manuel le pareció habitada, aunque cerrada por ahora. Deshabitada pero no del todo. Pensó que mejor no tentarla. La descartó, no fuera a aparecer alguien esa noche y tuviera que salir por una ventana.

La paredaña presentaba peor conservación (actualizada hacía décadas, en vez de hacía lustros). Era un edificio de revoco crudo y vanos enmarcados en cemento. Se dejaba penetrar mucho mejor. Conservaba una puerta de madera moldurada pintada de verde, con una cadena sin candar por todo cierre,

anudada entre un agujero de la jamba de apertura y otro abierto en el tablero de la propia puerta. Se notaba que no albergaba objetos de valor a proteger. Se notaba que nadie vendría a defenderlos. Se notaba que nadie vendría a nada.

Retiró la cadena y entró. Por lo que me contó entonces, por lo que pude yo ver tiempo después, el aspecto de la casa era lo que un piernas cogido de la calle habría calificado de «nada rústico». En efecto, de la supuesta compostura tradicional no quedaba apenas nada. En su vestidura y en su aditamento, la vivienda era del tiempo en el que los moradores de los pueblos, a mediados del XX, quisieron hacer que sus interiores se parecieran a los de las ciudades (bastante menos agrios de usar). Quien fuera, había esquinado lo folk en pos de un poco de comodidad tras siglos de aspereza habitacional, y había dado entrada a su poco de plástico, a su cachillo de baquelita y a sus metritos de formica, de melamina y de acero inoxidable, con su sintasol y su terrazo en el piso y su zócalo de pared jaspeado para que los respaldos de las sillas no dañaran el enlucido. La anticuada modernización hubo de proporcionar a sus últimos residentes la fascinante sensación, tuvo que serlo, de que asistían al primer cambio profundo de ambiente visual doméstico en cuatro o cinco siglos de ruralidad.

Apenas quedaba nada dentro. Solo los avíos despreciados que nadie había querido salvar. Así las cosas, la vivienda exhibía una precariedad sobrecogedora. El colmo, en el salón de la planta baja, era una estantería apañada con dos tablones, dos nada más, no es exageración, uno corto y otro largo. El largo iba de pie. El corto, clavado en perpendicular al largo, a media altura. Una hache incompleta puesta de pie, apoyada en las dos paredes contiguas de una esquina. Y así se sujetaba el *mueble*.

Había algunos enseres menos indignos. Eran los comprados en ciudad, los de la actualización última, los del remedo de la comodidad anticuada. Un armario colgadero de cocina pendía del tabique del salón. Perforaban la formica azul de sus puertas sus tiradores de aluminio, de línea aerodinámica, exhalando contrastes con la adinámica aldea. Dentro había, como siempre, una horquilla y un mechero sin gas.

Nadie había querido acarrear uno de esos armatostes con un minibar en el centro, cajones debajo, y estanterías para libros arriba y a los lados,

fabricados en aglomerado y forrados de lámina sintética imitando madera. Un mueblorro que tenía todo el mundo hacia 1965 y que cuando se dejó de fabricar seguía sin hacerse con una denominación concreta para la historia de la ebanistería. «Mueble mural», lo llamaban difusamente algunos.

Junto al salón se situaba la cocina, baldosín blanco y loseta amarilla, encimera de obra y fregadero de piedra artificial de una sola pieza. Allí seguía la mesa, también de formica, demasiado grasienta como para llevársela a la casa nueva. En una esquina renegrida, bajo una pirámide de chapa, se debió de hacer fuego durante años. Era una chimenea abierta, asistida por un par de trébedes, unas pinzas de tijera y un recogedor para cenizas acopiando costra por ahí.

El cuarto de baño olía a estancamiento tras décadas de malearse solo, con sus azulejos verdes hasta media altura y sus sanitarios de cuando la Transición. Sin nada más.

Manuel subió al piso superior por la escalera de cemento. Dio a un dormitorio en el que yacía una cama alta y estrecha como un cenotafio. Su colchón de muelles acusaba por el centro la presión del culo de los años. Lo cubría una colcha de ganchillo tupido, tejida para pasar entretenidas las tardes.

Como en la planta baja, había más salas y salitas, variadas y de uso indefinido. Siempre habitadas por bolsas vacías del Pryca, el hipermercado que murió con el siglo pasado.

Por una escalera de mano, de fiero hierro, se subía al sobrado. Era un desván de caída a dos aguas, donde solo bajo el caballete podía uno caminar erguido (Manuel, de corta alzada, podía permitirse más recorrido). En cada vertiente se abría un ventano en mansarda de un palmo de diagonal. Desde uno se veía el patio trasero propio, y gran parte del de la casa alledaña. Desde el otro, se dominaba la calle desde la que se entraba a la vivienda. En la estancia, Manuel no encontró nada más. Las listas del techo, las del solado, las tejas gruñendo. Así, hasta que reparó en un bulto arrumbado en un esquinazo con goteras. Apartó el plástico transparente que lo cubría, ya traslúcido de polvo y agüilla, y se dio de narices con una posesión que no había merecido hueco en el camión de la mudanza definitiva, ese aprecio le hacían.

Eran cien libros encuadernados en rústica, qué gracia mala a cuenta de lo agreste del entorno. Por lo que Manuel me contó, se trataba de volúmenes de la editorial Austral, los de colores según género (verdes para ensayo, azules para novela, grises para los clásicos, etc.). Yacían alineados sobre el suelo, con la humedad de la gotera lamiéndoles los pies. No tenían pinta de ser comprados. Desde luego, la psicodecorativa de la casa no proclamaba hábitos de lectura muy asentados en los antiguos moradores.

Serían el premio indeseado que les tocó en un concurso de la radio, o el fardo de celulosa que les vendió un trapero, o la especie en la que se les pagó, en última instancia y a falta de líquido, un producto o servicio, y que hubieron de aceptar a regañadientes a falta de mejor recompensa. O lo que salió de un contenedor caído de un mercancías, o lo que se robó alguien del tráiler de un camión. Lo claro era que el dueño, los libros ni los abrió, porque no presentaban ni puta la mácula.

Tras la primera inspección, Manuel volvió abajo. Notó en la pituitaria la pastilla de polvo y edad que se queda tras respirar entre vejedades. Abrió aquellas ventanas y aquellos contrafuertes cuyos herrajes no se empecinaron en permanecer cerrados. Salió al patio que había visto desde el sobrado.

Era un recinto de tierra baldía, de veinte por veinte pasos y con cancela a la calle trasera. Lo acotaba un murete de sillarejo, aumentado en altura hasta los dos metros y medio por un vallado de jardín del siglo pasado, a base de malla metálica y cañizo. En una esquina del cuadrado se mantenía en pie un cobertizo de techo de uralita donde Manuel podría esconder el coche. Por allí menudeaban ladrillos viejos en pila, estacas de madera, varas de plástico, ferraba, algunas herramientas jorobadas y un muestrario de trastos que Manuel no supo denominar («una especie de cubo, una especie de lona, una especie de cosa»). A un lado resistía un triste tendedero. La vegetación que pervivía, a calvas, era toda de mala hierba. Con una excepción. A modo de dosel, sobre la puerta que comunicaba casa y terreno, crecía una parra de dos guías. Sus uvas aún estaban ácidas.

Manuel comprobó que la cancela trasera no tenía candado, y que se abría con la mano. Volvió a por el coche y lo escondió en el cobertizo. El depósito de gasolina estaba en la reserva. Lo cual incidía directamente en nuestra conectividad. Que su móvil ahora, a los efectos, funcionaba a base de fuel

como si fuera un tractor.

Tomó el bolsón de rafia azul y volvió a la casa. Al entrar notó que los vanos abiertos y la ventilación a chorro habían transformado el entorno: el campo extramuros, tras un rato de invasión, había metido dentro un aire limpio como el de un laboratorio. Un aire que lavaba, porque parecía mojar sin humedad y que traía el sabor dulce de lo que es nuevo.

Por supuesto, la casa no disponía de agua corriente ni de luz eléctrica.

Se dirigió a la cocina. Sacó del bolsón amigo un cartón de leche y un café de sobre. Pretendió encender la lumbre a base de quemar inmundicias recogidas por el suelo. No lo logró. Se preparó el café en frío. Lo tomó pensando que, por verlo por la parte buena, en el campo no se cruzaría con ratas grises, cucarachas ni piojos. Bichos vinculados a las concentraciones humanas y que le ponían los pelos de punta.

A las cuatro le llamé. Me contó todo lo que acabo de referir, como haría siempre a partir de entonces. Subió al sobrado, eligió un libro de Austral y se lo echó al bolsillo. Bajó de nuevo y se sentó a leerlo en el suelo del salón, al cobijo del mueblazo mural. Al caer la noche se tendió en la alta cama del primer piso. La colcha de ganchillo, tan vieja, daba un poco de asco. Cuando de madrugada arreció el fresco, sin embargo, Manuel se agarró a ella como si la acabara de estrenar.

Pasó los dos días siguientes examinando el entorno, comiendo las provisiones que se llevó en el bolsón y, sobre todo, rastreando señas humanas que evitar. Yo siempre le preguntaba lo mismo: que si se había topado con alguien, o con los indicios de su amenaza. Nada. Nadie. A medida que Manuel me confirmaba que había caído en medio de la *deshabitación* galopante de la que hablaban los sociólogos y los periodistas, yo le insistía en que permaneciera allí, a seguro. Dentro de que no estaba a buen recaudo en ningún sitio, la aldea hueca parecía refugio menos boñiga que cualquier otro. Le argumenté que si en verano no había gente en el pueblo, entonces no la habría nunca. Se le notaba dudar a través del teléfono, expresando sus ganas de seguir camino. Pero él me veía muy asustado, porque había razones para ello, y al final triunfó el buen seso.

Al tercer día se decidió a pasar allí un cuarto, con la vista puesta en un quinto y sin descartar un sexto que enlazar con un séptimo. Le quedaban

viveres para llegar a un octavo y móvil para otro ciclo como este, siendo optimistas. Después de eso, si no solucionábamos los problemas de pertrechos y batería ya nos podíamos ir a cardar ingles. Que los abastos y la energía no iban a caer del cielo.

Yo llevaba tres días con pánico a abrir la prensa. Un terror al que debería acabar haciendo frente porque necesitaba noticias para saber a qué atenernos. Al fin vencí el miedo y encendí el ordenador. La protesta se había saldado con un balance de cuatro policías aquejados de lesiones leves. Era un alivio, en cierto modo.

Más abajo, sin embargo, se informaba de que un quinto agente había resultado herido de gravedad. A tenor de la redacción del texto, los daños eran muy considerables. Manuel estaba nadando en una bañera de brea.

Preferí no contarle lo que acababa de leer. El que él lo supiera no ayudaba en nada a su tapadura. La perjudicaba, de hecho, en un momento en el que los dos debíamos mantener la cabeza en su sitio. Que a saber qué sitio era ese.

6

De la vida en despoblado, Manuel sabía lo mismo que de remendar telarañas: nada. De solucionar problemas cotidianos, sin embargo, sabía mucho. Salía ganando.

A las afueras de Zarzahuriel había una fuente. Como él me contó, echaba una soguita de líquido por un tubo de latón. Me pareció muy raro que siguiera surtiendo en aldea vacía. Pero buscando y preguntando me encontré con que hay caños de los que no mana el agua desviada al efecto para su traída. Sino la que corre bajo sí, porque están erigidos en el curso natural de la vena hídrica (habitualmente subterránea). Podían haber taponado la fuente tras la marcha del último habitante de Zarzahuriel, pero el agua habría seguido fluyendo por la misma vía de igual forma (acaso creando problemas de anegación). Así que nadie se había tomado la molestia de ir a cortarla.

El caudal no era mucho, de a dos litros por minuto, pero a Manuel le sobraba tiempo para que el chorrito le llenara una botella que se llevó de Madrid. Decía que el agua era tan rica que se le notaba la excelencia al tacto de la mano puesta bajo el pitorro. Se aseaba allí mismo, como si fuera su pila callejera, y entonces la prueba del contacto con la piel ganaba campo de ensayo.

Salió a por leña desde el primer o el segundo día. El tiempo del verano era templado, pero siempre había algo que calentar en la lumbre. Vació del todo el bolsón de rafia con el que salió zumbando de mi casa y comenzó por dirigirse a una de las manchas de bosque que rodeaban Zarzahuriel, siempre evitando pistas de la red viaria y caminos marcados. Iba riéndose, porque lo

de coger leña por la foresta le sonaba a cuentos infantiles de mucha moraleja.

Leí en Internet que por la zona crecían fresnos, sobre todo, robles y algo de pino, que se debió de explotar mientras hubo quién. Encontró bastante madera por el suelo, la que nadie recogió tras años de desgajarse por el peso de la nieve, el viento soplando y la muerte natural. Esta leña delgada fue el calostro de su calor. Reseca, pesaba poco, y se podía cortar con el pie pisándola y haciendo palanca. Más adelante empezó a llevarse tronchos de más entidad, más sustanciosos pero no tan abundantes a ras de suelo.

Estos había que trocearlos. El que la chimenea de la cocina fuera abierta no obligaba a seccionar las ramas gruesas en pedazos demasiado chicos, lo que ahorra cortes. Pero había que tajarlos, de todas formas. Manuel contaba con una sierra careada y con un hachita de dos palmos de asta que encontró en el patio, sepultados en una artesa llena de clavería roñosa. El pobre armamento era una promesa de sufrimiento para brazo y riñones. Manuel se puso como un cafre, no obstante. No tenía otra cosa que hacer. Cuando paraba, cada quince o veinte minutos, echaba el bofe. Pero a su vez, sentía que le cogía una satisfacción que debía de ser prima de la del deportista que se desgasta aposta la fibra por afición tonificante. Pasar horas sudando los mangos le ponía contento. «Me están saliendo tetas», dijo.

Tuvo también que hacer de fumista. Al principio, de cuclillas ante la chimenea, luchaba con las llamas. No por extinguirlas, como se dice siempre que salen en los telediarios, sino por provocarlas. Las hojas secas, los palos delgados, los cachos de corteza, le ardían bien. Pero la lumbre se le apagaba cuando pretendía hacerla con madera de más calibre. Amontonaba ramas gruesas, les pegaba la cerilla al lomo, parecían obedecer a sus ruegos por arder con fuego denso y luego se arrepentían.

Manuel ensayó, cómo no. Como hizo siempre en su vida urbana. Probó a la luz de sus anotaciones y sus diagramas. Así hasta que, con mucha tos por medio, entendió que debía ir de menos a más, del papel al leño, pasando por el yerbajo, la varita, la estaquilla y el palitroque de diámetro creciente, hasta el grosor que quisiera. Aventaba el mejunje a soplidos y con un calendario de 1981 que encontró en el cajón que fue de los cubiertos, y se iba haciendo con la hoguera. *Fuegología* y *Chimenéutica* estudiaba con provecho.

Era capital cerrar el postigo de la ventana de la cocina si Manuel prendía

la lumbre por la noche. Si pasaba alguien, que no viera luz. Al humo de la chimenea, en cambio, no le supimos colgar máscara. Pero desde lejos, en cuanto rebasaba la altura de los árboles que lo tapaban, ya se había diluido. La perspectiva se pondría de nuestro lado. Al menos, mientras nadie entrara en Zarzahuriel.

Para manejarse en casa, sin toma de corriente, a Manuel no le quedó más remedio que encomendarse a la luz del sol y a la del entendimiento. A partir del crepúsculo iba por la casa a oscuras, desarrollando sensores en los dedos de las manos y de los pies, a tientas, prudente la tibia y exploradora la uña. Las escaleras que llevaban al piso superior eran quince (seis + tres + seis). Manuel las subía contándolas, entre el negro de la tiniebla, y nunca tropezó.

Se iba defendiendo en el Zarzahuriel cicatero de recursos. Eso tocaba. Qué otra opción tenía.

Pero persistían dos problemas que me hacían dormir muy mal. La alimentación de Manuel y la de su móvil.

La comida que se llevó se iba agotando, y había que reponerla. Manuel conservaba intactos los euros con los que salió de Madrid. Pero no se iba a acercar a comercio, bar ni gasolinera donde pudieran identificarle. Con lo que los billetes le valdrían como marcapáginas, como mucho.

Por las mismas razones, no tenía sentido que le hiciera llegar el dinero que yo ya había empezado a extraer de su tímida cuenta corriente, a base de visitas al cajero. Y a ver cómo, además.

Había que convertir el fondito en raciones consumibles. Solo así era útil. Muy útil sobre todo para mí, que si hubiera que haber echado mano de mi fortuna para dar de comer al sobrino, eclipse total de pan.

Fue durante una madrugada de desvelos cuando se me ocurrió cómo proveerle de víveres. Había un Lidl en la misma ciudad, a la misma distancia, cuántos kilómetros de Zarzahuriel. Yo haría pedidos regulares por Internet, desde mi ordenador. Encargaría mensualmente un listado de productos convenidos con el oculto. Pagaría las remesas telemáticamente, con cargo a mi cuenta. Los envíos serían a Zarzahuriel, en el reparto ordinario, a la calle tal y a mi nombre.

Me levanté de la cama e investigué en la página del híper. Toda la gestión del encargo se hacía mediante la máquina. Pero esperé a la mañana y llamé al

Lidl en cuestión de viva voz porque había un par de indicaciones que debía apuntarles. Y sin las cuales, el riesgo se multiplicaba sin necesidad.

Les informé de mi intención de hacer pedidos periódicos. Avisé de que habitualmente no estaría en la casa de destino, porque solo iba los domingos, cuando no había reparto. Pero les propuse con fingida empatía que dejaran las bolsas en la puerta el sábado por la tarde, que en el pueblo no había quién que fuera a mangarme la lata de anchoas. Los bultos, por otro lado, ya estaban pagados mediante tarjeta de crédito, así que todos contentos. De esta forma, y si el sábado por la tarde Manuel se metía en casa bien metido, el repartidor no tendría por qué verle. Porque no podía verle nadie.

Todo rastro que dejé remitía a mí, ciudadano del montón que no tuvo ningún encuentro agrio con ningún policía en ningún portal. Manejé un poco la conversación para que no sonara raro el hecho de que empezara a contarles que en mi familia éramos cinco. No quería levantar extrañeza en nadie que se pusiera a considerar para qué quería tanta comida un hombre solo que únicamente acudía a Zarzahuriel los festivos. De paso, haciéndome el amistoso y el cercano, dejé dicho que uno de mis hijos se quedaba a veces en el pueblo durante la semana, porque estaba preparando oposiciones y se retiraba allí a estudiar. Que no les extrañara si un miércoles veían humo en la chimenea. El del Lidl estaba hasta los huevos de que le contara mi vida. Jamás pasaron por allí más que a dejar el pedido, el día convenido. Pero yo estaba determinado a abortar toda sombra de suspicacia y a dar todas las explicaciones posibles, las que me pidieran y las que no. Todo remilgo con la gestión del tapamiento me parecía poco.

El palo que te pegaban por el porte, Cristo.

Fui ingresando en mi cuenta el líquido que iba retirando de la de Manuel en mis visitas al cajero. Sin ese dinero, ahorrado por él durante dos años, poco Lidl le podía haber mandado.

Listamos una primera compra. Era la segunda que realizaba su destinatario en cuanto que individuo emancipado, porque en la casa libre de la calle Montera solo le alcanzó la estadía para hacer una. Nos quedó una cesta estándar, con lo habitual entre la gente de su edad, de productos variados para comer bien y de todo y con algún capricho deslizado entre un bote y un paquete.

Sin nevera, y a compra mensual, el consumo de carne y pescado frescos se vería restringido a la semana posterior a la recepción. Vencidos los tiempos de vigencia, a comer otra cosa.

Quizá el frío del campo, llegando el otoño, prolongara un poco los plazos de caducidad.

Con el pan tendría que joderse. El alimento cotidiano de la Biblia solo podría tomarlo reciente durante los primeros días tras el pedido, y duro o durísimo al final. El de molde aguantaría algo más. Pero en general, al bendito trigo cocido habría de renunciar.

No nos olvidamos de los géneros de aseo: jabón, gel, champú, alcohol. Una esponja. Ni de los de limpieza: lavavajillas, estropajos, detergente, bayetas. Una escoba.

El Lidl contaba con su sección de inventariables, bienes de no comer, con su poco de ferretería, su algo de textil, su tanto de papelería y su cuanto de menaje. Incluimos una serie de artículos sin los que la vida se habría hecho muy difícil: una sartén, un cazo con tapa, varios platos, hondos y llanos, cubiertos. Un cubo y un barreño de plástico, una linternita de bolsillo con su pila, unos alicates. Una toalla, dos sábanas, papel, un lápiz y un boli. Maquinillas de afeitar, a usar sin espejo. Una garrafa de agua de cinco litros, para usar el envase como cántaro y no tener que ir tanto a la fuente.

Listé la compra, la tramité y aboné lo que me cobraron. Ese sábado, Manuel se encerró en casa por la tarde. A las cinco llegó una furgoneta con los suministros. Lo dejó todo a la puerta y se fue. Sin más incidencia. Así sería cada mes.

Me lo imagino esa noche de sábado cenando en condiciones, en vez de metiéndose comistrajos, y se me pone una sonrisa en la cara que parece una curva longaniza en todo el medio de un plato. Me sentaba de maravilla verme a mí, nada menos que a mí, arreglando problemas. Toma *Recursos Humanos*. Todo gracias a Manuel.

El hipermercado estaba surtidito. Pero había objetos y productos imprescindibles que la compañía no trabajaba. Había que pensar la forma de remitirle paracetamol, hilo y aguja, una piedra de afilar para el hacha. Era un problema, porque se trataba de mercancías muy necesarias. Pero yo no quería más proveedores. Concertar mensualmente con el Lidl ya me parecía mucho

exponernos. No debíamos arriesgarnos más. Cuanta menos gente se acercara a Zarzahuriel, mejor.

7

Al lunes siguiente se acabó del todo la gasolina del coche, la que nos proveía de teléfono. A partir de entonces dependíamos de lo que la vieja batería del anciano automóvil quisiera durar antes de exhalar su último suspiro por falta de uso. Sin sopa, no iría más allá de una semana.

El sustento del móvil era ahora lo más urgente. El teléfono era la única conexión de Manuel con el exterior, la línea en la que me exponía sus contingencias y a través de la que tramábamos soluciones. Y el hilo gracias al cual no nos echábamos tanto de menos, qué coño. Antes de cada llamada diaria teníamos hechas sendas listas de temas a tratar, para dispararlos sin pausas y no desperdiciar segundos de energía.

A finales de julio, durante el período de gracia que nos concedía la batería del coche antes de morir, Manuel me contó algo que me sonó a cachondeo.

La noche de su fuga, más muerto que vivo, apagó los faros del vehículo en cuanto empezó a clarear. La luz de la mañana le ayudó a espabilarse, rendido de sueño. Por lo mismo, agradeció los destellos que emitían las bombillas de las señales viarias de precaución. Iban cebadas por paneles solares, colocados en lo alto y de tamaños variados según la dimensión de los carteles. Las últimas que recordaba haber visto antes de parar no estaban de Zarzahuriel a una distancia inasumible a pie. Creía poder encontrarlas, rehaciendo el camino. La noche anterior se había ido en su busca. Con su destornillador.

No tenía nada claro que la tecnología se le fuera a poner de cara. Albergaba dudas sobre la idoneidad de la fuente para la recarga de móviles,

pero para allá se fue a examinar los cables.

La oscuridad era necesaria para proceder al desensamblado de los componentes y a su sospechoso transporte a pata sin ser visto (también ayudaba la ausencia de tráfico). Pero en julio aún tardaba en anochecer, y amanecía pronto. El verano solo entregaba seis horas de noche cerrada. Por las distancias que recordaba, a la operación no le quitaba nadie sus diez kilómetros de ida y sus diez de vuelta, campo a través para evitar la carretera y tropezando por la negrura. Cinco horas de travesías bidireccionales le dejaban solo una para trabajar. Emprendió ruta. «¡Voy por las sombras hacia la luz!», iba diciendo el bobo.

A los ocho o nueve kilómetros ya se topó con un panel. Pero iba adscrito a cámaras de tráfico. No era cosa de que le grabaran desatornillando el equipamiento ministerial. Que ya había protagonizado una película en su portal de la calle Montera y por lo pronto no quería más cine.

No muy lejos encontró una señal que le gustó. A la luz enmascarada de su linterna nueva, y atento a cualquier ruido de motor, se colocó ante ella. Incorporaba un panel de 25 x 15 portables centímetros. Iba fijado a 2,5 metros de altura, sobre un poste con tres planchas: la del ciervo brincando de perfil, esa azul con el rótulo «80» en blanco, y una más pequeña con la inscripción 2 kms. Tanto material le ayudó a trepar, colocando los pies en la vuelta de la chapa. Cuando lo imaginé ascendiendo por una señal de carretera para montarse algo parecido a una instalación eléctrica en la casa allanada, empecé a entender que Manuel veía indicios de cierta seguridad en Zarzahuriel.

Que tenía intención de seguir allí. Por mí, cualquier opción que lo apartara de exponerse era válida.

Una vez arriba, aflojó las sujeciones con su herramienta amuleto y los alicates del Lidl. Extrajo luego sus cinco tesoritos: el panel solar, la caja de registro con su regulador de corriente y las tres baterías adjuntas. Yo de esto no tenía ni puta idea, aunque ahora parezca que controlo. Pero tuve que aprender porque solo con aquello no teníamos el problema zanjado.

Hacía falta un cacharro. Se llamaba inversor de corriente («o convertidor fotovoltaico», me dijo Manuel). Y eso había que comprarlo, en un comercio del que él me dio el nombre y la dirección. Y, sin más remedio, mandárselo

después a Zarzahuriel. No cabía otra.

No me gustaba nada la idea. Pero era la ocasión de hacerle llegar los productos que no podía adquirir en el Lidl. Sobre todo, es que no había más tutía si no nos queríamos quedar sin comunicación. Sin más alternativa, accedí.

Habría de ser el único envío, el definitivo. Rescaté la lista de los artículos que no encontraría nunca en nuestro híper de referencia. A sabiendas de que solo teníamos un disparo, aprovechamos para añadir en el paquete una cafetera italiana, para dejarnos de tanto Nescafé. Un candado con su llave, para poder asegurar la cadena de la entrada. Otro, para la cancela trasera del patio, no fuera a entrar un extraño y dedujera presencia de hombre. Dos tubos de pegamento para atrapar ratones, el que no se evapora, que alguno le había aparecido rondando la caja de cartón donde guardaba la charcutería.

Si el sistema del panel había comido luz durante el día, seguía suministrando corriente durante las horas sin sol (no iban a dejarlo sin funcionar por las noches, cuando más falta hacía). Eso abría muchas posibilidades a su tenencia. Adjunté en el paquete un ladrón, cinta aislante, unos metros de cable y dos lámparas LED de pinza. Que el tal inversor de corriente era para recargar el móvil. Pero a ver por qué renunciar a un poco de luz eléctrica para leer los Austral por las noches.

Me di cuenta a tiempo de que la expedición no podía ser mediante Correos, con un cartero local que rula cotidiano por la zona y que pregunta por este vecino o por aquel. La jugada debía ser como con el Lidl, que estaban ubicados en ciudad grande y que tenían que buscar el pueblo de destino con un GPS.

En fin, que acudí a una oficina de SEUR de Madrid, donde no tuve que identificarme. Que se arreglaran ellos con la delegación territorial. Mandarían a un repartidor de la capital provincial, a la que se volvería contra entrega, y que jamás regresaría por Zarzahuriel ni por la comarca (poca mensajería se demanda en las áreas deprimidas).

Solicité que lo dejaran a la puerta en destino, a un nombre que me inventé pero con mi apellido (para que no me tomaran por un flipado que se enviaba cosas a sí mismo). Saqué a relucir a otro de mis supuestos hijos, esos con los que me iba en familia a Zarzahuriel. Este era senderista. Podía ser, por tanto,

que no le hallaran en el domicilio a la hora de la entrega, porque andaría por el robledal abstraído en el panteísmo. Pero que el empleado echara un garabato de recibido y listo, bajo mi responsabilidad directa. Pagué todo al contado y allí mismo. Advertí a Manuel de que desapareciera al día siguiente, que sería el de la recepción.

En el transcurso de esta conversación, su móvil dejó de respirar. Pasé dos jornadas angustiosas sin noticias suyas, sin saber si estaba manipulando cables con éxito o con fracaso, y preguntándome si acaso ya habría caído la garra de la justicia sobre él. Le seguía llamando a cada rato, en la esperanza de que finalmente el terminal hubiera almorzado sol y el usuario pudiera responderme.

Así ocurrió. El paquete había llegado correctamente y sin encontronazos. Qué bien nos quedaba todo cuando actuábamos en comandita, desde que él tuvo uso de razón y a lo largo de los años. Aliviados, Manuel y yo juramos no levantar más liebres con nuevos envíos. Que aquí las liebres éramos nosotros.

Prefirió no emplazar el panel en el tejado, por no llamar la atención del típico helicóptero cabrón al que quizá un día le diera por sobrevolar la comarca. Metió la placa en el sobrado, asomando apenas por el ventano orientado al sur. Tiró cable hasta la planta baja, con escala en la alcoba por si una noche quería leer en la cama. El abandono de décadas de la vivienda facilitó el calado de orificios para pasar el cobre.

Al ponerse el sol, Manuel encendía su lámpara y hacía su poco de vida nocturna. Debía acordarse de cerrar antes los contrafuertes de las ventanas, para que la luz no fuera visible desde el exterior. Había vanos que los habían perdido, o que nunca los tuvieron. Pero el habitante se fabricó unos nuevos con el cartón de la caja de seis *briks* de leche del Lidl. Los fijaba con la cinta aislante que tuvimos la inspiración de incluir en el paquete de SEUR.

8

La madriguera en la que Manuel plantó pica no era así como muy atractiva. Pero él tendía a ver acogedor el alrededor en el que cayera. Propendía a la conformidad con el entorno, sin importarle sus notas escópicas o ambientales. Eso que se ahorra en decoración, atrezzo y luminotecnia. Funcionaba de cámara para adentro, por lo que el aspecto del plato le era de relevancia muy relativa. La vetusta casa nueva ofrecía además algo insólito para él: sitio. Qué de metros, cuadrados y cúbicos. Manuel corría a veces por el pasillo, solo para ver cómo era hacerlo bajo techo propio. Siempre había una estancia más de lo que recordaba, en su recuento mental de habitaciones.

Vivir varado en Zarzahuriel debía de tener sus débitos, sus incomodidades y sus sevicias. Pero mejor aquello que estar donde los teleoperadores, trabajando a favor de que a un ciudadano comunitario le sorbieran el dinero por la vía de la fraudulencia descarnada. Mejor aquello que estar en su pieza de la calle Montera, desechando la idea de meter en casa alfombras demasiado gruesas para no tener que ir dando con la cabeza en el techo. Y como recordaba Montera, recordaba su portal, mucho antes que la cajita en la que moraba. Recordaba su cámara de vídeo, mucho antes que sus apliques. Recordaba el poco de rojo que punteó el cuello del antidisturbios, mucho antes que nada.

Qué bien se estaría sin esas sombras paseándose por las cercanías. Preferir no pensarlo, optar por no.

Para ahuyentar malos presagios, se arremangaba y se entregaba al trajín acondicionador. Así, a la par que se calmaba, hacía por restar hostilidad al

hábitat en el que quizá pasaría algún tiempo. Barrió los suelos y las paredes, que echaban el telón de su mugre de años. Previo que alguien viera su coche a través de la verja, quién sabe. Le enguarró los cristales y le rayó someramente la pintura para que pareciera abandonado. Recolocó tejas sueltas, dragó el canalón.

Subido a la cubierta, evitando resbalar, cayó en la cuenta de que si un día tenía un percance en el desierto Zarzahuriel (fractura de muñeca, quemadura de tercer grado, intoxicación por excesiva pureza del aire), más le valía tener el móvil cerca. Lo usaría para llamar por vez primera. No hacerlo significaría la muerte, como la de la jirafa caída sobre un costado, imposibilitada para levantarse por sus propios medios cuando ha sido derribada. Y luego, ya lo mandarían a la cárcel. Pero vivo, al menos. Debía permanecer pegado a su móvil como un reo a su pulsera.

A mediados de agosto, a la vera de la ermita, Manuel reparó en un *árbol*. Así se manifestaba su escaso apego a la entrañable poética campestre. Para él no había robles, fresnos o encinas, y mucho menos cantuesos o escaramujos, términos de raigambre terruñera que parece que hay que pronunciar con voz de mula. Para Manuel había *árboles*, *arbustos*, *hierba de esa amarilla*, *hierba de esa de la otra*. La lírica agreste no le interesaba nada, como al crío que dibuja un avión no le interesa ni la aeronáutica, ni la química del papel, ni la física del bolígrafo ni la filosofía de la estética. Nunca me habló de la dimensión ecosófica, ni geórgica ni telúrica de su estancia. Se limitaba a *estándar*.

Sí supo ver, sin embargo, que del ejemplar con el que acababa de toparse a la sombra del templo colgaban ciruelas. Con mi ayuda dedujo, agrónomo él, que aquello era un ciruelo. Estaban bien ricas, y durante un mes dispuso de fruta gratis. Luego le siguieron las uvas de la parra, que para entonces ya estaban negras y dulces como bombones.

A Manuel, que conocía sus limitaciones, le parecía una fantasmada pretender alimentarse de los frutos del campo. Le sonaba a anuncio de mermeladas *muy caseras*. Todo este convoluto de lo verde le pillaba así como apartado. Ahora bien, lo que veía tragable se lo comía a bocados.

Lo mismo le pasaba con la idea de cultivar algo para sacar jamada. Le olía a niñería, a alarde *agro-pop* y a revista *de tendencias*. Tenía el

microfundio de la casa, su cancha de terreno anexo. Pero de nada le valía, porque poseía aún menos destrezas hortícolas que semillas para soterrar. Era capaz de alinear el amperio y el ohmio para sacar chispas de una tableta solar. Ahora bien, lo del surco y la lechuga asomando la gaita, pues no lo situaba.

Cavó un hoyo en el suelo del patio, sin embargo, y depositó en él los víveres del Lidl. Que se mantenían frescos por lo húmedo del terreno y el respiro térmico de la noche. De algún modo, sacaba su sustento de la tierra dadivosa. Salchichas de sembrado y espetec de bancal.

En el segundo envío mensual le metí de sorpresa una sierra nueva, de arco, que en el Lidl lanzaron una Semana del Bricolaje o no sé qué chichigangas. La producción de leña aumentó considerablemente, parece ser. Le cogí además un pijama, unas licras y un forro polar para cuando llegara el frío, que se fue medio desnudo. Opté por prendas de señora, porque las de caballero estaban a precios que no. Eran de talla corta, menos mal que Manuel era pequeño.

El escatimar forzoso me recordaba que debía encontrar algo remunerado para eludir estas penurias. A cuenta de las compras mensuales, el dinero de Manuel iría sufriendo sucesivas amputaciones que no por pequeñas metían menos miedo al futuro. Yo ese verano tampoco obtuve ingresos reseñables. No tenía un puto duro, apenas para mí, con lo que el panorama era inquietante a medio y largo plazo.

Tenía que hacerme con algo para él. Tarea de complicación robusta, inviable en realidad a poco que se considerara. Que es que las ocupaciones pagadas para fugados por acometida con arma blanca que no pueden dar número de cuenta, domicilio, filiación ni foto tamaño carné, no son de mucho surgir. No sabía cómo hacerlo. Pero siempre estaba dándole vueltas e indagando, como si yo acabara de salir de la facultad.

Tanto o más que eso, me torturaba pensar que Manuel se consumía solo, con las ganas de personas que tuvo siempre. En ese segundo pedido del que hablaba incluí sin que me lo solicitara mucha golosina, en la infundada expectativa de que el azúcar le dispararía el espíritu y el ánimo para aguantar su solitaria separanza.

En contraataque, me alentaba saber que él se consolaba a su vez dedicándose a sus ocupaciones.

Desde crío, Manuel se entretenía con un simple lápiz, incluso dibujando con él. Antes de usarlo para pintar habría echado el resto en fabricarle un estuche, en ensayar un afilado de mina en paletina (de canto, fina; de plano, gruesa), en pensarle un sitio para que pernoctara, en ponerle un nombre propio con el que dirigirse a él en sus retiradas conversaciones.

Allí en Zarzahuriel podía levantarse a la hora que quisiera. Privilegio del que parco uso hizo. Porque según se despertaba despegaba la nuca del chaquetón que usaba como almohada de un solo y bravo brinco, ciego por ponerse a hacer sus cosas.

El panel solar le tenía entretenido. Se dedicaba a redirigirlo y a toquetearlo para que le produjera con mejor provecho. Puso orden en el patio. Clasificó por materiales el galimatías de despojos, y ya vería qué uso les daba.

Se imponía comprobar la demografía de la región, para estar al tanto de por dónde podría venir el puto aledaño que le descubriera. Sin hacerse ampollas en los pies, era capaz de cubrir en una jornada una distancia de veinticinco kilómetros. Lo que fijaba su radio de exploración en doce o trece (doblados por el regreso). En sucesivas expediciones, soslayando siempre las veredas delimitadas, vislumbró a lo lejos en varias ocasiones algún grupo de casas y casitas que otrora debieron de conformar pueblo. No palpó mucha vida, desde luego. Sin arriesgarse a entrar en ellos para comprobarlo, coligió un ámbito desnudo de ciudadanía, en el que todos los núcleos circundantes estaban tan faltos de personal como el suyo. Lo de la Laponia española era verdad. Luego se volvía a Zarzahuriel, más apaciguado y menos inseguro de su guarida.

Lo que empezó siendo un ojeo preventivo se convirtió pronto en una cosa de ameno esparcimiento. La ida primero y la vuelta después le gustaban, mirando el agro por arriba y por abajo. Desmintió para sí eso de que en el campo es todo igual. Qué va. Le pasaba al campo lo que a cualquier ciudad. Que enseguida sacaba a la cara un rincón reconocible. Que si el árbol tumoroso, que si la peña verde de liquen, que si la rama a la que uno se puede subir, que si la rama de la que uno no se puede bajar. Que si el bosque que parece un parque, porque a la sombra de sus copas nace la hierba. La tajadura esa, con las piedras rojas, el zarzal que a la altura de septiembre había

resultado ser expendeduría de moras. La cresta de la aglomeración de arbustos, en la que se metió un día y de la que salió hecho un pentagrama de rayones (un pentagrama después de usado).

Apenas nunca lo había intentado antes, pero en Zarzahuriel comenzó a coser. En principio, para remozar la ropa desgarrada. Más adelante, por afición útil. Había jubinado un calcetín por su agujero en el talón. Con sus retales se fabricó un bolsillo de pegote que fijó a la camisa, y en el que se guardaba unos cacahuetes o una fruta para comérselos cuando salía de paseo. También le llegó para una trabilla ancha. La cosió al pantalón para llevar el hacha de la leña a modo de espadín. Una gran gilipollez, pero que a Manuel le hacía mucha risa.

Después de cada comida, fregaba los cacharros en la pila de terrazo, con el agua calentada en la chimenea para que el jabón hiciera espuma. Luego se iba a aclarar la vajilla y el menaje a la fuente. Allí también lavaba la ropa, como una viuda de antaño.

Leía los libros de Austral. Preferiblemente, a la sombra de la parra, donde registraba a piel abierta una extraña y perfecta anuencia para el agrado del mamífero humano. Tenía letra para rato, y de temática variada. Le conté eso de que, en la colección que había heredado, el color de las tapas clasificaba los volúmenes por géneros. Amó a los señores que pensaron esto, con sus semaforitos cromáticamente ordenados para poner cómodas las cosas. Se sentía a gusto acompañado gratamente por la ideación de unos tíos amables, prestos a que el lector no se extraviase, como los maestros delicados.

Se metió a escribir obras de teatro, supongo que a rebujo de la lectura. Creo que eran pestilentes, porque ni hoy, tras mil resúmenes que me dio, me queda claro de qué iban. Seguramente eran involuntarios remedos de lo que leía en los Austral, pero hechos de puta pena. A él le entusiasmaba ponerse.

Hizo muchos sudokus. No que los resolvió, que no tenía. Sino que los hizo, que los fabricó, que se los compuso él. Cuando acababa de gestarlos ya estaban hechos, claro.

De menor majestad era aquello de matar moscas con una goma elástica (la que sacó de un manojo de puerros, a los que amarraba). Cuando el impacto era perpendicular, no de barrido, el bicho parecía botar hacia afuera, permanecer medio segundo en el vacío y precipitarse luego hacia el suelo,

con ritmo y parábola muy parecidos a los de los aviones derribados en las películas de guerra. Apuntaba el número de volátiles derribados y se esforzaba por batir récords. Era como un videojuego de fulminar bichitos, pero con recompensa real (casa sin insectos), no la cojonada esa del *Congratulations!* Que te dan en la tableta.

La coliflor echa un olor a pedo horroroso cuando se la hierva. La peste se elimina si se toma la precaución de añadirle un chorro largo de vinagre antes de ponerla al fuego. Manuel eludía este paso adrede, para atraer moscas y tener más para jugar.

Le resultaba grato planificar la eliminación de la basura. La orgánica iba al patio, bien desmenuzada por si pasaba alguien, se asomaba a la malla de rombos y veía delatores restos frescos. Era gustoso saber que no solo no estaba ensuciando sino que además estaba nutriendo la tierra. El papel de los cartonajes en los que venían los víveres iba al santo fuego. Los tarros de cristal siempre hacían falta. Los reconvertía en vasos, recipientes para abluciones o frascos para guardar cositas. Las bolsas de plástico del Lidl daban más problema. Las iba almacenando para quemarlas en días de lluvia, cuando el agua y el viento diluyeran los tufos y los humos de la combustión y no denotaran su presencia. Pero siempre había más de las que se acordaría de incinerar. Se acumulaban por ahí, matrimoniando con esas del Pryca que ya había por toda la casa cuando llegó.

Empezó a salir a por leña por las noches. Alegaba que era una forma de prevenir encontronazos. Pero yo creo que le gustaba esta excursión nocturna, más allá de que la prudencia prefiriera la oscuridad. Para entonces, con nuevo instrumental, ya aserraba ramas bajas del tronco, más anchas y de más cundir. Alguna cogió de varios metros, que transportaba pelada de ramas superfluas. Menos mal que en el trayecto no se cruzaba con nadie, porque tenía que dar miedo entrever a lo lejos a un penitente debajo de un madero, a la luz lunera.

Llenaba el tiempo. Alguna mañana, sin embargo, sí despertaba con el vértigo del trigal de horas por delante, todas de relleno incierto, de a ver qué hago yo con estos hectolitros de minutos. Era sorprendente, en cambio, que fueran estas las jornadas que acababan indefectiblemente con él rendido, en plena tarea, con los párpados cayéndosele pero sin ninguna gana de irse a la cama, empalmado como estaba con la reparación de una cañería empachada o

probando la reflectancia de la superficie interior de las bolsas de patatas fritas para aumentar la eficacia de su panel solar. Los días que amanecían con miedo al vacío acababan siendo los más abarrotados de diligencias.

El otoño llegó de plano. Las seis de la tarde parecían lo que son las diez en poblado. Las ocho eran como la noche pura, y a la una de la mañana daba la impresión de que ya nunca volvería la aurora. Las cuatro del alba no aguantaban comparación con nada.

Hacía frío a mayores. Manuel debía mantener cerradas las puertas de las estancias que no usara, para acotar la zona cálida y que el calor no se escurriera.

Pero para entonces, Manuel ya dominaba la materia fogatológica. Tomaba el capitulito del Austral que no le había gustado, lo hacía pelota y lo albardaba con un buruño de otoñales hojas secas. Enjaulaba la albóndiga entre varillas, cubría la masa con estacas de más diámetro y copaba con troncos ya de respeto, con la expresión atenta de morro para afuera de quien organiza un bodegón de figuras al que llamará nacimiento.

Luego encendía. Le gustaba mucho manipular los palos quemaderos con las pinzas de tijera, dentro del hogar, para colocarlos donde y como mejor ardieran. «El fuego es el fútbolín del solitario», decía. Al parecer, era muy entretenido.

Observó con asombro que la hoguera hacía aumentar la temperatura de la alcoba, en el piso superior, pero no otras estancias. Descubrió en el dormitorio una rejilla con cierre, embutida en la caja de obra que subía de la cocina hacia el tejado y que en principio tomó por columna estructural. Por dentro iba el tiro metálico de la chimenea. La ventanita estaba abierta, y el calor del tubo se expandía por el cuarto cediendo generoso su aliento. Listos, estos de la aldea. También notó que la piedra caliza con la que estaba levantado el paramento de la casa hacía por mantenerla caliente.

Caldear la planta baja (y algo la de arriba, por el conducto del tiro) implicaba la combustión de una importante cantidad de leña. Pero lo de la acumulación de madera tenía ya a Manuel felizmente obsesionado. Era una afición íntima, para adentro, como las buenas. Él recogía los palos, los transportaba y los partía con avaricia (avaricia sin víctimas, que a ver de dónde las iba a sacar). El acarreo y el aserrado le absorbían, porque le

excitaban el espíritu, y se encontraba con que siempre tenía más árbol del que precisaba. Creó la Federación de Leñadores de Zarzahuriel, y se reservó humildemente el rango de vocal del Consejo por no acaparar cargos.

Al principio almacenaba la madera en el coche. Pero se le quedó chico y empezó a meterla en casa. Había rimeritos por todos sitios, exhibiendo sus calibres, aromatizando tenuemente el aire, pidiendo cerilla. Le gustaba la calefacción que la actividad física regala. «Cortar la leña me ahorra quemarla», decía. El remedio se comía al problema antes de que surgiera.

Por la mañana, por contraste, le espabilaba a lo bestia lavarse la cara en la fuente, a agua helada. El primer envite de líquido dolía, pero luego ya no podía parar de echársela por encima. Por la noche, y cuando el cielo la ofrecía, le serenaba meterse nieve por el culo. Que le daba que iba bien para no sabía qué aspectos de su salud, sin más criterio médico que «porque sí». Luego, con luna o sin ella, se marchaba a por leña a culo fresco, cantando alegre a media voz. Entre el velo de los copos debía de parecer el Yeti, una sombra caminando a cielo raso. Tenía que dar pánico.

Una noche, oscurota ella, se puso a llover (a veces llovía tanto que olía a sardinas). Manuel salió a descolgar las sábanas que había tendido en el patio para que se le secaran. El viento levantó racha y el lienzo se le puso sobre la cabeza. Le preocupaba pensar que pasara alguien y asomara por la valla de malla. No porque le fuera a ver un paisano que diera la voz de alarma. Sino porque el viandante saliera espantado ante la visión. Porque el hombre pasara su vida con el pelo encanecido por el terror y jurando en los programas de la tele que los fantasmas sí existen.

Para lo que no estaba ya el tiempo era para hacer en la fuente el aseo de cuerpo entero. Manuel me solicitó para el envío mensual un caldero, o una olla, o un recipiente metálico un poco amplio, para calentar agua y lavarse en casa. En el Lidl solo le encontré una paellera, que daba para doce raciones pero que no era de fondo muy holgado. A Manuel no le importó, asombrado ante la rapidez con la que un fuego medianamente nutrido ponía a hervir los cinco litros de agua de su capacidad. En tres envites breves calentaba la necesaria. La llevaba al cuarto de baño y allí, en la bañera, la mezclaba con agua fría. Yo lo veía por el pasillo, con la paellera humeante cogida con dos paños por sus dos asas. Como si fuera un mediodía festivo y en el váter le

esperaran sus invitados, ansiosos por aplaudir en cuanto llegara el arroz.

En las horas de noche, que eran muchas, Manuel se ponía a prueba transitando por la casa a oscuras. Le seducía el juego de la tiniebla y el tropezón. Y de paso, practicaba por si algún día petaba su somera instalación eléctrica casera. Iba pegado a las paredes, guiándose con el meñique sobre el muro, y pensando que el discurrir del tiempo y de su dedo dejarían en el yeso su rastro dactilar, el lápiz de yema y orientación con el que estaba firmando la casa.

9

Del dinero que saqué de su cuenta bancaria y que metí en la mía quedaban todavía unos 2.100 pletos, tras los gastos de establecimiento y de cuatro meses de pertrechos. Pero iban perdiendo masa por la erosión del avituallamiento del Lidl.

Manuel sabía que yo las estaba pasando canutas, y que poco apoyo podría prestarle. Se empeñó en que ni loco me aceptaría transmisiones. Que prefería entregarse antes que vivir de gañote a costa de su tío pobre (no me dolían estas lindezas. No en él). Había que buscarle la forma de rendir.

Era medio imposible dar con un trabajo que cuadrara a un proscrito obligado a estarse de incógnito en su cantón restringido. Cualquier trabajo remunerado estaba tan escondido como el mismísimo Manuel, un aspirante que realizaba la dificultad con su clandestinidad forzosa. Debía ser una labor que él realizara en su domicilio, sin visitas de supervisores, a entrega terminada, sin dar más cuentas que las formales y sin contacto directo con sus pagadores. Desde luego, ni hablar de un empleo que le ofreciera ocasión de integrarse en un *gang* de compañeros de curro, como él quiso en su día.

Yo llevaba ya meses buscándolo con más ahínco que si fuera para mí. Al fin y al cabo, a efectos de apariencia, es que era para mí. Por motivos evidentes, yo sería quien lo tendría que firmar, facturar y declarar. Tiré de los pocos contactos que había hecho en el ramo de los recursos humanos y me empeñé en dar con algo, acuciado por lo necesario que era que Manuel empezara a generar. No estaba nada fácil.

Pero las nuevas profesiones vinieron en mi ayuda. Oí de un asunto que le

podía ir bien. Era una curiosa labor que, aparte de cuatro perras, ofrecía además un beneficio añadido. Me preocupaba mucho que a Manuel se le echara encima la soledad y le torciera la cabeza. Este empleo raro la conjuraba, sin exponernos a peligros. Daba a Manuel la oportunidad de tratar con gente, como siempre deseó, sin riesgo a la vista si nos andábamos con un poco de cautela.

¿Cuál es el nivel mínimo de cualificación profesional? El Graduado Escolar, que reconoce una educación básica, queda bastante, bastante abajito. Dentro de este sector curricular, vendrá más preparado quien haya completado 4º que quien se haya quedado en, por ejemplo, 2º. En los umbrales de la mera escolarización encontraremos a quien acabó 1º, sin perjuicio de que habrá quien ni siquiera lo empezó. Muchos alumnos acreditarán formación aún menos cumplida.

Busquemos peor historial. Es posible fracasar en el propósito de aprender a multiplicar y a dividir. Ya es más difícil no salir airoso a la hora de aprender a sumar y a restar. Más todavía, en el empeño de saber escribir. Y será aún más complicado, por mucha desgana que se le eche, fallar en la empresa de aprender a leer. Aunque puede ocurrir.

Yendo más lejos, yéndose ya al último confín, el hombre con un sistema fónico sin demasiado deterioro y una capacidad intelectual un poco despegada está terminantemente incapacitado para no aprender a hablar. Pronunciar palabras (cien, doscientas) según algún sistema lingüístico es quizá la única facultad superior que en condiciones normales no es viable no desarrollar.

Esto era una academia de idiomas de Madrid que utilizaba una técnica didáctica entonces novedosa aunque hoy muy implantada: la pura conversación en la lengua a aprender. Se trataba de recibir llamadas telefónicas de extranjeros estudiantes de castellano. Y luego, ponerse a hablar con ellos. Sobre cualquier tema, más banal o menos, pero sin recurrir jamás al idioma natural del alumno (mayoría de angloparlantes). Solo se hablaba en español, con interlocutores que, según nivel de idioma, iban del medio versado en la lengua al sordomudo *de facto*, que ni hablaba ni entendía.

La forma de cobro y pago nos beneficiaba. El alumno cliente telefoneaba al centro de enseñanza, a un número de tarificación especial. La llamada se

derivaba automáticamente al móvil del *parla*, así llamaban a los colaboradores, al que luego se liquidaba por transferencia según minutaje. La mecánica retributiva era muy ventajosa, dadas las peliagudas circunstancias.

Me presenté en la academia como si yo fuera el candidato al trabajo. Si me admitían, daría el número del teléfono a mi nombre que portaba Manuel. También aportaría mis datos bancarios (no iba a dar los del clandestino, ya fenecidos). Y que él conversara, con liquidaciones a mi cuenta con las que podría seguir mercando los Lidl mensuales.

Si algún día llamaban a Manuel de la academia, y si es que recordaban mi voz, él solo tendría que hacerse el loco y remitirles a mi teléfono real, que es que ahora yo no estaba.

En el propio centro me advirtieron de que no era trabajo agradable. Que en principio sonaba muy bien, cháchara remunerada. Pero que no era tan así. Se pagaba francamente poco (a 3,05 euros netos la hora). Había mucho alumno que vivía donde su puta madre, a 5.000 kilómetros excavando por dentro de la Tierra y a 7.000 yendo por arriba, con unos husos horarios tan raros que parecían extraídos de un cubo en vez de desgajados de una esfera. Por eso, las llamadas podían sonar a cualquier hora de la noche.

A todo respondí que no me importaba. Me previnieron de que había *parlas* que acababan fritos de oír simplezas, aún más simples que las simplezas comunes, por impedimento de la lengua. O peor aún, que quedaban exangües por tener que prestar oreja a horrorosos conflictos personales con que si el cónyuge, el hijo, la amenaza global, la Sacra Galletita. Aseguré que me parecía correcto, acordándome de las ganas que Manuel tuvo siempre de trabar conversación con el género humano.

Me hicieron una prueba. La superé, que siempre he sido de conversación florida y buena pronunciación. Llamé esa misma mañana a Manuel para darle la buena noticia. Prendí a reír al comentarle yo que un tío como él, que sabía de todo y que hablaba un inglés más depurado que el de muchos redactores de *The Sun*, se iba a dedicar a algo así de *complejo*. Nos reímos a carcajadas pensando en todo lo que Manuel llevaba estudiado para acabar realizando una labor en la que solo tenía que rajar en su lengua materna, reduciendo a escombros funcionales todos los conocimientos que había adquirido a partir de este suelo elemental. El profesor, que de profesor no tenía nada, hablaba y

fuera. Lo que él pondría en danza para su trabajo era, a efectos de currículum, bastante menos valioso que un aprobado caritativo en la asignatura de Gimnasia en un centro de educación preescolar de por ahí.

Los ingresos iban a ser muy exigüos, también le dije. Él contestó que otra cosa le descolocaría, por falta de costumbre. Que por ese sector de la remuneración, esto de la academia no era nada diferente a lo que llevaba visto durante toda su vida laboral.

Habíamos tenido una suerte tremenda consiguiendo aquello. El trabajón significaba un poco de cobranza y riesgos de localización policial muy reducidos. El más aliviado era yo, que a esas alturas ya me veía vendiendo mi bici, una tumbona y mi colección de abanicos artísticos (tres enteros y uno roto) para seguir encargando intendencia en el Lidl.

Había un aspecto del empleílo que me satisfacía sobremanera. No se lo comenté a Manuel, porque a la gente que busca amigos infructuosamente les disgusta que les saquen el tema de su soledad, por mucho que esta sea producto no de su inhabilidad (que también) sino de las circunstancias (penales, en este caso). Me refiero a que ahora, con el trabajo, él hablaría con seres humanos, como a él le gustaba. Combatiría el aislamiento.

A la semana recibió la primera llamada. Uno de Irlanda. Luego fueron llegando más.

Ya tenía algo a qué agarrarse, y no me refiero al flaco jornal. Las voces de hombres y mujeres le ayudarían a cubrir sus necesidades cordiales. No era mucho, con océanos y montañas por medio, con trabas idiomáticas añadidas y con descompaginaciones culturales levantando barrera. Pero mejor eso que nada.

Con el tiempo, sin embargo, me di cuenta de que era ingenuo por mi parte pretender que aquellas conversaciones profesionales bastaran para mitigar su anhelo de amistad y afecto. Me consumía pensar en él solo, y en que llegara la hora en la que Manuel acabara estallando por no ver a nadie tangible, de voz al aire y presencia real. A cualquiera le hubiera hecho mella el vacío de personas, pero a él más. Se me ocurrió que, no sé cómo, y si el retiro se tornaba insufrible, interesaría ver cómo podía yo encontrar la forma de hacerle llegar un perro, aunque fuera corriendo los peligros de un nuevo envío y de un nuevo enlace implicado. Se lo comenté, con las palabras

adecuadas para que no se sintiera herido. Pero ambos sabíamos que el propósito era inviable.

Una cosa (mala) era que estuviera despegado del común. Y otra (peor) era cómo tenía que estar sobrellevando la disociación con ese segmento del común que es el sexualmente apeteído. Manuel debía de estar carcomido a pajas, imaginaba yo que en número tan copioso como para ponerlo en los umbrales de la sífilis. Le suponía asido a su palanca y convertido en émbolo de *sí mismo*. Se tenía que estar haciendo cascadas como para enjalbegar paredes, como para dejar el aire campero preñado de células deambuladoras, todas en busca de recipiente gestador al que ingresar para la germinación. Me barruntaba tanta emisión flotante que ya debía de haber flores que fecundaran en fruto con el material genético manueliano.

Para Manuel, lo de eyacular se tenía que parecer mucho más a orinar que a un acto evocativo de compañía, mutualidad y cariño fantaseado. Sería para él como la saca de un residuo inane que hay que poner fuera del cuerpo no por nada, sino porque si no duele.

En esas llegó la Nochebuena. Confiando yo en que no llevaría cómputo del tiempo ni de la efeméride, opté por no felicitarle la fiesta, por ni siquiera mencionársela, para que no entrara en depresión por soledad. No era cosa de recordarle que la gente se iba deseando felicidad por las calles mientras él yacía en el fondo de un pozo. Manuel se referiría a aquella Nochebuena, y al perro, pero bastante más tarde.

10

Manuel me hablaba mucho de la parra, a la que estaba tomando simpatía en aumento. Entendí que, a falta de personas visibles y tangibles, él focalizaba su sentimiento en cualquier cosa viva que sí tuviera delante. Me preguntaba él sobre las necesidades, apetencias y antojos de la especie. Me informé al respecto y le transmití lo leído. Entre lo que le conté y lo que él iba viendo, la parra cogió en su cabeza una mística gorda y grave de la que él mismo se reía.

Era la planta todo atenciones. Estaban sus uvas, postre regalado, que iban cobrando dulzor en connivencia con el sol que las regaba. En enero, el resultante de la poda aportó un buen haz de varitas, con el grosor preciso para la transición ígnea de la hojarasca al leño dentro de la chimenea. Recordó haber comido hojas de parra hervidas en un bar libanés de Madrid. Cuando brotaran de las guías, hacia junio, verificaría su cocción y su aderezo. Las tomaría a ver qué tal, que seguro que bien, con lo que el árbol amigo devendría en verdulería bien provista.

Y estaba su sombra, la que recordaba del verano, superior a todas las formas de refrigeración, más fresca contra más calor gritara el sol, de una limpieza clínica, de un sabor líquido, de un olor verdoso comparable a nada. En estaciones frías como la presente, en cambio, la parra se desvestía de follaje, como si ya supiera que debía retirar cortina para que el poco sol emergido pudiera pasar a casa. La parra era una planta doméstica, como lo son el servicial caballo y el cerdo donoso en el reino animal.

El coche se le iba pudriendo. Mejor así. Que se gangrenara del todo. La

degradación le libraría de caer en la tentación de darse una mañana una vuelta por la comarca, exponiéndose a que le viera un paisano. En virtud a esto, Manuel iba tomando trocitos del vehículo, como cuando en verano cogió ciruelas, uvas y moras. Lo iba desguazando sin darse cuenta: un día extrajo el cenicero, para tener dónde dejar los huesos de aceituna en el salón. Otro, arrancó el limpiaparabrisas, para tener con qué rascarse la espalda. Empezó a usar el maletero como cesto para la ropa sucia. Provisto de saco de dormir, comenzó a pasar algunas noches en el vehículo, por antojo, como un adolescente en pernoctación de aventurilla.

La ropa se le iba poniendo toda de color difuso. Se hacía difícil enjuagarla bajo el hilo de agua de la fuente, para eliminar el detergente. Por lo que recurría cada vez más a dejarla en agua hirviendo o en lejía rebajada. Él decía que mejor estaba así la indumentaria, tirando a marronácea. Que el tono indefinido ayudaba al camuflaje en el campo ocre.

Para intentar ayudar, le compré alguna prenda en el Lidl sin que me la pidiera. Pero no me hizo mención al regalito incorporado, como si le prestara un servicio solo accesorio.

En cambio, siempre me agradecía el chaquetón que le cedí. No se lo quitaba, según contaba, porque se había convertido para él en una suerte de tienda de campaña perenne. El mismo apego sentía hacia las botas que fueron mías, en las que confiaba como si fueran acorazados de oruga.

Lo que nunca hizo, y no por imposibilidad de compra sino por convicción estética, fue ir por el campo vestido de ir por el campo. De haber podido o querido renovar vestuario, nunca se habría disfrazado de explorador de revista de viajes o de andino de tocar la quena. Él iba tan convencido con su ropa de Madrid, la que se llevó de la urbe. Que se fuera agujereando, manchando con lamparones o perdiendo tinte ya era otra cosa. Pero mucho antes que un figurín de moda rural, aventurera o alternativa, Manuel debía de parecer un vecino de Sol al que se le hubiera caído encima un trozo de la estación de metro de Callao.

Adoptó nuevas costumbres de aseo. Con significativo descenso de frecuencia. Esto, que en otro habría sido síntoma de dejadez y de abandono, era en él señal de que seguía atento a los fenómenos que le afectaban. Todo vino a resultas de observar y probar.

Las conclusiones las sacó de la cabeza. No es que pensara en ellas. Sino que cuando se quiso dar cuenta llevaba dos meses sin lavarse el pelo. Pero lo tenía igual de limpio que si se lo hubiera lavado ayer. Con la diferencia de que no veía caspa, ni le picaba, como enseguida pasa en cuanto se suspende el lavado diario. Había superado una primera fase de producción sebácea. Eso significaba que el champú era un catalizador de grasa, elaborado para que su dejación eventual desatara un flujo de mugre sobre el cráneo. Un compuesto premeditadamente adictivo para forzar a la fidelización.

Todo lo cual confirmaba la sospecha de que los jabones eran falacias. Eran mentira, dijo.

Dejó de lavarse. En fase primera, sentía una incomodidad que intuía postiza, no innata. Al cabo de un mes ocurrió lo que profetizó. Un día se encontró de sopetón con que la idea de ponerse a remojo le daba vagancia. Empezó a pensar en la cuestión del síndrome de abstinencia, como me iba retransmitiendo. Según la cual, geles y jabones producen un mono tan claro como el de la cocaína o el azúcar. Con el resultado añadido de que la ausencia de ungüentos de droguería (qué fértil coincidencia léxica) deriva en la eliminación del olor (al tiempo que en la desaparición del anhelo de usarlos). Me decía que tras cuatro semanas de no untarse con productos de bañera, ni olía a nada insano, por un lado, ni padecía la necesidad picosa y pegajosa de ellos, por otro. Ni resultaba *elocuente de sobaco* (tampoco tenía nariz destinataria a la que interpelar) ni sentía ganas de lavarse. Había superado su *dependencia cutánea*.

Algo de cierto había en sus palabras. Yo en mi infancia rechazaba el baño, como el tabaco. Ahora no puedo estar sin el uno y sin el otro.

Él rememoraba la de veces que se había preguntado cómo era posible que sin baño más que trimestral o semestral, nuestros tatarabuelos se buscaran hambrientos para la reproducción. Si la falta de jabón nos hiciera oler mal no se habrían atrevido a fabricar a quienes nos fabricaron. Quizá era porque es el afeite el que provoca la tufarada. O eso, o que los ancestros nacían sin olfato.

Abundando en las ramas de ascendientes y descendientes, Manuel se empeñaba en que los nietos de quienes los tengan se asombrarán de que sus actuales predecesores usáramos la ponzoña llamada jabón, y sentirán la misma inquietud que nosotros cuando nos enteramos de que nuestros abuelos

consumían preparados a base de radio para sus curaciones y sus tratamientos.

Yo no me atrevo a poner en práctica sus exposiciones sobre el aseo, y sigo amarrado a mi bote de gel. Pero estoy seguro de que lo que decía Manuel era verdad. Él lo ensayó, y yo no. Tenía él más datos.

Seguía con sus barridas de leña, arramplando con ella, acarreándola, aserrándola, todo erres, actividad vibrante esta. Ahora llamaba *tomahawk* a su hacha. Lo llevaba a toda expedición, colgando de la trabilla que fue caña de calcetín. Y, en un bolsillo del chaquetón abrazador, el bolsón de rafia azul. Lo llenaba de madera y volvía a casa con él hasta arriba, al hombro, raspándole el deltoides con las asas y su peso de palos. Decía que era para él un masaje seráfico.

En verano había catado los favores de la sombra vegetal. Ahora se arribaba a la llama lamedora. «Qué bien se está», decía. «Calor, pero parra. Frío, pero leña».

De todos modos, solía afirmar que la mejor calefacción era ponerse el jersey (y el mejor aire acondicionado, quitárselo). Aseguraba que no hay gelidez en la cama que pueda con unos calcetines puestos en su sitio. Dormir con ellos le proporcionaba un calor corporal equivalente, según sus mediciones, al que le procuraba una manta de espesor medio. Con los pies vestidos, templado por el aliento rebotado en el embozo, solo tenía que añadir un poco más de abrigo cobertor para entregarse al sueño sin preocuparse por el relente.

Por lo demás, Manuel dormía vestido. No porque no se pusiera el pijama, sino porque el pijama era su ropa de diario. Al amanecer saltaba de la cama, se echaba el chaquetón famoso y las botas de vivir y ya estaba de gala, sin más trámite.

Su salud no se estaba resintiendo tras el trasplante a un ecosistema para él inédito. Era de agradecer, porque la asistencia médica la tenía vetada. Antes bien, siempre entendió que para evitar la gripe solo había que pasar un poco de calor en verano y un poco de frío en invierno, adecuando el paso al clima. Eso, y no frecuentar bancos ni cajas. Lugares en los que, como todo el mundo puede comprobar en horario de atención al público, huele a catarrazo flotante desde la mismísima entrada.

Cogió la costumbre, previa a la cama, de mear en el patio, al aire

desinfectante, por sentir la novedad de tener el pito a dos o tres grados bajo o sobre cero mientras regaba la parra con cellisca.

Se cuidaba de dolencias a base de productos modestos, humildes y versátiles. Tenía cada vez más arrinconada la pasta de dientes, que dicen los odontólogos que no hace nada porque es la acción mecánica del cepillado lo que de verdad actúa contra las acumulaciones de la boca. Él prevenía las bacterias con agua tibia con sal, colutorio inmejorable y mucho más eficaz que los enjuagues de color fosforito que venden. El vinagre era su antídoto contra las picaduras, y la leche contra el ardor de estómago. Decía que nos llevamos el dedo a la boca instintivamente cuando nos cortamos porque no hay remedio comparable a la saliva para la coagulación de la sangre.

Sí contaba con una caja de paracetamol, la que le mandé por SEUR. Seguía sin estrenarla. Porque en Zarzahuriel nunca le dolía la cabeza.

Como se ve por el reporte que traigo, continuábamos como siempre con nuestra llamada diaria de las cuatro de la tarde. Una rutina que de rutinaria, para mí, no tenía nada. Un día de febrero me pidió que le mirara cuándo se plantaban las calabazas. Se había comido una del Lidl, hirviendo una mitad y friendo la otra en dados, a modo de patatas anaranjadas. Las pepitas que salieron de dentro le sonaron a semillas, y quería ver qué pasaba si las enterraba en un trozo de la parcela. Me puse al encargo. Faltaban dos meses para la siembra, y se debían observar ciertos usos (lavar las pepitas antes de plantarlas, oxigenar la tierra, regar con frecuencia media) para que la tía tirara para arriba. Él tomó nota de todo.

A primeros de marzo, al consultar mi azarosa cuenta corriente, me llevé una alegría. Me encontré con que el ingreso de la academia de castellano y sus charlas de entrenamiento había aumentado. Es decir, que había más guiris que solicitaban *mis* servicios (los que prestaba Manuel, vamos). Era un incremento cortito, pero que me puso muy, muy contento. Porque era indicio de la recuperación del Manuel que hacía las cosas bien. Era señal de que los estudiantes le pedían a él, o de que conversaban fluidamente durante tramos más largos, o de que se le asignaban alumnos nuevos por buen rendimiento.

Me encantó colegir que Manuel se revelaba como el gran conversador que en el fondo era, por mucho que no se le notara de primeras y por mucho que fuera a expensas de un convenio contractual entre alumno y profesor. Me

entusiasmo comprobar que, roto el hielo, con el pretexto del aprendizaje, el hombre se defendía bien ligando palabras ante orejas ajenas. Estaba charlando con sus semejantes, como siempre quiso. Eran exóticos terrícolas a los que no veía la cara, pero aquello ya significaba mucho.

El escueto progreso suponía también que Manuel aumentaba un ápice sus recursos dinerarios. Nuestra hucha pesaba ahora unos gramos más. Se daban las condiciones para que me pidiera algo extra de antojo, siempre que estuviera disponible en el Lidl. Así se lo dije, porque ya era hora de tirar la casucha por el ventanillo. Tardó una semana en Estarme la respuesta. Podía haberme encargado una colcha decente, o una bolsita de langostinos, o un espejo para afeitarse viéndose la cara. Pero pidió dos o tres artículos de baja gama. Unas pinzas de madera para la ropa, un paquete de folios, un cúter, y ya. Bueno. Él sabría.

A mediados de marzo, sin embargo, lo pasé realmente mal. Ocurrió algo que puso las cosas de color negro rebuzno. Vagabundeando entre páginas de prensa con mi ordenador, entreleí con espanto que un tal E. T. P., de veintinueve años de edad y miembro de la Unidad de Intervención Policial (los antidisturbios), había fallecido en Madrid por herida de arma blanca. La noticia venía en una esquina de un digital marginal, y no daba muchos más datos. Pero ahí estaba.

Si este era el mismo policía que el del portal, pudiera ser que a Manuel se le hubiera ido la mano a la hora de defenderse con el destornillador. Y que tras una agonía de varios meses, metido en el hospital entre la vida y la muerte, su diana semoviente hubiera entregado la cuchara. El arma empleada era de igual blancor. La edad coincidía. El día de la manifestación hubo un policía herido grave. Y la mortandad en activo entre el funcionariado del ramo es muy escasa. Nula, de hecho. Debía de ser el mismo. Ver la columnita me asustó a base de bien, por la psicosis de peligro en la que me cocía. No se me despejaba la borrasca.

Por la tarde, la noticia se había caído del periódico y ya no hubo más referencias. Algo muy extraño. Mayor incertidumbre para mí.

Mi duda seguía siendo si contárselo a Manuel o no, como en julio. Decidí que no por segunda vez. No adelantaba nada preocupándole, y él necesitaba mucha tranquilidad para seguir sin cometer errores. Si caía ahora en ellos, y

si el policía del periódico era el del portal, la cosa se ponía más fea que un estómago visto por dentro.

Poco después me comí el susto que me patrocinó Manuel, en un momento de zozobra que parecía elegido a mala baba. Pasé un día entero sin poder contactar con él. No me cogía el teléfono. Teníamos convenida la frecuencia fija de nuestra llamada diaria de sobremesa, por lo que una ausencia de un ciclo completo anunciaba lo peor. Dale que te dale, insistí a teclazos, doliéndome porque hubiéramos depositado demasiada fe en las garantías de Zarzahuriel como escondite e intentando desatarme de pensamientos aciagos (su detención, un accidente, su misma muerte).

Por fin, al día siguiente atendió al móvil. Cuando le expresé mi terror por las horas que me había comido, me respondió que no debía preocuparme tanto. Que se había echado a andar sin teléfono hacia unas lomas lejanas que tenía vistas desde su casa y que se le había ido el santo al cielo. A la semana siguiente pasó tres cuartos de lo mismo. Otro día sin noticias tuyas y una explicación desvaída para tranquilizarme. Me juró que no volvería a ocurrir. Pero más me valía prepararme para novedades porque estas irregularidades me hacían augurar cambios.

En abril, llegado su momento, Manuel plantó las calabazas. Acotó primero un cacho de suelo de cinco por uno. Removió la tierra con la tapa de la guantera del coche, su particular Todo a un Euro, y la dejó bien suelta. Enterró diez pares de pepitas con el propósito de obtener diez ejemplares. Y a regar. Todos los días vigilaba la parcelita en busca de mala hierba, que saneaba enseguida. Quería que creciera lo que tenía que crecer. Y no moscones vegetales, chupeteando y dando el coñazo alrededor.

Todavía alcanzó a pillar los últimos piñones del curso, que abría con la punta del destornillador. Las piñas vacías parecían granadas de mano. Que no reventaban trincheras pero que eran estupendas para encender la chimenea.

11

La sorpresa desapacible llegó una semana después de la siembra, con el cartero. Dejó en mi buzón un sobre de los del banco, con su ventanita de plástico transparente. El extracto consignaba una fuerte caída en los ingresos por las conversaciones con los guiris, con cifras reducidas poco menos que a la mitad.

Me angustió primero que en la academia nos estuvieran remoloneando con las liquidaciones. Pero luego me asaltó la preocupación por que hubiera reaparecido el Manuel de la torpeza social, que cuanto más deseaba la relación humana, más se embrollaba con sus interlocutores y más la cagaba ante cualquier nimia incidencia.

Esperé a la hora de costumbre para llamarle y le pregunté qué pasaba.

Me contestó que todo estaba bien. Que los pagos de la academia eran los correctos. Que no había tenido roces con nadie. Que los guiris con los que había conversado, de hecho, eran muy buena gente, y que le habían mostrado su respeto y hasta su cariño globo a través. Pero que cada vez cogía menos llamadas.

Los dos acicates que buscamos todos en un trabajo, cuatro duros y un poco de concierto interpersonal, pasaban a ser para él ingredientes prescindibles. Qué le estaría pasando a este.

Me lo contó.

Empezó por el principio. Me dijo que él había llegado a Zarzahuriel forzado por las circunstancias y un destornillador. Se había visto empujado a un medio desconocido al que había intentado sobreponerse. Con tal volumen

de éxito que ya no se veía llevando otra vida que la que llevaba allí, metido hasta las trancas en la empresa suprema de hacer a cada momento solo lo que quisiera hacer. Dijo textualmente que en su puta vida se había sentido mejor.

Aseguró que el trabajo estaba muy bien. Pero que cualquier cosa de las que hacía en Zarzahuriel en estado de cómica beatitud le importaba mucho más que su tertulia a trompicones. Que empezaba a estar frito de oír murgas en esforzado castellano. Que el clima de Bonn le interesaba lo que un comino, y el Tottenham Club lo que otro. Que el timbre del teléfono le sacaba de sus benditas ocupaciones, que le ensuciaba el tiempo, y que él lo recibía con el terror con el que se escucha una sirena de aviso de bombardeo. Me contó que alguna vez, para soportar sus imparticiones, le había dicho a alguno de Suecia que para saludar, la voz verdaderamente coloquial en España no era «hola», sino «congrio», y que para quedar como un verdadero hispanohablante había que despedirse no con un académico «adiós» sino con un «liendre» bien pronunciado.

No lo vi gracioso. Bueno, sí. La verdad es que me hizo gracia. Pero no la tenía.

Le espeté con urgencia que si dejaba de coger el teléfono, dejaba de ingresar. Y que yo no tendría pelas para seguir cumpliendo con el encargo mensual del Lidl. «No, eso no es problema», me dijo. Desde luego, no veía a Manuel encomendándose a mi buena voluntad para financiar una manutención que él había dejado de defender. Nunca fue gorrón, si acaso lo contrario. No hizo falta que le pidiera explicaciones. Me las dio él.

«Estábamos comprando bobadas», contestó. Me pidió que dejara a un lado las chuletas, las cervezas, las sardinas en tomate, el chocolate relleno, el paté y el resto de preparados por el estilo. Que los cambiara por garbanzos, cebollas, harina, azúcar, patatas, hígado, bien de leche. Consumibles básicos, alimentos de posguerra, comestibles de baja gama y precio escueto. Que no quería comiditas complejas si para poder adquirirlas debía acortar sus paseos, o interrumpir la lectura de los Austral, o descuidar sus calabazas, o dejar de tirar con sus gomas, o levantarse de un sitial en el que estaba mirando una nube con forma de mapa de Rusia. Porque esto era lo que de verdad le interesaba.

Se alimentaría de lo que fuera con tal de reducir las sesiones retribuidas

con las que pagaba lo tragado. Con su pobreza autosurtida compraría tiempo, porque pasaba ratos mucho mejores en el mercado de horas que en el de frutas y verduras. Aquel le ofrecía mejor producto.

Había echado cuentas. Con los nuevos menús, el abastecimiento mensual se saldaba con 90 euros. Si dedicaba quince míseras horas al mes a los guiris, quince, y a pesar de cómo se pagaba de mal, entonces llenaba la despensa para medio mes.

La otra mitad la cogería de lo que él llamaba el fondo grande. Es decir, las pelás que juntó en Madrid trabajando en parches para poder alquilar la casa de Montera, y de las que yo iba tirando para su subsistencia. Tras la entrada de divisas por la academia, pero también tras su salida por los suministros de a mes, quedaban como un par de miles. Que, según la aritmética, tardarían casi cuatro años en agotarse. Período de sosiego para sí al que no pensaba renunciar de ninguna de las maneras.

Solo tenía que abonarse al avituallamiento de batalla, con el que Manuel era capaz de hacer maravillas. Col, lentejas, zanahorias, macarrones, fruta de oferta, galletorras de paquetón. Me contó con detalle que, al aire sano del asueto, nada le ponía más alegre que la legumbre cocida con sal, aceite y vinagre, o el arroz blanco con ajos fritos. Proclamó que le sabían a gloria («Me saben a estar a lo mío», dijo). Hasta el pan le sabía bueno, con lo duro que se le quedaba. Lo remojaba en la fuente y bromeaba diciendo que comía bocadillos de agua.

De regalo, como bola extra, reintegro o pedrea, desfilarían ciruelas, uvas, moras, pasas y hojas de parra tiernas, que resolverían medio verano. Luego se lio a hablarme de cómo mezclaba harina con igual volumen de agua hirviendo y una tomadura de sal. Freía la masa en aceite muy caliente. Churros, vamos. Sin churrera, a base de bolas, pero churros eran. Como los que iba a cocinar el día en que salió de su casa de la calle Montera para nunca volver.

En otoño había visto bellotas caídas a la vera de no sabía qué árboles. Las guardó. Por entonces no se atrevió, pero en enero ya se puso a ensayar con ellas para apretárselas. Las coció y las aderezó hasta que su intestino y su paladar se hicieron al nuevo entrante. Debía de cagar calcáreo. Pero decía que comía lo que los cerdos de alcurnia, y que así estaba él criando nalga pata

negra.

Me contó también lo de la repulsiva tortilla de patata sin patata (con lo blanco de la monda de la naranja) y sin huevo (con leche). Le pregunté si de verdad era capaz de comerse eso. Me contestó que cómo se notaba que no lo había probado.

Le pedí que se dejara de cocinitas, porque yo no lo veía nada claro. Manuel continuó con sus balances.

No había olvidado contabilizar mensualmente los productos de droguería insoslayables. Hacía tiempo que no incluíamos gel, champú ni detergente en los pedidos, dados sus ensayos al respecto. Pero sí necesitaba asequible lejía, para la limpieza de los suelos, y un chorreón de lavavajillas, para fregar los cacharros, y un poco de papel de váter, para eso. Añadió una pila de linterna por quincena, y prorrateó moneditas para la renovación anual de cepillos, estropajos y paños. Todo junto, importaba solo una hora más de guiris al mes. «Creo que la puedo asumir», dijo riéndose.

Me asustaban sus proyecciones. Pero a ver qué consejos le iba a ofrecer yo, como si tuviera demostradas pingües capacidades. Ya me hubiera gustado.

Todavía trajo más recuentos durante un rato. Al final, glosó en un total las cifras detalladas de ingresos y gastos, de costes, microrremuneraciones y remanentes. Yo conocía sus números, claro. También los del Lidl, por descontado. Y en efecto, si no nos salíamos de compras elementales como las que proponía, sus sumas y sus restas cuadraban.

Dieciséis horas de guiris. Eso era todo. Manuel, muy valorado en la academia, recibía llamadas con bastante frecuencia. Por lo que podía permitirse el lujo de concentrar en el tiempo las sí contestadas. Las reuniría en días verbosos, cuatro o cinco al mes. Se tomaría esas jornadas como entrenamiento contra el anquilosamiento del sistema fónico. Y ya solo le quedarían semanas puras. Tiempo para él.

En este punto de la exposición me surgió una pega, y muy gorda. Se la puse delante de la cara. Vale que ya tenía costeadado el comestible y lo de limpiar. Pero le harían falta más cosas. ¿O no?

Pues no. Me contó que cuando comprobó que funcionaba con un panel solar que, con dar tan poca leche, daba leche de sobra, se le cayeron los

gastos de luz. Cuando notó que ya no quería ir a ningún sitio, se le fugaron los que nunca sufriría ya por coche. Cuando se vio guapo como nunca luciendo el chaquetón que le regalé, se le deprimieron los costes de ropa. Cuando comprobó que para evitar adicciones no debía usar cosméticas, se le evadieron los de aseo. Cuando se percató de que cargar con palos para calentarse quemándolos no era fatigoso sino deportivo, se le murieron los desembolsos que tendría que haber hecho por calefacción. Lo mismo con los de sanidad, botiquín y en general con casi todos. El ascetismo ese suyo era divertido, saludable, activador y benefactor. No necesariamente por el ahorro. Sino por una suerte de ejercitación que lo dejaba colmadito de júbilo de piel para adentro.

Con todo, sí había efectos no alimenticios que reconocía necesitar, y que aún no poseía. Tenía confeccionada una lista detallada de ellos. Pero por más que le daba vueltas, no conseguía que la relación le sumara más de lo que costaba un menú del día en un restaurante normalito. Me la dio, y tomé nota de todo para el próximo envío (si es que para entonces el Lidl tenía esas fabricaciones en su estantería virtual).

En el listado figuraba una radio, para seguir estudiando inglés (ilocalizable, es decir, analógica, es decir, de precio irrisorio). Unas tijeras, para cortarse el pelo sin el dolor del cúter. Otro destornillador, que no tenía de los de punta de estrella. Un cuchillo de sierra. Cola blanca. Una fregona con su balde escurridor. Lo dicho. Con todo reunido, el coste llegaba a lo que valían diez o quince viajes en metro.

Porque qué más se iba a comprar. ¿Una batidora, para que el insuficiente vataje de su panel se acomplejara? ¿Una tableta con conexión, para que le acabaran ubicando por la IP? ¿Una bici, para terminar saliendo a la carretera y que le vieran? Pues vaya negocios. Y además, de todas formas, eran bienes a los que tampoco tenía acceso. Que esos chismes no los trabajaba nuestro proveedor. Así que entonces para qué darle más vueltas. Qué más. ¿Un albornoz, una almohada nueva, un jersey? Pues sí, podía adquirir esas cosas. Pero al precio de entregar horas a la academia de español y de escamoteárselas consiguiéntemente a su obsesivo trisque por la casa y a su obstinado trote por el campo. Fuera albornoz, fuera almohada, fuera jersey, y venga cultivo intensivo de sus patochadas. «Y además, me arreglo con la

toalla, respiro mejor durmiendo en plano y jersey ya tengo uno», dijo.

A propósito de lo anterior, me habló del descubrimiento extraño que se tenía autoinvestigado. Consistía básicamente en pensar qué haría él si en su paseo mañanero se encontrara 1.000 euros a los pies de un árbol. Concluía que esa tarde tampoco cambiaría de planes. No saldría disparado a poblado para fundir los billetes. Y no porque pudieran verle. Sino porque no reuniría ganas. Los recogería porque quedaría muy esnob no hacerlo, pero sin saber qué fin darles. Revelación conductual bastante más valiosa, a efectos incluso económicos, que los propios 1.000 euros. Si la falta de dinero es frustrante y provoca desvalimiento, entonces aquí estaba el *desfrustrante* descubrimiento de su *desdesvalimiento*.

A propósito de esto, me contó que se acordaba varias veces por semana de lo que le ocurrió un día de hacía dos años. Cobró 100 euros inesperados. Fue en uno de los trabajines en los que se empleó antes de meterse en lo de las quejas telefónicas chuleadas, y que le reportaron el chico fondo grande. En el empleo en cuestión, a toda la plantilla le gorroneaban con las horas extras. No se las pagaban a nadie, pero todos cumplían con ellas para no salirse del esclaverío tolerado. A él, sería un error, se las abonaron.

Como era un monto con el que no contaba, cogió los billetes y se tiró a la calle a comprarse lo que ese día se le antojara. Volvió a casa con una triste bolsa de tres lápices 2B y un lánguido bollo de panadería. Y con 96 euros sobrantes a los que no supo dar destino. De aquella jornada no sacó unos grafitos y una merienda de urgencia. Antes bien, el uso ciertamente rentable de ese capitaleta fue un hallazgo acerca de sí que le libraba de variados afanes. Para lo que le sirvió fue para empezar a intuir que el dinero no le ilusionaba especialmente. Lo que, si se piensa con detenimiento, equivalía a dar con un cofre lleno de doblones en una caleta ignota.

El episodio se avenía a la declinación de mis propuestas de ayuda cuando Manuel se metió a vivir en la casillita de Montera. Él ya se barruntaba entonces que el oro no le iba a inducir al crimen por codicia. Trabajaba penosamente en Madrid para abandonar la casa paterna y para lanzarse a vivir por su cuenta. En Zarzahuriel, toda cuenta le salía y no veía a sus padres por ningún sitio. Ya está.

En fin, que no necesitaba apenas nada de lo adquirible en una tienda. La

carencia era su gran, saciante patrimonio. Se estaba instalando en una austeridad fiera en la que chapoteaba cada vez con mayor deleite, como quien se da a la gimnasia extrema y goza con la queja muscular, la falta de aliento y el dolor de plantas. Su apetito por la sobriedad empezaba a ser gula, y su amor por la pobreza empezaba a ser lujuria.

La suya era una parquedad gozosa en cuanto que vocacional. Primero la cató, luego la aceptó y por fin la abrazó como esposa. Y así iba casado, con su gasto ralo y su gasto tenue. Un gasto desgastado, de puro pobre.

No se le veía muy asimilado a los Crusoe, a los Thoreau, a los estilistas, a los supervivientes clásicos, siempre menesterosos, con la lengua fuera, como puta por rastrojo en busca de un pescado, de un cacahuete, de un palo con punta. Lejos de ello, Manuel vivía en lo que en sus circunstancias podía denominarse incluso abundancia (andrajosa, pero abundancia). Instilado de su poquedad desaforada y cabalgante, hasta ahorraaba si se descuidaba, el tío, y el cariz involuntario de su ahorro le provocaba carcajadas.

Iba por Zarzahuriel cultivando la *sucintidad* como juego excitante en el que nunca se llega a la plena excelencia, porque alcanzarla supondría palmarla (por falta de alimento, climatización y cosas de esas). Y eso no. A ver si se moría, cómo iba a jugar.

Es verdad que era ineludible comprar lo de comer (fungible de muela), algún apero doméstico (inventariable de mano) y un par de artículos de higiene (consumible de roña). Pero fuera de estas baraturas, Manuel no detectaba la existencia de mercaderías que quisiera adquirir. Estaba como quien no invierte en coches porque no quiere aprender a conducir. O como quien no gasta en hijos porque ya sabe que su vocación de padre es nula. No concebía ideas para gastar dinero. No le venían a la cabeza tácticas ni técnicas para transferirlo. La imaginación no le proveía de propuestas para el intercambio de líquido por bienes. Tenía seca la inventiva para armar proyectos de merma de fondos. No disponía de estrategias para la dilución de caudales. El talento no le daba tanto de sí como para crear protocolos de achique de capitales.

A mi entender, y a efectos pura y estrictamente económicos, la suya era una situación financiera indescascarillablemente inmejorable.

12

El billeteaje que Manuel sí quería reunir era gratis: tiempo a espuestas, a plazo fijo, en bonos, acciones y activos. Con una ambición inagotable, con el único límite de las veinticuatro horas del día. Una cota final que le permitiría en algún momento llegar a la riqueza total, la de día completo (el dinero, al revés y agotadoramente, nunca presenta tope por arriba).

Con cada céntimo que dejaba de fabricar compraba un minuto de freática paz a estrenar. Le parecía muy barato. La sensación de abundancia, irónica en el Manuel pobrísimo, era vertiginosa. Le sobraba de todo. Solo el tiempo no le sobraba, pero no era tan soberbio como para pretender que se lo incrementaran a 25 horas/día. Tenía el preciso, el que es, y tan contento. El que habrá siempre (y «siempre» ya traicionaba la ley según la cual lo definido no puede entrar en la definición).

Se moría de risa Manuel, imaginando diálogos que no tenían gracia más que para quien estuviera instalado dentro de sus pantalones:

—Venga, que no tengo todo el día.

—Es que *sí lo tienes*.

El autocachondeo era entendible, con solo pensar cómo tiene que ser vivir así, al mando de sus ratos. A mí también me habría entrado la risa.

Tenía tiempo a mares, y fijaba compromisos de pitorreo para el día de San Jesucristo, de San Goliat, de Santa la Mula del Pesebre, fechas límite que no obligaban a apremio ni a cumplimiento alguno por mera incomparecencia del santo celebrado.

Era una suerte tener todos los calendarios del mundo para llenarlos con lo

que quisiera. Pero la potra determinante, incomparable con la anterior, era la de disponer de abultados catálogos de ideas para llenar ese tiempo. Lo bueno no era que con tantas horas por delante pudiera hacer lo que le saliera de los cojones. Lo bueno era que no paraban de salirle cosas de los cojones todo el día. Sin esta fase 2, el pobre canelo que solo reúna la 1 acabará colgándose por el cuello tras el primer trimestre, ahogado por la frustración de haber esperado siempre a que llegue el tiempo para sí y encontrándose con la olla de cagarros especiados que se va a comer cuando mire el reloj y sea todavía por la mañana (les ocurre a muchos jubilados).

Seguía dando paseos sin tasa, nunca por senda humana, hasta que a las suelas de las botas les dolía el dibujo. Caminatas que unas veces le rentaban algo (leña, piñones, humus de abono para las calabazas) y otras no le valían más que para admirarse del nulo remordimiento que podía llegar a concitar el desperdicio del tiempo.

Las obras de teatro que escribía eran todavía más intragables que antes, creo yo. Empeoraban a medida que Manuel se sentía mejor, cabe aventurar.

Emprendió lo de la cónica. Se puso a dibujar en perspectiva cónica (la de los dos puntos de fuga) una ciudad completa, inventada. La proyectaba a mano, a lápiz y a boli, sobre una gran plancha de contrachapado que se encontró detrás del mueble mural del salón. De una esquina del mismo panel se sacó un cartabón de fabricación propia. En el patio encontró un listón con el que se hizo una regla. Graduó ambos instrumentos con el alto de la tapa cuadrada de una lata de té, como unidad de longitud. Llamó *manuelómetro* a su cuanto. Con horas y horas por delante, trazaría la urbe con tal masa de detalle que quien viera el dibujo pensaría «¿De dónde sacó el tiempo el que hizo esto para tanta rayita?». «Me lo encontré tirado por el suelo», diría él.

También se volcó en su ajedrez dioramizado. Por lo que entendí, se construía un tablero de ajedrez de un metro de lado, pero sustituyendo los escaques por un paisaje realista a escala. Llevaba vereditas, ciudades y ciudadelas, vados, zonas de foresta y una zona portuaria. No sé cómo afectarían los accidentes geográficos y urbanos a unos movimientos establecidos en el juego desde hace siglos. Pero creo que se zambulló en la empresa con satisfacción gorda.

Una mañana, el clima se puso de jolgorio. Manuel se levantó de la cama a

ojo vivo, como siempre, y se encontró con que el sol invasor calentaba sin permiso. Entraba como una brasa en la que la casa era la parrilla y él el chuletón que jugoso (de jugar, no de jugo) se cocinaba. El buen tiempo abría área a nuevas ocupaciones.

Las calabazas daban cada vez más quehacer, con el suspense de cómo le saldrían de malas o de buenas. Una tarde, mirándolas para ver qué decían, descubrió en un tramo del patio unas hojas en ramillete que sí daban lozanía de comestibles. Pellizcó de una, la olió y la mascó de a poco, precavido, más con los incisivos que con las muelas.

Eran acelgas, que brotan a cada año. Crudas, minúsculas, pero acelgas. Recogió el regalo, lo lavó, lo hirvió y lo cenó. Más tarde surgieron fresas silvestres. Alguien había soltado simiente en algún decenio antiguo y la especie vivaz volvía a renacer a su tiempo. Y él, a comerse lo que saliera.

Así iba Manuel, suelto, pillando frutitos salvajes como un piojo saltarín chupándole el cuero a la corteza terrestre.

Me había pedido unas pinzas de colgar la ropa cuando el aumento de emolumentos por las conversaciones con los guiris.

Resultó que las quería para fabricarse unas pistolitas que le enseñé yo a componer cuando él tenía seis años. Creo que adquirió con ellas una puntería asombrosa, porque me contaba sus logros y eran de mérito. De acertarle a una mosca en vuelo, y éxitos por el estilo. Practicaba para ver si era capaz de descolgarme el teléfono dándole a la tecla verde con uno de sus proyectiles.

Luego se aficionó al arco. Se hizo uno con una de las dos cuerdas de tender la ropa, porque ya apenas hacía colada, y con flexible madera de fresno. Debía de ser fresno, vamos. Él seguía sin saber cómo se llamaba la especie. Con el arco no hubo triunfos a reseñar, porque las varas que hacían de flechas se le iban cada vez para un lado.

Siempre estaba en danza, nutrido de actividad. A lo mejor estaba manipulando su coche desvalijado, paraba un momento y pensaba: «¿Cómo he llegado a este momento, en el que estoy sacándole los tapacubos a las ruedas?». Y reconstruía hacia atrás los jalones que le habían llevado por etapas hasta los neumáticos.

Cuatro horas antes, Manuel estaba a ver si acertaba a meter unas alubias en un frasco vacío, lanzándolas a cinco pasos de distancia. Atinó con una y

fue a rescatarla para tirar otra vez. Notó que no había fregado el frasco del todo bien, porque se pringó los dedos al recoger el proyectil. Se animó a enjabonarlo de nuevo, que era recipiente con el que pasaba buenos ratos de ejercicio. Ya de paso fregó varios cacharros de los que aún no se había ocupado. Los aclaró en la fuente y los devolvió húmedos a la cocina.

Como tantas veces, le jodió dejarlos a secar en la encimera, acumulando un agua que siempre acababa en el suelo. Se le ocurrió que podía usar la malla de las naranjas como escurridor, si la colgaba de una escarpia sobre el fregadero. Encontró una, aburrida en la artesa de la clavería. La fijó en la pared haciendo un agujero en la juntura de cuatro baldosines con un tornillo de punta. Pero se pasó de diámetro y quedó holgada, un poco suelta. Le hacía falta un relleno de yeso. Con su destornillador, rascó el revoco de una de las habitaciones sin uso. Machacó la ralladura con dos cucharas, cara contra culo. Amasó el polvo con unas gotas de agua y cola blanca. Rellenó el agujero de la escarpia, que dejó inserta. Mientras esperaba a que secara, volvió al cajón de la quincalla a ver qué más encontraba. Entre otras sobras, con los dedos oliéndole a hierro, halló un lío de hilo de acero.

La argamasa ya debía de estar seca. Probó su firmeza y colgó la redecilla de las naranjas. Metió dentro unos platos, que mojó para que el examen fuera completo. Clavo y malla resistían, y el agua de la vajilla caía en el fregadero adecuadamente. Pero Manuel no paraba de pensar en el alambre que había visto en la artesa. Se le iba armando en la mollera la ocurrencia de fabricarse un carricoche para traer el agua desde la fuente. Tenía localizados un marco de metal, una barra de madera y otras basuras entre los despojos del patio. Con el cable de acero podía unir varias piezas, si las anudaba en corto.

Solo le faltaría buscar unas ruedas. Los tapacubos del coche podrían valer.

Fin del trayecto.

Hacía cuatro horas que había empezado a jugar a lo de las alubias en la vasija. Había pasado cuatro horas sintiéndose espléndidamente, y lo que le quedaba hasta qué terminara el carrito aguador y lo probara (funcionó fatal, por cierto). Así era todos los días, uno tras otro. Y él como un pachá. Pero como un pachá con ganas de pasárselo bien.

Tardes como la descrita, o sea todas, pintaban los ribetes de su suave

puerilización. Su *libelulización*, lo llamaba yo. Otro lujo que él sí se podía permitir. Porque se daban las condiciones y, sobre todo, porque nadie alrededor (nadie había) sufría su deriva. A Manuel, la regresión a la infancia le sentaba bien, como ocurre con quienes la pasaron privados de afecto paterno, escolarización placentera, juegos con niños y niñas, regalitos en cumpleaños, refuerzos motivacionales, vacaciones en un río, unas colonias o una playa. Días entrañables para recordar de mayor. En quien pasó la niñez en condiciones normales, propicias y favorables, el infantilismo de adulto colige que el pavo se ha convertido en un ominoso. Pero confirma que ha devenido en hombre decente quien la pasó apencando con baldones.

Era el caso de Manuel. En Zarzahuriel, él era un jambo que pintarrajeaba su tiempo como un crío que garabatea el periódico de hace un mes, causando tan poco mal al periodista autor como mucho deleite a sí mismo.

De verle alguien, le acusaría de padecer algo parecido al síndrome de Peter Pan. No era un síndrome: Manuel vivía como el del cuento. Era como si a un húngaro le endilgaran el complejo de húngaro. A Manuel le vendrían echando en cara la tal desviación los que sospecharan de sí mismos que estaban envejeciendo injustamente, como por complot contra sus personas. Le saldrían con la imputación los que van corriendo siempre a tiempo vencido, arrastrando relojes ciclópeos. Los que están cumpliendo años mal. O peor: los que quieren crecer y no lo consiguen.

Manuel había tomado la delantera a todo eso. De hecho, acabaría encontrando divertido avejentarse un poco de vez en cuando (arrugarse la cara con las manos, fabricarse unas entradas con la cuchilla de afeitar, ponerse harina en el pelo a modo de canas), para ver cómo era, por pura curiosidad. Por pura intriga de asomar a la degradación, que le pillaba tan lejos.

Él ya había sido mayor de crío. Para qué lo iba a ser ahora si se trata, se supone, de ir cambiando de edad. Mudar al derecho o al revés, eso ya le importaba menos, siempre que las probara todas.

A todos lados iba con el chaquetón que le pasé. Lo estimaba como supongo yo que un astronauta estima su mono espacial, agarrado al traje con los pelos del cuerpo porque sin la funda no hay supervivencia posible. Manuel amó su sayo como Fleming amaría la bata con la que desenmascaró

al hongo. Lo mismo le ocurría con las botas, que amó como Núñez de Balboa amaría la calzadura con la que se adentró en el Pacífico que acababa de descubrir. Se enamoró de las prendas con el cariño que se toma a lo que uno llevaba puesto cuando tuvo que echar el resto, espabilarse y dar el callo. A lo que uno llevaba encima cuando hizo cosas que habría sido más fácil no hacer, y que sin embargo hizo.

Se sometía periódicamente a ese test de tranquilidad / felicidad que, en cinco etapas, consiste en preguntarse dónde te gustaría estar ahora (1) y haciendo qué (2). Y qué obstáculos te impiden estar allí haciéndolo (3), para ver de eliminarlos (4) y entregarte a lo apetecido (5).

Manuel iba por la segunda fase, de cinco, y el juego no progresaba más allá. Porque no había otra ubicación en la que quisiera parar, ni otra ocupación en la que quisiera andar, que aquellas en las que ya estaba metido en ese mismo momento: comer un poco, dormir lo que quisiera, abrir un Austral, fusilarlo con su basura escénica, coser el agujero de un bolsillo, matarse a paseos sin fin (le rogué que nunca sin teléfono, que vaya susto el día aquel), aserrar cien palos en su casa de esquematismo santificador, cumplir con su fisiología cada vez en un rincón distinto del campo, pensar en todo a la vez, o en todo por capítulos, regodearse en ello, y vuelta a empezar.

El examen no siempre le cogía realizando acciones encomiables, como cocinar una sopa o reparar un pestillo. De hecho, solía pillarle en dejadeces sin sustancia que debían de hacerle parecer oligofrénico, o directamente imbécil, concentrado en pintar ochos en un papel o en montar un pastel de tierra decorado con hojas. Estas banales eran las labores mejores, porque le sumergían hasta las trancas en su actividad favorita: ensimismarse, como quehacer central. Empapuzarse en su aquietamiento como un des-normal, un ante-normal o un pre-normal, que era desde siempre su pasatiempo favorito. Pero que nunca pudo practicar hasta llegar a Zarzahuriel. Manuel habría sido un muy buen yonqui.

Con todo cada vez mejor dispuesto, tras casi un año de estancia en la aldea, Manuel se estaba confiando. Llegó al cubil temiendo cruzarse con quien pudiera mencionar ante terceros su presencia, levantar hablas (aposta o involuntariamente) acerca de uno muy así al que se había visto arrastrando leña por el predio.

Pero no se había dado el caso. Zarzahuriel se revelaba como el lugar por el que nunca aparecía nadie que fuera luego a informar al ministro del Interior. El coto iba mostrándose como la *desrratonera* ideal, la *desencerrona* propicia, a tenor del ratio de encuentros con sus símiles de especie (un ratio de cero entre cero unidades). Un agujero en el que Manuel pacía, escondido sin talanquera y parapetado a cielo abierto. Encantado de la vida. Ajeno todavía al hecho de que quizá había causado la muerte a un europeo comunitario.

Dejándose llevar, Manuel estaba pecando de exceso de relajación. Pero cómo se le podría haber exigido otra cosa.

13

No obstante, yo seguía dándole vueltas a cómo estaría él sobrellevando la carencia de humana relación y la ausencia de pálpito prójimo. Eso tenía que ser muy duro.

Más por sacar dicho tema que por cualquier otra razón, le recordé lo del perro, aquella idea de buscar la forma de acercarle un animal sobre el que expandir sus apegos. «Es que estarás quizá muy solo», le dije. Me contestó que sí, que se sentía muy solo. Pero que eso era lo bueno. Que no le gustaba la idea del bicho, porque la presencia en casa de cualquier mamífero le importunaría. «Me parecería que le tengo que hacer compañía yo a él», dijo. Algo le estaba pasando.

Le estaba pasando que nada de su plena tranquilidad tenía que ver con las personas, sino con la ausencia de ellas.

La emancipación de recursos en la que vivía inmerso palidecía ante la independencia realmente poderosa con la que se había hecho: la afectiva. Me explicó a las claras que su gran capitalazo radicaba en que tenía bajo mínimos la necesidad de pegar la hebra con nadie. Esa manumisión sí que era decisiva, esa sí que lo pringaba todo de libertad y de exención.

Los síntomas habían empezado en Nochebuena. No se le despistó la fecha, como pretendí con vistas a que no se amargara por comérsela en soledad. Qué va. Se acordó perfectamente de la *jornada que era*. Dedicó mucho tiempo a pensar de dónde sacaba fuerzas para deprimirse la gente que tenía que pasarla sola. Él la vivió tan feliz. La festejó someramente (un leño de más, un poco de trasnoche). Luego modificó gozosamente el sentido de la

conmemoración, persuadido de que lo único conmemorable era que nada lo fuera, porque todo era perfecto sin que nada sobresaliera con mejor perfección (un imposible retórico). Esa velada, él hizo de Niño Jesús, celebrándose a sí mismo. Y luego se fue a la cama, tan contento como el 9 de febrero o el 17 de abril. Fechas que, fuera de aniversarios personales, no le suenan a nadie de nada.

Pasó el invierno detectando un extraño efecto. Caía la tarde y no sentía la necesidad de palabrear con individuo ninguno (me exceptuó a mí, menos mal). Finaba la semana y no sufría el anhelo de reunirse con amigos o con una dama. Se congratulaba de alivio, de hecho, cuando colegía que no se había citado más que consigo mismo. Le gustaba confirmar que a las ocho, a las diez, a la hora de salir, él podía quedarse haciendo lo que le diera la recia gana.

Me contó que hacía «exámenes de soledad»: escrutar y verificar las ondulaciones de su ánimo una vez sometido a la incomunicación, a ver cómo estaba respondiendo y a ver cómo le estaba perjudicando. Me dijo que transcurrían las semanas y que no se le declaraba crisis, depresión, ansiedad, aburrimiento ni inquietud ninguna por no ver absolutamente a nadie. Que los exámenes esos, que los aprobaba todos. Con unas matrículas de honor que no sacó jamás en toda su puta vida lectiva.

En Zarzahuriel había entendido que su zoquetería para hacer amigos era la plasmación proyectiva de su ansia por estar solo, de cuya latencia ni sospechaba. Su impericia para la amistad revelaba en el trasfondo su querencia oculta por estar a lo suyo y sin ver a nadie. Dificultades para la traba de relaciones que le avisaban de que no las demandaba. Su mala mano para establecer afectos era un dispositivo subterráneo para permanecer así. Un engranaje superautomático, como el de una lavadora. La torpeza de cara a conectar con hombres y mujeres era la sirena de llamar a celda de reclusión, aunque en la urbe no lo supiera ver. Se había pasado la vida buscando el triunfo (amigos, novias) un tío que no quería triunfar. Por eso fracasaba. Fracasaba para su bien, que era lo que él quería: fracasar con la gente y que en consecuencia la gente se le fuera yendo.

El agujero de la aldea había sido en origen un aval de tapadura. El apartadero funcionaba. Le valía para hacerse invisible a ojos de la ley. Ahora

en cambio se encontraba con que el deseo final era hacerse invisible a ojos de todo Dios. Manuel había descubierto que no toparse con nadie no valía solo para evitar los sensores indetectables de la justicia. Sino, sobre todo, para no cruzar mirada con ojo humano. Servía para escudriñar en las melenas del autosilencio y para no tener a su alrededor otra cosa que tridimensionales áfonos. No toparse con nadie servía, ante todo, para no toparse con nadie. Máxima de máxima depauperación formular en la que él sin embargo pensaba muy a menudo, dándole mucha bola en su fuero interno.

Con el buche lleno, los huesos calientes, y la cabeza repleta, en Zarzahuriel se percibía a salvo. No ya frente a las piezas policiales, sino frente a todo el mundo, de quien se había abstraído desde su aislamiento santificador. Un apartamiento en cuyo laborioso asueto y en cuya pereza diligente se sentía dando un jaque mate incontestable, y más contento que unas castañuelas que nadie tenía por qué oír. Su ser social era un *fue* social.

Se supone que la soledad es el gran mal que aqueja al hombre contemporáneo. A él toda le parecía poca. Dentelleaba la que tenía y pedía más, para guardarla, para ahorrarla, para dilapidarla a todas horas, como quien quiere más chokolatinas, más tabaco, más vacaciones. Como ese que desea más amigos y más amor, así codiciaba el señor Manuel más *nadies* y menos *álquienes*.

Me contaba que había una especie arbórea no predominante pero sí de cierto medro en Zarzahuriel. Sus hojas iban como a lengüecitas (era roble, posiblemente). Durante el invierno pasado, las que no cayeron al suelo quedaron prendidas, secas y ocres, en las ramas. Un poco de viento las hacía moverse, y el sonido que levantaban era igualito al de los pasos humanos. La de sustos que se llevó creyendo que había alguien por allí cerca. No porque se tratara de la guardia rural, que se abalanzaba sobre él al grito de «¡El del portal de Montera!». Sino porque fuera a ser, llanamente, un tío, una tía, un pelmazo que llegara a empercudir la hora, con su fiambarrera para la merendola y sus historietas del coño. Por el miedo a que surgiera un bípedo calzado, sin más, que viniera a darle la plasta con sus cuitas y sus perdigones de saliva.

Cuando se giraba al oír los supuestos pasos nunca había nadie, solamente hojas en leve contoneo, solamente el árbol metiendo intriga y riéndose después por la broma. Manuel seguía solo, indemne.

En su estado de soltura absoluta podía haberse dado al alcohol, al caballo o a la pornografía infantil, sin ninguna posibilidad física de reprobación social. Si no lo hizo fue por no tener que verle la cara al camarero, al camello ni a los niños, respectivamente.

Pasaba la vida sin precisar conjunción humana, y sin más vector de relación con sus semejantes que los recuerdos que guardaba de ellos. Y así, a ráfagas, se acordaba de sus padres, de los conocidos de vínculo blanquecino, de los chorbos con los que trató en sus curros perecederos, de los simpaticones del fantocherío comercial, de las fuerzas vivas, cada vez más instaladas en gestos filoautoritarios; del común, de la gente en general, entre quienes había mendigado una llamada para salir a tomar una caña.

Lo normal sería ponerse a vituperar a los fantasmones de la vida pasada, a chincharles desde fuera, como un borracho que va al zoo a encenderles los huevos a los leones sabiendo que los cerrojos están bien asegurados. Pero ni a eso se sentía movido, anegado en salubre desinterés. Como si el borracho hubiera recuperado su cordura y hubiera preferido irse al estanque de las ocas y los cisnes en vez de andar tirando chinitas, improperios y lapos a los feroces felinos de las fauces. Manuel pasaba de todo.

Quería estar sin tratar con nadie, refractario a las bobadas que le propusieran para él considerar, impermeable a las líneas de peroración que le ofrecieran para la ilación, hermético a que le bruñeran las orejas con paquetes de frases para oír, cotejar, adoptar o comprar. Yo estaba perplejo. Pero era así como él lo veía.

La cosa era vivir arrinconado, sin más palabras ni pautas que las propias. Todas las deudas son con la gente. No hay gente, no hay deudas. Solo las que tiene uno consigo mismo. Y ese deudor no se escapará.

Si yo me paraba a pensarlo, en todo caso, los únicos episodios de mi vida que no derivaban en tesitura de fundamentada vergüenza eran aquellos que había pasado solo, como Manuel estaba ahora. A mis años, yo le daba vueltas a esto mientras mi sobrino ya llevaba incorporadas tales apreciaciones a los carburadores de la praxis.

Así iba él, dando entrada gustoso a la bienvenida *despresencia* de personas en su falansterio de un solo nota. Como un ermitaño en retiro consciente y anhelado, consecuente y final. Gremio este, el de la gruta, por el

que Manuel siempre sintió una remota e infundada admiración que ahora se explicaba. Para él, los que lo formaban eran unos mendas que simulaban abrazar una fe que podía importarles lo mismo que lo que te viene en la punta de un palillo usado. A él le gustaba sospechar que no se reclusan por un credo, sino por prescindir de todos, por ganarse el franqueo al recinto en el que nadie les daba la tufa.

Él atesoraba con avaricia los días de clausura. Miraba hacia atrás los que llevaba cumplidos y siempre le parecían pocos. Miraba hacia adelante los que le quedaban y nunca le parecían muchos. Estos días eran todos los restantes hasta que se muriera.

Ya se dijo que este reconocía apenas la música de lo ecológico. No era un jambo que se iba al agro henchido de naturismo a practicar la autosuficiencia y la artesanía de formón, nudo o torno. No encarnaba al hombre que marchó al campo con el plan de volver luego a la urbe a reclutar conciencias para las huestes de lo primigenio. Al contrario, su idea era no volver a reclutar a nadie para nada. Su proyección era quedarse solo, pero solo. Revestía importancia relativa, muy escasa, si lo que bebía o respiraba era biológicamente puro o cibernéticamente artificioso, y si el agua sabía a rocío o a linimento, y el aire a estambres o a butano. Le daba lo mismo. Se habría encontrado igual de bien en el Chernóbil muerto de después de 1986. Un cenagal aquel nada ecológico. Pero, ante todo, un limbo vacío, hueco de personal, repleto de ausencia, profuso de *ningunos*. Un lugar donde quedarse, un ideal residencial. Como lo era el trozo de litosfera al que había caído. Con la suerte añadida, como regalo inesperado, de que allí en Zarzahuriel el aire y el agua sabían a gloria. A la gloria que el medio les había inoculado y a la que se desprendía de que ambos sabían *a no ver a nadie*. Le habrían resultado poco menos ricos los del perímetro arrasado de la Ucrania del desastre, sin nadie alrededor. Pero es que encima le habían perdonado las marranadas del aditivo, de la ponzoña y de la polución, y se los arreaba tan limpios.

No echaba de menos nada de lo vivido anteriormente. Para Manuel, los pocos logros de su vida previa eran como el de la castidad en la fe cristiana: una consecución costosa, que mejor habría sido ahorrarse porque todas sus ventajas son perjudiciales.

A tenor de esto, y al hilo de la castidad, me seguía preguntando yo cómo

llevaba Manuel la abstinencia sexual. Vale que adiós a las personas, en genérico. Que se callen y listo. Pero muy distinto debía de ser el asunto del sexo desaparecido, con su omisión lacerándole la fisiología, doliendo. No me atrevía a sacar el tema. Era para mí muy cortante. Quizá al hacerlo ponía en la palestra un ayuno que tenía que estar implicando para él un cilicio de berreas, arrebatos y rebotes.

El propio Manuel me hablaría acerca de esta parcela. Pero más adelante, cuando por fin me lancé a preguntárselo.

14

Con este tema del desierto carnal ya se vería. Pero por lo demás, a Manuel todo le daba igual. Expresión que suele aplicarse a quien ya no puede con su alma, al del temple exterminado, al abatido crónico.

El caso de Manuel, que se expresaba con la misma formulación verbal, era sin embargo el contrario. A él todo le daba igual, pero en un sentido textual y literal. A él ya no había contingencia que le turbara ni quién que le importunara, porque no necesitaba de nadie. Las cuatro pichadas que precisaba las tenía ya reunidas. Para acceder a lo que le apetecía solo tenía que quedarse quieto, sentadito en la silla en la que había extendido la nalga. Fin. Como mucho, a mí acaso me necesitaba. Yo quizá sí le daba, sí quería darle, *desigual*.

Su capital no crecía por adición, sino por sustracción. Su riqueza señera era que no necesitaba pelas, ni gente, ni afecto, ni reconocimientos ni ánimos ni amores.

Esto me soltó un día: «Estoy muy bien. Algo habré hecho para merecerlo. Pero no tengo ni idea de qué ha sido». Y esto otro: «En el pecado va la penitencia. La penitencia mía es todo esto. Debe de ser que no pequé». Manuel se tenía envidia a sí mismo, acaparando horas como quien rellena un colchón de plumas. Con el ánimo tan ensanchado que se le estaba quedando curvo, que el planeta Tierra sobre el que lo desplegaba era (y es) redondo.

Aunque para envidia, la mía hacia él. La cosa iba más lejos. Yo mismo notaba que me colonizaban las ganas de imitación, todas llamadas al fracaso. Quería parecerme, sin conseguirlo ni de lejos, a un sobrino de veinticinco

años. Todo un trastrueque del orden supuestamente lógico en materia de propagación pedagógica.

Manuel salía por la noche a comerse el aire puro, como si fuera la leche y las galletas de antes de acostarse. La tierra debía de apestar a gloria. Pegaba las bocanadas como quien mete el hocico en una jarra de cerveza y la liquida en dos succiones tempestuosas. Se bebía el flujo con codicia, calmando un ansia de años, con gozoso dolorcito de amígdalas y un poco de delirio por inundación repentina de pureza. Lo respiraba a trompa de fuelle, encarrilándoselo para adentro como en una autoviolación. «El aire de aquí está compuesto de nitrógeno, oxígeno y románico», soñó un día.

Por teléfono, Manuel intentaba transferirme sus emociones gozosas. Se ponía a hablar y a hablar, con lírica improbable. Que si la luna, la paz, el cielo, la hostia. Unas metáforas de mierda de las que él mismo decía que eran una jiña. Le crecía la ansiedad cuando quería transmitirme sentires, porque Manuel notaba que no conseguía hacerme partícipe de nada. Así que a rajar más. Yo no entendía ni papa de los versos que me cantaba. Pero le oía atropellarse con las palabras y eso era que Manuel estaba como Dios. O sea, que al final sí conseguía la transmisión.

Hacía acopio de silencio, en vez de acopio de bienes, felicitaciones, billetes, besos o compinches. Buceaba en él, y quedaba sobresaltado cuando lo rompía un poco de pájaro medio diciendo pío, un trocillo de rescoldo apagándose o el rumor entrevisto de una mosca frotándose las patas.

Le apabullaba el filón de antisonido, su onda en blanco. ¿Longitud de onda? Cero nanómetros. Andaba encinto de sosiego, aturdido por la densidad cementosa del *desmido* total y el fragor escandaloso de su tsunami de calladura.

En este asunto desbarraba con esmero, porque a veces asustaba. Una tarde me habló del *Kursk*. El *Kursk* era el submarino ruso aquel que se hundió en el año 2000. Un grupo de marineros quedó encerrado en la nave durante días. Fue una desgracia nefasta que acabó con la muerte de todos, entre la felonía de unas autoridades gubernamentales que demostraron su catadura a pantalla completa.

Pero Manuel pensaba en el último superviviente. Un hombre que hubo de tener un momento de exacta paz, curiosa y perfecta, abajo, sin nadie, en

soledad incuestionable, con un océano de silencio sobre él y paladeando un rato de quietud torrencial incomparable a cualquier otro. Sentía hasta un poco de celos.

A su cama la llamó *Kursk*. El sueño, cuando le enredaba, le pillaba regodeándose en la constatación de que en su lecho no se oía absolutamente nada. Era un silencio de dimensiones siderales, una elisión de vibraciones como la que se ha de sentir metido en un bloque de aluminio de tres metros de lado. Un silencio exactamente neto, como si a Manuel le hubieran descosido las orejas y se las hubieran dejado posadas en el fondo de un cráter de Júpiter. Le entusiasmaba una ausencia de sonido como esa, y luego le entraba miedo al pensar que igual era que se había quedado sordo. Chasqueaba los dedos para testar, o decía «Fermín». Sí oía. Yunque y martillo seguían a sus órdenes en la ferrería auricular. Alucinado de paz, Manuel se fascinaba buscando una mota de ruido y no hallándola. No la había. Acababa cediendo párpado, embozo al labio, atornillándose al sueño, centrifugando la certeza de que no había quedado un solo decibelio flotando en el aire, y caía de cabeza en su insonorizada piscina de chocolate a la taza.

Le electrizaba la intimidad autótrofa de dormir vestido, y de levantarse vestido también, y ya no soltar la ropa en una semana o dos, tampoco para acostarse de nuevo, laminación y estanqueidad para que nada de sí se le escapara afuera.

Amanecía adepto a todo lo que le rodeaba. No *enamorado*, sino *amorado*. Que estar enamorado era otro sentimiento distinto. Uno diferente y muy común que ya tenía catado, superado, rebasado de largo. Una afección ya, por tanto, de muy bajo potencial como para cosquillearle.

Acometía el día jubilado de todo y de todos, inmerso en su eutanasia social autoaplicada, con la certeza de que no se le había perdido absolutamente nada en absolutamente ningún sitio, fuera de la cápsula en la que había aparecido como por ensalmo.

Vivía en un estado totalitario de libertad, en un régimen autoritario de pleno albedrío, todo lleno de edictos y decretos ordenándole hacer lo que le diera la puta gana y cuyo incumplimiento acarrearía penas de multa y cárcel. Sanciones que no tendría que ingresar en ninguna cuenta y condenas por las que no tendría que ingresar en ningún presidio. Pero que nunca hubieron de

imponerse, porque nunca incumplió con las leyes de su dictadura al revés.

Hubo dos episodios que ya fueron como para preocuparse por el exceso de apego insano al Zarzahuriel dichoso. Uno fue el del delirio hortomarranícola. Salió al campo, que le rendía de amistad. Volvió a casa con tres tipos de matorrales chungos, cogidos al tuntún, que debían de rascar los ojos solo con verlos. Los coció por separado. Los comió por turnos. Uno le cayó duro y ácido por dentro, el otro por poco le mata.

El tercero no le dolió, ni en lo digestivo ni demasiado en lo gustativo. Nunca supo su nombre, para qué. Quizá estaba tragándose lo que en su día fue forraje de mamut, o una maleza que le fuera a desecar la sangre, o una flora que las vacas repudian, o una verdura por la que se vuelven locos en los privados de Japón y que pagan con carretadas de yenes.

El colmo fue el segundo lance. Una mañana, caminaba por un andurrial de esos que arañaba a base de pasos. Vio en un pradito un bulto blanco, le extrañó el color y se acercó. Era una cigüeña muerta. Se habría roto algo, la habría palmado de vieja, se habría suicidado por no encontrar campanario, yo de pájaros no tengo ni idea.

Ya loco en su desbarre por la comunión con organismos camperos, en vez de con las hostias de toda la vida, la tomó por los pies, o por las zancas, como se llame con lo que pisen estos seres. Se la llevó a casa, y a mí se me revolvían las tripas según me lo iba contando, temiéndome lo peor. Lo peor llegó. La desplumó, le sajó con un cuchillo los miembros que consideró menos viables y se deshizo de ellos. Troceó el resto y puso los cachos a cocer. Obtuvo un caldo y unos huesos para chupetear, me da asco solo pensarlo. Parece ser que no se envenenó. Me dijo que encontró la minuta suave y vigorizante. Qué puta grima.

Se comía los hierbajos y el volátil para deglutir lo que le estaba pasando. Se metía cosas por la boca porque salían de su trozo de comarca, geográfica y mental, y a ella le remitían. Se las tragaba por el placer de morder el sustrato sobre el que apoyaba los pies. Era como comerse la tierra zarzahurieliana. ¿Quién se come la tierra? Los niños inadaptados, los autistas, los adultos laterales, los descortezados de cráneo, exentos de lo que hay debajo. Con ellos emparentaba, mientras estuviera tragando vegetación y carne improbables. Seguía con el silogismo y se moría de risa él solo.

En su dislate, le sorprendía que hubiera gente que no comiera de eso (esas cerdas guarrerías, qué disparate). Le daba risa que hubiera quien se lo estuviera perdiendo.

Sucedidos como estos hacían pensar que Manuel empezaba a rodar por las cuevas de la chaladura. Pero había que excusarlo. Porque con lo contento que se le veía, solo estaba limitándose a jugar en ajedreces en los que llevaba las blancas y las negras. Estaba volando sin red. Pero tampoco ponen red debajo de los aviones y todos vuelan tan felices.

Él, como si no. Él, tan radiante. Aproveché uno de sus momentos de entusiasmo, que eran casi todos, para atreverme por fin a preguntarle cómo llevaba lo de vivir sin sexo, sin acceso a tronco ajeno, con las glándulas tirándole del pelo, ávidas de jungla. Porque Manuel lo tendría todo muy amarradito, pero por este flanco debía de estar haciendo aguas como para llenar varios botijos.

Manuel no vaciló en la respuesta. Tenía muy claro todo el asunto. Me contó que cuando llegó a Zarzahuriel ya hacía tiempo que se notaba suelto de esta tiranía. Que sabía que su destreza para que la gente se le arrimara, y más las mujeres, dejaba mucho que desear. Esta expresión verbal le dio la consigna: dejar mucho DE desear. Ensayaba la difuminación de ganas y su extinción, porque ya iba viendo que no quería delante a nadie con quién deflagrarlas. Le iba saliendo muy bien. Estaba conquistando el estado de las ansias decaídas. Me dijo que así como hay anorexia en el comer, la hay también en el comerse, y que a ella aspiraba. Que él, a base de ejercitación, había tenido la benefactora pericia de ir cayendo de este lado inapetente, y que por las mismas investigaba la forma de desactivar el resto de los humanos apremios.

Dijo que no hay mejor avalista para la saciedad que la *desnecesidad*, palabra que tuvo que inventarse para denominar la falta de hambres en la que cada vez estaba más asentado. A eso opositaba: al cortocircuito de los menesteres. Entre ellos, el sexual. Me contó que perfeccionaba su impotencia como otros entrenan su potencia, allá ellos. Sin perjuicio de lo cual, a veces se la cascaba cuando entraba el sol a lo bruto por la ventana, vale, porque algo había que echarse a la boca por muy mutilados que se tuvieran los instintos. El sol le ofrecía la comodidad de ser ente sin régimen animal, y que

por tanto no inquiría con coloquios ni importunaba con sonriserías de conversación ni antes ni después de la celebración. En eso, el sol ofrecía ventajas tajantes.

Así que cuando la luz se le metía en casa hacía ganas, y entonces accedía, se dejaba hacer, dijo, como un consentidor pillado de buenas. Porque con el astro no se sentía sujeto demandante de amor, como se siente el pajillero universal, sino objeto demandado, requerido y galanteado. Y a veces le decía al solazo que venga, que vale, que sí, que uno rapidito y nos vamos. La verdad es que Manuel empezaba a desbarrar, y a hacer comentarios de poco encaje para una mente normal. Se estaba metiendo en una piscina en la que cada vez hacía menos pie. Pero a ver, y qué. Él sabía nadar a los cuatro estilos.

Y así pasaba mi sobrino la vida. En suspensión, abismado en su embobamiento deliberado. Mirando absorto cómo el escaparate de sus preocupaciones permanecía vacío, sin un puto zapato, maniquí ni cartelito de precios, a pared en bolas y con la luz de la tarde lamiendo lánguida la tela de forro del expositor desocupado.

15

Era viernes. Como si hubiera sido lunes o domingo. Como si hubiera sido *pilbes* o *tuéranos*, día -12 o x 26 del mes de *rúfiro* o de *dopériz*. Daba absolutamente igual en el mar de días.

A las seis de la tarde, en la cocina, Manuel pimentaba una patata asada mientras pensaba que sí existe una palabra para expresar que a algo le falta sal («soso») pero que no la hay para decir que a algo le falta azúcar. Devanaderas de empaque.

Acto seguido, la tragedia le cayó encima como una tramoya mal afianzada.

Un sonido olvidado le sacó de la semántica. No era la ronca furgoneta mensual del Lidl, que además a viernes no tocaba. Se trataba de un turismo, esa rareza exótica, que venía hacia su casa. Aquel fue el día del latigazo.

Tras un año de dar por hecho que había encontrado el escondite ideal, el terror a ser descubierto, atrapado y procesado se le echó encima como un vómito de lava. Manuel se quedó clavado a una baldosa, haciendo recuento mental de los signos que podían delatarlo a ojos de quien viniera: luz encendida, olor a algo, calcetines tendidos. No se daba ninguno, pero prefirió no seguir haciendo memoria para que no se le rompiera la tripa del miedo. Por fortuna, ya no hacía para chimenea y no había humo ni olor que señalaran su presencia.

Salió de su pasmo en estado de inervación inédita. A zancadas mudas se subió al primer piso, intuyendo falsamente por instinto que su alejamiento vertical ponía más difícil su captura. Mientras ascendía por las escaleras,

sintió por el sonido que el vehículo pasaba frente a su puerta. Paró siete metros más allá. Es decir, frente a la casa azulada, la anexa, al lado mismo de donde él estaba. Para entonces, Manuel ya estaba asomando un párpado por una contraventana distraídamente entreabierta, y miró al bies.

Del automóvil se bajaron dos personas. Una era un lechuguino con traje corporativo, que llevaba bajo el brazo una carpetilla rotulada con el nombre de una inmobiliaria. La otra era una mujer de en torno a sesenta años. La pareja se fue a la casa azulada. El del traje sacó un manojito de llaves, abrió y ambos entraron entre sonrisas comerciales. Manuel aplicó la oreja a la ventana a ver qué decían, porque se dejaron abierta la puerta de la calle y algo le llegaba. El de la inmobiliaria enseñó la casa a la mujer por espacio de media hora, cantando sus excelencias en el volumen alto que se usa en estas operaciones. Luego se fueron en el mismo coche, con más sonrisas y más chistes malos.

Eso significaba que la casa azulada estaba en el mercado inmobiliario, y que una posible compradora había venido a verla. La fachada no exhibía cartel anunciador porque se sabía que nadie pasaba por Zarzahuriel desde hacía años. Pero la casa estaba lista para ser ocupada. Ya había una candidata.

Es inquietante penetrar en el bosque mental de quien recibe la peor de las noticias. Las reacciones al desastre pueden llegar a ser desazonadoramente pintorescas. A Manuel le dio por sentarse en un escalón, descalzarse y cortarse las uñas de los pies. Permaneció callado, mirándose los dedos en su encuentro con las tijeras y pautando el silencio con el chasquido ameno de cada tajadura.

Pasada la hora de estupor, Manuel flipó. Flipó como si le hubieran informado de que un legislativo de inquietos había cambiado las leyes de la gravedad y que ahora las cosas, en vez de caer para abajo, se iban solas para arriba. Manuel quedó *dolorondo*, de dolor orondo. «Tenía que pasar, tenía que pasar», me repetía cuando le llamé. Sobre el miedo a que todas nuestras precauciones se fueran a la mierda, Manuel me daba una pena tremenda.

Lo que hice a continuación no tiene nombre. El estatuto de clandestinidad entraba en crisis con la comparecencia de los posibles nuevos visitantes. Había que extremar la vigilancia, ahora más que nunca. Para que Manuel cobrara conciencia de ello, le conté, en qué mala hora, que según lo que había

leído en marzo en la prensa digital, él quizá había matado al antidisturbios del portal.

Luego me derrumbé al percatarme de la pataza que había metido. Sabe el cielo que solo pretendía incentivar su cautela y que actuaba con mi mejor voluntad para que tuviera más cuidado a tenor del nuevo marco. Pero a veces parezco bobo de solemnidad, con honores y estandartes. Me duele ser un bocazas. Me tritura ser un asqueroso.

Manuel nunca habría errado así conmigo. En eso también me ganaba. Siempre a favor de obra, él hizo como que no pasaba nada, alegando que casi mejor saber lo del deceso y tener así más datos. Pero el momento para contar esto no era ni de lejos el mejor. Porque ninguno era bueno.

Transcurrieron los días sin que los marcianos dieran expresión de su presencia. Para Manuel fueron jornadas de angustia, acrecentada por lo del periódico digital. Por si acaso, lo organizó todo en estado de simulación de ausencia, por si alguien volvía. Mantenía cerradas puertas y ventanas, y no se alejaba mucho de la casa. A ratos de optimismo daba entrada a la idea de que quizá la señora se inclinó por otra opción habitacional y que desapareció para siempre.

Pero qué va. A las dos semanas, un viernes, tres coches completos llegaron a Zarzahuriel. Se estacionaron ante la casa azulada y expelieron a una docena de omnívoros de los de genital tapado. Lo que le sobrevenía no era una mujer sola, sino un pelotón con elementos de edades variadas y de rasgos genéticos afines, como si fueran ramificaciones de una misma familia. Había conseguido no cruzarse con absolutamente nadie que pusiera en riesgo su limbo legal, y ahora se le echaba encima una tropa llena de ojos y oídos de la que había que esconderse bajo amenaza de muerte fáctica.

Manuel trepó al primer piso, por escalera de obra, y luego al sobrado, por escalera de mano. Loseta y madera metieron ruido, pero quedó solapado por el que metían los nuevos. En la casa de al lado ya percibía él el murmullo de su desenmascaramiento.

Aguantó agazapado hasta el domingo por la tarde, cuando por fin se fueron. No había previsto visita tan dilatada. Pasó un hambre tremenda porque no se atrevía a bajar a por alimento. Devoró sus garbanzos hervidos en cuanto sintió que los coches se alejaban.

Sin bajar la guardia, quería creer que lo de ese fin de semana se había tratado de una romería eventual y que ya no volverían hasta la próxima Virgen, mes o año mediante. Cuando al viernes siguiente regresaron con más cajas, más bolsas y más niños, y cuando una furgoneta de mudanzas descargó varios muebles y varios bultos, entonces entendió que le acababa de caer encima un hato de domingueros que ya vendrían todos los fines de semana. La presencia de los nuevos explicaba que hubiera cobertura para móviles en Zarzahuriel. Ellos se habrían ocupado de que la hubiera, que es que al año que viene iban a empezar a ir. La asistencia de señal, que pareció a la llegada un golpe de suerte, era el anuncio de una desgracia negra. La de la presencia ajena.

Los desastres que llovían eran dos. Por un lado, con testigos de su habitancia por medio, el riesgo de su delación. Posiblemente impremeditada, pero de iguales, nefastos resultados que si fuera dictada aposta. Por otro, la compañía de humanos, casi peor que el apartado precedente, indeseada como un juanete en un oído.

No le quedaba más remedio que huir. No se explicaba cómo iba a reunir ánimo para abandonar el primer sitio en el que se encontraba bien en toda su vida. Pero no le quedaba más alternativa que salir de allí.

Manuel se tiró a su coche. Movimiento absurdo, porque no hubo forma de arrancarlo. Como para funcionar estaba, después de meses de putearlo. Yo nunca he sabido conducir, y no sé cómo manifestará un automóvil su negativa a obedecer. Pero imagino a Manuel girando la llave, pisando el pedal, discerniendo calidades musicológicas entre los ruidos que le hizo el encendido antes, que sonaba mal, y los que le estaba haciendo ahora, que sonaba peor.

Lo veo deshecho de ánimo por estar deseando que respondiera un cacharro que lo iba a eyectar de su Zarzahuriel adorado, cómo se puede actuar tan en contra de uno mismo. En algún tiento de llaves y palancas hubo de recordar que tenía el depósito de gasolina reseco, y la batería muerta por falta de diálogo. Y en algún envite de embragues hubo de suponer que el aceite estaría convertido en margarina, el líquido de frenos en sólido estanco y el anticongelante en cubitos de hielo. El aire de los neumáticos, en ruedas sin tapacubos, ya se lo habrían respirado los pájaros. Si por obra de milagro

el coche arrancaba y en ruta le llovía, sin limpiaparabrisas como estaba, no vería ni la carretera. Pero iría con la espalda harto libre de picores, vaya consuelo. El coche no hizo ni el intento.

Yo no podía ir a por él. De conducir coches sé lo mismo que de conducir rebaños de llamas del altiplano. Estaba la opción de pedirle a alguien que fuera a buscarle. A alguien de confianza. Con quien yo tenía confianza era con Manuel, y para de contar. Con los demás, ni mucha ni poca. No había elegibles, porque de ningún modo iba a revelarle a nadie que tenía un sobrino ejerciendo de fugado. Sabiendo dos personas (Manuel y yo) lo que pasó en el portal de Montera, ya éramos demasiados. Como para encima dar bola a un tercero.

Ese día me puse a mirar autoescuelas, para matricularme en una y, en un plazo razonable, ir a rescatarle. Encontré una página con ejercicios para la obtención del carné. No entendía ni un dedal. No comprendía ni las preguntas, y menos las respuestas cuando las consultaba. Solo entendía la señal de ceda el paso, y porque lo pone en la placa. Pero si me concentraba, acaso en seis meses podría emprender ruta con un coche alquilado.

El siguiente disparate lo propuso él. Consistía en lanzarse a pie por esos campos de Dios. En la práctica, significaba lo mismo que entregarse. No estaba como para andar dando vueltas, con la amenaza que tenía encima. Moverse era palmarla. Salir a campo abierto era todavía más peligroso que quedarse en Zarzahuriel, a pesar de lo peligrosos que eran los nuevos.

Se me ocurrió la solución peregrina de ir a buscarlo en un taxi. Pero avanzar las secuencias posteriores me quitó la idea de la cabeza. Podría hacerse esto si existiera el ramo inexistente del Taxi Invisible, una sección de Radio Taxi especializada en pasajeros prófugos que van buscando cuevas en las que establecerse, escudriñando durante tiempo inconcreto por parajes deshabitados y con un taxista al volante que aceptara ser liquidado tras la carrera para no poder contar nada.

Entonces caí en la cuenta de que el problema real no era evacuar a Manuel de Zarzahuriel, que también. Sino qué hacer con él una vez fuera. Una vez rescatado, a dónde llevarlo. Lo tendría que traer a Madrid. Donde debería permanecer encerrado en un trastero o debajo de una cama por tiempo indefinido.

Porque sin identificarse, él no podría comprar un coche con el que buscar un nuevo paradero oculto. Y menos yo, sin permiso de conducir.

Manuel no tenía sitio adónde ir, ni forma de buscarlo. Lo cual dejaba las soluciones (el neocómplice con coche, la auto-escuela mía, la marcha a monte franco, el taxi) a cero.

No había otra que seguir en Zarzahuriel, aguantando de viernes a domingo 48 horas de inmovilización. Escondido no como un mejillón, que enseño el negro de su concha y su peste a mar. Sino como un mejillón rociado de colonia y metido en el bolsillo del gabán de un muerto inhumado en cripta. El paisaje se ponía cochinísimo.

Compusimos de urgencia una lista de previsiones y provisiones que Manuel debía observar y almacenar durante las horas de permanencia de los extraños.

Lo primero era atrancarlo todo. Las ventanas y las tres puertas (la de la calle, la del patio y la que comunicaba casa y patio) debían quedar cerradas con cuerdas, cadenas y palos atravesados. Si un día les daba por entrar, algo nada descartable, encontrarían dentro demasiados chivatos como para no percatarse de que allí vivía alguien. Había que detenerlos extramuros.

No podría encender luz ninguna, porque se vería desde el exterior y más por la noche. Debía tapar los vanos, para que nadie pudiera ver el interior de la vivienda si se asomaba desde fuera. Echó mano de los paneles que ya tenía fabricados con los cartonajes del Lidl. Debía confiar en que la suciedad de los cristales no les hiciera notar la diferencia de las ventanas que acaso habían visto ya, sin cartones, y las que verían ahora, con ellos.

Por supuesto, era obligado extinguir del todo la chimenea, el hogar, su centro estacionario cuando estaba en casa. Por entonces corría ya julio, y no era necesaria para calentarse. Pero no encenderla implicaba comer y cenar frío.

Nada de ruidos. Un silencio que tomaba otro color, por impuesto, muy distinto al de ese que él adoraba. Debería caminar descalzo, sin sus botas queridas. No podría fregar los cacharros. Ni en casa, por el ruido, ni mucho menos en la fuente, como era su entretenida costumbre, por motivos obvios. Hasta las páginas de los Austral debería pasarlas sin estridencias.

Debía clausurar del todo el móvil, renunciando a los guiris de las

conversaciones durante los fines de semana. Lo tendría durmiendo, además, por si por error le llamaba yo. Nunca tuve el descuido, ni él el de mantener el aparato encendido, pero me pasaba los fines de semana echándole de menos.

Siempre alerta, Manuel cayó en la cuenta, muy a tiempo, de que el envío del Lidl ya no podía ser los sábados. Habría sido nefasto despistarse al respecto y que los domingueros se encontraran con el rutero, que le preguntaran que para quién era la compra, que quién era ese vecino... Mejor no pensarlo. Modifiqué el día de recepción, que sería ahora el primer martes de cada mes. Llamé al Lidl para *asegurarme* de que todo quedaba claro. No estábamos dispuestos a meter el cuevo por un descuido evitable.

A poco que alguien se asomara a través de la valla, dominaba con la vista todo el patio de Manuel. Y desde las claraboyas de buhardilla de la casa azulada se veía igual, de todos modos. Había que borrar de allí las señales deladoras. Los viernes al mediodía serían de toque a rebato para recoger todo vestigio de humana industria: el carricoche para el agua, las pinzas y el arco de disparar, los platos sucios, la ropa tendida. Su coche no estaba lo suficientemente deteriorado como para que se le tomara por un despojo abandonado. Lo rayó más, rompió alguno de sus cristales, le pinchó las ruedas, lo cubrió con lo que pudo. El coche aquel, de quinta mano. El que le había llevado hasta allí.

Lo peor fue lo de las calabazas. A la altura del verano ya lucían tallo grueso y hoja ancha. Solo habían brotado ocho frutos, todavía chicos. Pero, con tanto cuidado invertido, marchaban bien para su recogida en dos o tres meses. El que las calabazas estuvieran alienadas, y no al albur silvestre, denotaba su presencia. También hacía delación el que crecieran sobre tierra escardada y esponjada, y no entre malas hierbas y suelo compacto.

Las tuvo que arrancar todas. Descuajar a tirón diez pelos de nariz y oídos no le habría causado más dolor. Luego tapó la tierra limpia con hierbajos apelmazados. Pisoteó todo para borrar los rastros de salud edáfica, mientras pensaba en cuánto hacía que no se veía obligado a destruir algo que había modelado él. Mucho.

Con todas estas premisas, decidimos cuál era el mejor lugar para pasar los días de asedio. Lo más prudente era establecerse durante esos tramos en el sobrado, el lugar que oponía mayores barreras contra su detección, y

permanecer allí quieto. Manuel subiría los viernes a las cinco, bien albardado de agua y víveres. En otro caso, sin poder cocinar ni recalentar, habría sido tiempo de bocadillos. En este, faltó casi siempre de pan, a ver qué hacía. Era importante que se llevara libros, papel y boli, costura, lo que fuera para matar las horas.

Subir el colchón de muelles por la escalera de mano sería penoso. Por lo pronto se arreglaría con un remedo, a base de extender en el suelo las mantas y el saco de dormir que en verano no le eran aún tan precisos. Pero el frío llegaría, y entonces debería o escalar cada viernes con el colchón o dormir a pelo sobre las tablas. Ya veríamos.

Como en toda estancia, era capital no encender luz ninguna en el sobrado de viernes a domingo. Este cimero sería su estuche mudo de fin de semana.

Ahora se veía sujeto a horarios, obligado a plazos y acotado a fechas. Descomunal atadizo para un hombre que se había moldeado a vivir con la chorra fuera y a respirar cuando quería.

Ya dije que el desván contaba con dos pequeños ventanos desde los que se dominaba la popa y la proa de su casa y de la de los vecinos. Manuel vigilaría a estos siempre, desde la atalaya norte y desde la sur, para poder maniobrar según sus movimientos. El ángulo que le permitía enfilarlos visualmente era bastante generoso. Posiblemente, los oiría con cierta nitidez. Manuel abajó el panel solar, para que despuntara menos.

Asomar la cara quedaba prohibido. Debía tapar los vanos con algo que impidiera que le vislumbraran a él, pero que sí le permitiera a él mirar. Se fabricó unas cortinas de circunstancias con la pieza de plástico, traslúcido por la roña, que cubría los libros de Austral cuando llegó a Zarzahuriel. Las adhirió con cinta aislante al travesaño superior de ambos ventanucos. Se entreabrían medio bien. Manuel sería un topo mirón.

El viernes a las seis, ya siempre el viernes a las seis, volvieron. Desde el principio, Manuel se consagró a observarlos y a escucharlos, semana tras semana, a través de su plástico removible, hecho un periscopio provisto de antena. Abierto de ojos y orejas para tener siempre situados a los individuos que habían arribado al Zarzahuriel inefable.

16

Los elementos que aparecieron el primer fin de semana debían de ser los miembros directos de la familia ocupante. Los visitantes sucesivos debían de ser los primos, a los que siguieron los amigos y los amigos de los amigos. De ahí, a racimo. Porque todos se parecían, panes de la misma masa, o en las anatomías, o en los atuendos o en los usos o en las tres cosas. Entre tíos, cuñados y amistades, los que paraban en Zarzahuriel eran muchos y de todas las edades.

A este conglomerado humano global y uniforme, Manuel pronto empezó a llamarlo La Mochufa.

Llegaban en tres o cuatro coches grandones, fuera de escala, aparcando ostentación en la patena zarzahurielense. Y con unos maletones de volumen considerable, para cursar tres o cuatro cambios de vestuario al día durante una estancia de solo dos.

Llevaban encima las marcas de su raigambre, las señas físicas del secular hispano que tres o cuatro generaciones atrás se desplazó a la capital a buscarse buenamente la vida. Los vástagos de hoy, renegados y apóstatas, llegaban ejerciendo de urbanos supuestamente sofisticados. Les saltaban al aspecto los siglos de azada, forraje, moscas y grasas animales. Y sin embargo hacían chistes sobre los tufos del campo, alardeaban de su conocimiento del callejero capitalino, exhibían pegatinas del oso y el madroño y se reían de todo lo que veían en Zarzahuriel, con los aires colonizadores de los metropolitanos imperiales. Les hacía gracia tirarse pedos y eructos, como a cabestros en un cuartel chusquero.

Independientemente de cómo fuera la de sus ancestros, ellos no lucían expresión de listos. Su comportamiento no contravino nunca esta sensación. Los tanques en los que venían en convoy no pequeño diríanse antes adquiridos con el dividendo del pelotazo, la recalificación o el trafullo en la suspensión de pagos que con las rentas del talento. Les tiraba la ostentación, esa forma que tienen los advenedizos y los acomplejados de expresar su confusa relación con su dinero.

Llevaban la marca de la ropa tan a la vista que Manuel podía leer las letras desde el sobrado. Fuera de esto, iban muy rotulados de indumentaria, con mensajes que muchas veces resultaban de desconcertante desajuste. Había varios que tenían que sujetarse las barrigas a pulso con las manos, y vestían camisetas de gimnasios. Una que no salía sin las joyas llevaba en la camisa el circulito de los *hippies*. Otro muy asnal se presentaba con la leyenda Oxford University, desprestigiando a un claustro que no le habría admitido en la casa sabia ni como cadáver donado. Banderas de países, lemas contradictorios, proclamas ininteligibles. Les podían endilgar en la chupa el anagrama de un club de balonmano de las Molucas o de la Baader-Meinhof y ellos como si no, empecinados en hacer eslogan de causas que no parecían llevar comprendidas.

Sentían un patente horror al silencio. No sabían estar sin hacer ruido, como si necesitaran la constante confirmación de que estaban presentes allí y en ese momento. Si el miedo al silencio es de gente acobardada ante sí misma, estos vivían en el pasaje del terror.

A veces ponían a aullar aposta la alarma de su coche, para ver lo bonito que sonaba. Los niños se reían, los padres bromeaban. Tardaban en apagarla porque el estruendo los hacía felices. Los ponía contentos porque la sirena rasgaba el silencio que los mochufas no soportaban.

Todo el tiempo les sonaba el móvil, que contestaban a gritos. Contaban siempre a través del teléfono lo bien que estaban en la soledad del campo, gran paradoja si los fines de semana se los pasaban hablando con el exterior.

Se rearmaban continuamente para meter más follón. Trajeron un cortacésped para la parcela, y mataban las mañanas paseándolo por la hierba, tres o cuatro veces por el mismo trozo. Un viejo una tarde sintió la llamada del bricolaje. Pretendía decapar el barniz de un portón de seis metros

cuadrados con una lija circular fijada a un taladro doméstico. El bobo se cansaba cada diez minutos y lo dejaba. Retomaba sin aviso, y cada vez la herramienta rompía más los nervios.

Pronto instalaron una campana en su patio, para que los niños se entretuvieran. La tañían como locos, metiendo un jaleo de bayoneta pinchando tímpanos. Todo con tal de fulminar la quietud que decían haber ido a buscar en Zarzahuriel y que en realidad no aguantaban. «¡La paz que se respira allá!», contarían el lunes al vecino en su barrio. Manuel tenía que tener pelados los cantos de los dedos de los pies de tanto frotárselos unos con otros de repelús y asco.

Parte de ese ruido lo aportaba la asquera de música que gastaban, a base de radiofórmula refreída y emisoras de recopilatorios deslavados. Era la suya la puta música para las alimañas del coño y del cojón, pachangadas pensadas para la gentuza de cualquier clase social. Los mugidos los definían, en una etopeya sónica que les describía de forma exacta con más nitidez de como lo hubieran hecho sus biografías en tres tomos. Me apunté los deberes de indagar qué había sido de las vidas de aquellos de mis conocidos que compraron hacia 1983 los discos de Luis Cobos, de La Trinca o de El Puma. Estaba seguro de que les había ido como el culo, por cara-cacas, como vaticinaban sus gustos.

Todos hacían las mismas gracias todas las semanas, pero con cara de creerse que las inventaban nuevas y a estrenar. Las mismas, a repertorio fijo. Pero notándose anticipados, especiales, inéditos, originales, añicos: las cinco vocales iniciales para su novedad vieja. Y semana tras semana desfilaban los chistes sobre cómo vagueaban, los chistes sobre cómo se despatarraban, los chistes sobre el bajo estado de forma del otro, los chistes sobre lo pillos que eran porque se bebían una cerveza, los chistes sobre cómo se iban a poner a chuletas, los chistes picaritos y bienintencionados sobre celos cuando venían en parejas, los chistes diciendo «patata» al hacerse la foto de recuerdo.

La seriación de fotocopia persistía cuando abandonaban las regiones del humor y se lanzaban por las de la poesía. Se reiteraban entre ellos y a sí mismos cuando se veían en composición de estampas emotivas. Todos bebían una botella de vino al atardecer, convencidos de ser los primeros en pintar un cuadro de alta trascendencia gastronómica. Todos tertuliaban arrobados al

atardecer, convencidos de ser los primeros en pintar un cuadro de vibrante estética filosófica. Todos enseñaban un efecto de la naturaleza a sus hijos al atardecer, convencidos de ser los primeros en pintar un cuadro de paternal pedagogía sobre la vida agreste y verdadera. Todos se besaban al atardecer, convencidos de ser los primeros en pintar un cuadro de evocador erotismo campestre. Durante estos ratos de pintar cuadros se callaban un poco.

En sus escenas, cómicas o líricas, los varones agravaban la voz y las hembras la agudizaban, que los papeles los tenían bien repartidos.

Ya he dicho que se besaban. Creo que era muy duro sufrir la dentera que daba ver a dos subderivados invocando el contacto carnal, y el retortijón de píloro que ofrendaba el imaginarse a uno mismo besando a eso.

Dejaban las luces encendidas por todos sitios. Daban la luz hasta para buscar el interruptor de la luz. Sin embargo, traían un perro al que sacaban a pasear por el campo con dos bolsitas de recoger cacas. En eso consistiría básicamente ser un fulano. En ir por el bosque con los paquetitos del remilgo. Pero estar de día y de noche quemando combustibles fósiles para la generación eléctrica como norma de civilización.

Un viernes por la tarde, unos de chaquetilla naranja les instalaron un dispositivo para subir las persianas dándole a un botón. Otro, se trajeron unos extensores para ejercitar los brazos, como si los brazos no se ejercitaran subiendo persianas. Un sábado les llegó una furgoneta de la que unos operarios bajaron una cinta de correr. La llanura y los cerros, pistas infinitas, los miraban clamando al cielo. Otra dotación vino poco después a colocar unas mosquiteras en las ventanas para que el campo no les entrara en la casa de campo.

Llamaban «cariño» a todo el mundo, marca de quien ofrece un afecto devaluado por exceso de oferta verbal. Hablaban muy adscritos a fórmulas predeterminadas. «Recargar las pilas», «planes con niños», «escapada», tufihuelas así. Decían «divina de la muerte», «momentazo», paquetillos verbales a base de fraseo prestado, botes de caca semántica consensuada que se recambia década a década, pero constituyendo siempre la señal oral del lerdo. «Cómo ser madre y no morir en el intento», qué risa. La de «Los hijos vienen sin manual de instrucciones» siempre provocaba gran alborozo, así se repitiera a cada minuto. Chorrudeces a palangana llena. «Aquí estoy, al sol,

como los lagartos».

Decían todo el tiempo «disfrutar». Es la palabra que a la altura del siglo, según Manuel, usaban todos los sinvergüenzas que querían vender algo cuando ese algo era una puta mierda. Es también vocablo propio de los que tienen ansias de follar y no las echan para afuera. Término de obscenidad latente, soltarlo u oírlo da un respiro, porque sugiere una promesa de íntimos orgasmines a los de las ganas cautivas.

Se habían dejado abducir por los comentaristas de la tele, que todo lo arreglan con la «hoja de ruta», las «espadas en alto», la «línea roja» y con que si «yo no tengo una bola de cristal», peditos reproducidos a millares con los que un tertuliano se echa al colete un buen pasar en debates de cualquier horario. Salía mucho «calidad de vida», la formulación con la que los desmigados se intentan convencer de que están contentos.

Daba la firme impresión de que vivían decididos a parecerse a la gente que sale en los anuncios.

De viernes a domingo, preñaban el campo de olor a cosmética. Abrían una ventana yapestaba a gel, a leches, a gilifrascos, a cadena de perfumerías, a hipermercado de fetideces. A champú, a acondicionador, a espuma fijadora, a tomadura de pelo.

Necesitaban medicinachas para todo. Les rondaban la contractura, la sequedad de ojos, la alergia a todo lo que se menea, las décimas de fiebre y el constipado, siempre en puertas. Manuel columbró en delirio que tiraban de una pomada para el picor común de espalda. Te untabas el preparado y a los dos minutos se te pasaba. Se vendía con un aplicador telescópico que extendido se parecía mucho a un limpiaparabrisas. Las toallitas húmedas a base de alcohol para el aseo fecal eran para ellos imprescindibles. No en balde, cada vez más, en un proceso simple de adicción proveído por el empapado etílico del orto y la inevitable alcoholización (por vía anal, la más innoble de las posibles) del usuario.

Se tumbaban en el patio a leer la prensa rosa. Es el carné de socio de los despresurizados, la chapa identificativa de los pulguientos en la perrera municipal y la tablilla collar de los esclavos vocacionales en el zoco. No sé por qué no se dice más.

Sus hábitos de consumo televisivo no eran alentadores, sosteniendo con

su fidelidad la producción audiovisual de los directivos de cadena cuya dilución en humus menos va a importar.

17

Había entre La Mochufa varios gordos (los de las camisetas de gimnasio). Eran de esos que lo son por no reunir ganas de levantarse del sofá, por comer lo que sea con tal de no prepararlo, por pelotudez, por ser vagos, por andar dormidos, por no arrancar. De los de las grasas insaturadas fluyendo por las venas sin disolverseles en la sangre por estar apanarrados en modorra terminal. Una cierta morfología de gordo justificadamente reprobable y cuyo comprobante va mucho antes en la expresión facial de panoli que en las lorzas y en las mollas. De estos había bastantes, no necesariamente adultos.

Estaba la cuñada chorraboba que se las daba de independiente porque salía a pasear sola. Volvía siempre con una foto de ella ante el paraje deshabitado, que enseñaba a todos. La titulaba con variaciones del lema *desconectando del mundo* y la colgaba en Internet. Con lo que se conectaba a millones de mundianos. Menudeaban mucho entre los mochufas estas incongruencias de desvaídos colegiados.

Siempre había entre los invitados uno o dos un poco mayores que cuando se veían entre canchos y foresta desempolvaban una improbable vivencia rural infantil. La alegaban para constituirse en expertos de grupo sobre cómo hay que estar en el campo, y sacaban una brizna de acento de adobe, como de hombres llanos y de trato franco. Se ponían peritos en naturaleza y transmitían a los crios sus conocimientos. «Esta parte del árbol es el tronco. Lo de arriba son las ramas. Lo de abajo es la raíz. Pero que no se ve porque está enterrada». Se tiraban el pisto con palabrotas de estos terruñeros y campuzos, dando forzado testimonio de su previa experiencia en el medio

campestre (que podía limitarse a unas vacaciones de una semana en un albergue). Que si la tolla, el cantorral y la aulaga, voces así de mucho antaño imponente, vocablazos del Santo Grial en el lavavajillas. A Manuel los ecos ancestrales no le sonaban sino a lo boberas que era el que los soltaba, disfrazado de explorador, metido a antropólogo antropobragas, que sacaba sus saberes para que se viera que es que él tenía un pasado de entremezcla con lo autóctono, el tío.

Habia más gentes cuyas particularidades llamaban la atención: el del chambergo de plástico, que iba cocido en su propia gelatina como si fuera una cazuela de callos. Otro muy peludo, que tenía pelo hasta en la raya del pelo. A uno le habían salido cartucheras en los muslos, y llevaba los fémures entre paréntesis. Una muchacha tenía los pezones como dos yoyós. Muchos tendían a vestir como si fueran a la jungla de Sumatra, dril, caqui, verde oliva y mucho bolsillo.

Pero sobre todos ellos destacaba la presencia de la matriarca. Se trataba de la mujer que había ido en su día a ver la casa con el trajeado de la inmobiliaria. Se llamaba Joaqui, madama, capitana de la tropa de mastuerzos de su cuerda.

Era, según Manuel, de cara legañosa. No porque tuviera legañas. Sino porque daba la impresión de que si miraras una legaña al microscopio verías algo similar a su cara. Hablaba pastosón, como si sus glándulas salivares segregaran yeso al tiempo que babas. Exhibía volúmenes en rostro y cuerpo de ubicación rara. Se debía de haber sometido a operaciones plásticas, que a Manuel le remitían al uso anómalo de insertarse bajo la dermis fuagrás, chicle usado o hule derretido.

A Joaqui, Manuel le tomó un asco de envergadura continental. Decía de ella cosas que me ponían intranquilo, y eso sin conocerla yo de nada. Nalguienta. Decía que se le notaba en la distancia que le olía mal la cara, como a esquinzos sin iluminar. Te huelen las corvas a guerras. El prototipo de mujer que nunca se acuerda de cuál era el cajón de las bragas sucias y el de las limpias. A Manuel, Joaqui le recordaba a las *reinas de las mañanas* de la tele, con su pinta de que empezaron a sufrir pérdidas de orina a los ocho años.

Los niños (hijos, sobrinos, nietos) les salieron culudos, y muy de decir

pirrileras. Eran destinatarios infantes del infantilismo de sus padres, que en este caso era de la rama revenida, dolosa, bastarda y vergonzante, la del mal síntoma.

A los adultos se les notaba que si tenían tantos hijos era porque tampoco se les ocurría otra distracción para hacer vida. Parecían convencidos, por otro lado, de que un crío solo vivía su infancia plenamente en la medida en que la activaba en cuanto a memo.

Los crios eran constantemente hiperfelicitados por cualquier parida, con un «¡Bieeeeeen!» que se oía a todas horas: porque el crío había encestado una canica en la piscina hinchable o porque había pedaleado cinco metros sin que le volcara la bici de cuatro ruedas. Quizá era por tanta anuencia y por tanto premio gratis que no sabían hacer nada. Todo había que dárselo hecho. Llegarían a adultos sin conocer la compleja receta del bocadillo de chorizo.

Metían ruido todo el tiempo, por paterna transferencia. Los padres, que jamás los recondujeron hacia formas evolucionadas de desarrollo, parecían agradecerlo. O porque les quitaban de encima ese silencio que parecía asustarles. O acaso porque con los chillidos y los golpes chequeaban que los descendientes no se les habían muerto.

Los niños habían establecido el lloriqueo como forma estándar de relación con sus mayores. El chantaje del berrinche era su forma animalesca de decir las cosas. Unos lloricas, en fin, unos moñarros, con el llanto como vía básica de comunicación. Unos débiles de ánimo y unos extorsionadores bobalicones con el moco y el alarido siempre a punto para la consecución de sus demandas.

Eran niños plañidera. No les pasaba nada, pero sabían que tenían que llorar para cobrar. Eran cachorros sobreprotegidos que necesitaban ayuda para todo y que solo sabían hablar a base de sollozos. Cafres a gritos, a ver quién hacía más Fosbury sobre la cota de decibelios. A Manuel le tenían los oídos tan perforados que le podían haber puesto pendientes hasta en los cojones.

Cuando los gimoteos no les funcionaban hacían como que se ponían enfermos, de dolencias inubicables y tornadizas, volátiles, intermitentes, que se posaban en el niño un rato y que despegaban después, ahora sí, ahora no, un disgusto perenne. Para cualquiera con medio ojo en la cara, los crios eran

unos pelafustanes con ganas de acopiar atenciones y de tocarle la gárgola al primero que se dejase.

La información deportiva era su principal influencia conductual y fraseológica, sin que ningún padre hiciera nada para corregir la malformación. Cuando el hámster de un crío se pusiera enfermo, diría que el animal estaba «librando el partido más importante de su vida». Cuando otro se comprara una bolsa de ganchitos en Navidad, contaría que la había adquirido «en el mercado de invierno». Cuando el de más allá presenciara una pelea en el colegio, explicaría que había asistido a «unas imágenes que preferiríamos no tener que ofrecerles». Jugaban al fútbol en el patio. Había dos o tres niños de diez años que celebraban sus goles metiéndose el pulgar en la boca. Se lo habrían visto hacer al futbolista en el estadio, y daba un asco de tripa dada la vuelta pensar que los crios procreaban y que en los momentos de éxito se acordaban de lo expelido. Así funcionaban como norma general. Por copia, sin saber ni a qué aludían.

Los chavalines tenían unos nombres de vergüenza ajena, por ver quién bautizaba con menos sentido. Los niños no eran responsables de sus títulos. Pero iban a ser criados por los mamarretes que se los habían endilgado. Las perspectivas a futuro eran las peores. No desaprovecharían el cretinismo surtido por los progenitores desde el momento mismo de su inscripción en el estadillo de natalicios. El maleamiento por transmisión se adivinaba ya en detalles como la afición de los pequeños por andarse en las narices. La rino-hurga, a dos índices y a falange plena, era presenciada por los padres nominadores sin que ninguno les dijera nada.

Los mochufas habían recalado allí para hacer las cosas que veían en los telefilmes de puré de mierda. Colocaron una canasta de baloncesto en una pared. Se agenciaron bates y guantes de béisbol. Compraron lo que ellos llamaban *una barbacoa*. No atinaban a encenderla ni a alimentarla, y no iban a aplicarse para aprender a manejarla. Así que siempre acababan recurriendo a bañar la madera con fuel, que eso ardía seguro. Se comían la carne con sabor a camión, tan felices de lo bien que quedaban las chuletas asadas en brasa de encina. Preparaban unas humaredas de la hostia, y se volverían a Madrid a contar probablemente cómo habían pasado el fin de semana respirando el aire puro del campo y comiendo producto de calidad *gourmet*.

Reseñable fue el día en que se hicieron con una vara de dos metros de longitud y se colocaron en el balcón de la fachada, en el primer piso. Se dedicaron entre grandes risas a destruir los nidos de barrillo de las golondrinas, contruidos bajo el alero del tejado. Se conoce que les importunaba que les cagaran frente a la casa, y derribaron las mensulitas de arcilla hasta que no quedó ninguna al alcance de la caña. Se notaba que los mochufas no habían construido su casa. Manuel nunca se sintió un animalista. Pero esto le trastocó sobremanera. Más todavía.

En cuanto bajó un poco la temperatura, durante el templado septiembre, empezaron a hacer uso de una aplicación para móviles desde la que encendían la calefacción a distancia. El viernes a las once de la mañana ya la tenían prendida porque iban a aparecer a las seis de la tarde, no fueran a pasar frío. Y la máquina, echando humo y cerdería porque les era imprescindible tener toda la casa calentorra desde el mismísimo momento de entrar.

La Mochufa ensuciaba todo el día: con los motores de sus coches, que parecían carros de combate; con sus artilugios eléctricos, sin los que no eran capaces de batir un huevo; con las calderas de sus calefacciones anticipadas, no fueran a coger un catarro mientras no estaban. Para Manuel, este enguarramiento pertinaz era acción criminal. No tenía él mucho de ecólogo. Pero estas prácticas hacían que le entrechocaran las costillas. Tanto amor que los mochufas adultos declaraban a los hijos y a los nietos, y con qué saña les estaban dejando una decoración aérea amarilla ferrugino como para coger todos los enfisemas. Parecían negarse a ver que contribuían a un futuro sucio, en el que sus niños vivirían atosigados por las emisiones de veneno de las que advierten los peritos. Sus padrecitos eran infradotados que preferían sus artefactos antes que a sus hijos, si bien no parecía que lo supieran. Cuando fueran un poco más mayores, los niños a los que creían querer tanto morirían por abrase de gaznate, gracias papá y gracias mamá.

El domingo por la tarde, a eso de las seis, se volvían a sus casas, con expresión de haber quedado transidos de naturaleza e imbuidos de experiencia agreste. Como quien se va de putas y vuelve creyéndose un conquistador.

18

La costra social se le había acantonado delante, como si el campo no ofreciera amplitud suficiente para que se hubiera ido a orinar en otro sitio. Los mochufas estarían en su derecho de venir con esos modos, esos gritos, esas deudas para consigo mismos, ese corderismo de pánfilos. Pero a ojos de Manuel se comportaban como ceporros insobornables y como monicacos irrecuperables. Como unos mamarrachos con todas las letras, que en «mamarracho» no son pocas. Se le hacían potativos sus usos, sus aspiraciones y sus costumbres fecales. Y ellos, mientras tanto, entregando, donando, aportando, implementando, dando el coñazo.

Era ingenuo pretender acercarse a ellos en demanda de silencio, limpieza ambiental o desidiotización. Porque ya no estaban a tiempo de apearse de su psicopsoriasis, y, sobre todo, porque Manuel no podía significarse ante nadie. Tampoco salir de Zarzahuriel. Solo cabía aplastarse al terreno y que no se denotara su presencia. Así que tocaba echarle correa y aguantar un poco.

No había quien aguantara aquello, ni un poco ni un mucho.

Traían un audio y un visual como para taparse oídos y ojos. Manuel especulaba con que si viviera en una película, la trama viraría hacia el final del metraje para descubrirnos que lo que parecía una residencia de fin de semana era en realidad un sanatorio para traumatizados, víctimas de una suerte infausta, colistas de una sociedad ciega, toma giro argumental. Que lo que creíamos el lugar de asueto en el que se explayaba la babosidad gratuita era al fin un centro para maltratados, o para enfermos crónicos, o para conmocionados por los bombardeos, que se desfogaban con todo el derecho

del mundo porque la mala fortuna les había tocado con el dedo. Quedaría efectivo narrativamente, porque se desprendería de ahí la enseñanza de que no debe uno embalsarse a la hora de repartir odianzas.

Pero no. La Mochufa era estomagante y esofagante y pulmonante por vocación, cardiante por lerdez pura y por mandato del emperador del desquicie. En la casa se era chorra por destemple, por iniquidad, por pésima simiente y por efecto del mimo bobo en desayuno, merienda y cena. Se era macaco por antojo, por hacer algo, por decir aquí estoy yo, por ser mocazos. Por ser ese tipo de choronguizos que encuentran siempre motivo para la distorsión multiforme, dale que te pego, insistiendo por falta de luces. Como el de quien lleva toda la vida rajándose la lengua con el canto de la tapa del yogur al chuparla y ahí sigue, chupándola.

La Mochufa era un compendio de imbeciladitas diacrónicas, ridicultura en inflación y memeces seculares, un tesoro de carcomas biográficas y de jodique particularmente propio del tiempo vigesimoprimer D. C. A Manuel, La Mochufa le daba un asco espeluznante. A mí, cada vez más.

Yo, claro, seguía viviendo en la polis. En numerosos ciudadanos con los que me cruzaba por la calle identificaba a empadronados de la misma cuerda que los mochufas. En los días laborables, me daba por suponer que igual aquella de allí era Joaqui, la real, o una de sus parientes. Por qué no.

Manuel estaba hecho un mar de pesares. Cagaba duro, jiñaba piedra caliza. Evacuaba en forma de interrogación, una sogá curva con su punto al final. Se daba a sufrimentosas reflexiones.

Se ponía a pensar en cómo debía de ser enterarse de que alguien a quien ni se conoce deseara con fuerza como la suya que uno se largara, se largara y se largara. Imaginaba a los mochufas en sus domicilios, rociados de las ganas suyas, con algún tipo de electroquímica de ondas posada sobre las coronillas, y notando vibraciones anormales y de mucho voltio.

Pensaba en quién o quiénes, en su pasado madrileño, habrían padecido el ansia de que se evaporara él, que hoy padecía por que se evaporaran los mochufas. Si existió ese o aquellos, que acaso sí, ya les había complacido al apartarse a Zarzahuriel. No corría él la misma suerte.

Los domingos, tras su marcha, Manuel recuperaba momentáneamente el sosiego. Durante el último tramo de la tarde, solo de nuevo, se calmaba un

poco, cocinaba algo, salía al patio. Pero a las dos o tres horas escasas, ya cenando, las costuras se le volvían a reventar: por la agónica expectativa de que ya quedaban dos o tres horas menos para que los pinchahigos volvieran al viernes siguiente. La noche del domingo ya prefiguraba la nueva avalancha renovada, y la mañana del lunes ya la imponía encima. Los días sucesivos eran de angustiosa espera, a sabiendas de que el viernes tocaba actualización del suplicio.

Así, toda la semana quedaba embarrada de anunciación inminente. A los efectos, cuarenta y ocho horas de siete días eran de engrudo adosado. Y ciento diecisiete o ciento dieciocho, de infeccioso y creciente presentimiento.

Yo le llamaba a la calma, instándole a la paciencia con salmos bienintencionados y poco verosímiles que se me ocurrían. Que todo se arreglaría, que pensara en otra cosa. Que los mochufas, tan asquerosos no serían.

Ante los argumentos y los exhortos que yo le soltaba, Manuel se apaciguaba. Pero al cuarto de hora estaba otra vez revolviéndose contra su suerte, contra lo más sagrado y contra lo menos sagrado (que los nuevos no inspiraban nada sacro, parece ser). Y vuelta a encendérsele el culo de pesadumbre y a decir cosas raras sobre ellos («Más que personas son secuelas»). Soportar a estos sonajerillos con zapatos tenía que ser tela.

Cuando se iba a acostar, sobre el camastro improvisado los viernes y los sábados, lo primero que se le dormía era el ojo. No porque lo cerrara para dormir, como se suele, sino por el agotamiento con el que el órgano llegaba al lecho tras tenerlo su dueño trabajando a reloj lleno y a calendario perdido. Luego le iba la oreja, planchada de oír chucherías derretidas. Cuando entre semana se echaba en su alcoba añorada, se diluía recordando con tristeza cuando a su cama la llamaba *Kursk*, y acto seguido le lloraba encima como un espectro penando por su viuda muerta.

En un principio, el peligro que suscitaban los mochufas era que le vieran, rompiendo su clandestinidad. Que le atisbaran y hablaran de él un día, adrede o no, revelando su posición. Sus tormentos eran gordos: la fiscalía buscándole, los ojos aparecidos en Zarzahuriel, el riesgo de su localización, todo lo que vendría después.

Pero ese detalle perdía gravedad al compararlo con el tórrido infierno

nuevo: tener que convivir con la patulea. La policía era un fleco al lado de la tortura real, semanal, regular y continua de tener que sacrificar la bendita soledad a cuenta de una pila de micos adobados en imbecilicia. Esto sí que era un desastre totalizador, no lo otro. Esto era más áspero, porque era mucho más valioso lo que perdía con la irrupción de los mochufas en Zarzahuriel que lo que perdió con la irrupción del antidisturbios en el portal de Montero. En el portal ganó Zarzahuriel, a costa de un poco de angustia y otro de huida. Con los mochufas perdía el Zarzahuriel mismo, lo felizmente ganado.

Lo de los mochufas era mucho peor que lo de su espinosa situación penal. Del juzgado manoseador podía huir, como hizo con cumplido éxito. De estos desencuadrados, no. Lo de ahora era lo pésimo, porque no ofrecía solución a la vista.

Lo otro tampoco, en todo caso. Su localización seguía constituyendo un dramón. Una sogá al cuello que, si le veían, le iban a colocar de hecho los vecinos nuevos, en una circularidad de conflictos que me cago yo en los circulitos y en los redondeles.

Aparte, Manuel vaticinaba disgustos proyectivos a futuro, más prosaicos pero a su vez dignos de prevención. A ver cómo se las arreglaba para permanecer de viernes a domingo en el sobrado cuando empezara el frío, helado arriba y sin poder encender lumbre abajo. Habría que comprarle más mantas. A todo esto, en el Lidl andaban todavía con el bañador y la toalla. Camisetas, le cogí. Camisetas para usar como ropa de cama.

También me habló del miedo que le entraba al conjeturar que un día los niños se pusieran de aventureritos y concibieran la ocurrencia de metérsele en casa, descubriéndole. Se olía que pronto sentirían la tentación del asalto, que de la campana y de la persiana automatizada se terminarían por aburrir, como de todo. De lunes a viernes, Manuel se ocupaba de amargarse y de buscar con qué candar y reforzar puertas, cristales y pestillos, para ver si así los frenaba cuando vinieran.

Con tal compongo de preocupaciones, Manuel estaba muy abatido. Hallaba consuelo en configuraciones corajudas y desvariadas que se hacía de cabeza, en las que yo le seguía la comba para ver de animarle.

Por ejemplo. A cuenta del allanamiento infantil pronosticado, Manuel me saltó con unas reflexiones en las que había estado metido. Iban en torno al

hecho de que los niños gritones y quejicas fueron siempre carne de cañón. Él ya tenía edad y memoria como para verificar qué fue de aquellos de sus compañeros de quinta que pasaron su infancia pegando bramidos y gimoteando como memos. Repasaba biografías de sus coetáneos y le salía que las criaturas de rabieta fácil a las que conoció habían ido dándose hostias al transcurrir del tiempo. Todos los boceras acabaron en pis vital, ostentando los desastres que ya anticipaba su gazmoñería. Hasta lo que alcanzó a tratarlos, antes de su evasión, les había ido mucho mejor a los que no chillaban que a los que sí. Estos, rememoraba, habían dado más en pobres diablos a medio hacer que en otra cosa.

Le tiré un dardo, porque a veces su encono me llegaba a mosquear. Le dije que quizá sentía inquina por los niños mochufas porque ellos tenían vida familiar y a él se la habían negado de chico. «Los mochufas te joden porque mi cuñada y su marido te hicieron poco caso», así me salió el disparo. Me contestó que viendo en qué habían devenido los mochufas (tan familiares, tan de saga, tan de clan) se alegraba mucho de que a él no le hubieran dispensado trato similar. Añadió que esperaba no haberse convertido en los sopazas en los que se iban a convertir estos lilas o en los sopazas que ya eran, según edad. Y que si no había devenido en eso, daba por muy buena la falta de atenciones recibidas. Que la prefería mil veces.

Me contó que un viernes de cilicio de los suyos, un crío de diez años intentaba poner en pie una sencilla bici infantil. No estaban por ahí los adultos que en otro caso habrían corrido a hacerle el trabajo. El chaval no era capaz de levantarla. La izaba y la bici iba al suelo, la recogía con una dificultad impropia de su edad. Se le vencía hacia el lado opuesto, tanto sola como con él detrás. Chocaba con el cuadro de aluminio, acabó con una pierna metida entre los radios.

La suya era una torpeza íntimamente imbricada en estos miramientos idiotas, a base de desatenciones en lo importante y sobreatenciones en lo accesorio. Manuel agradecía todo lo que sus padres habían pasado de él. Habrá un término medio, que sería el deseable. Pero puestos a elegir, cuánto mejor su historial de desamparo que el anca del crío metida en la rueda.

En un mierda no se había convertido, eso estaba claro. Viendo a estos alfeñiques hiperprotegidos y viéndole a él, me daban ganas de acatar su

argumento. Manuel, gracias al resorte de su desasistencia infantil, se había construido él solito un mural en Zarzahuriel por el que pasar la lengua cada día. Si es que lo recuperaba.

También al propósito de soportarlos, Manuel articulaba un trazado mental según el cual, a más flojeras, los mochufas y sus pares, antes serían tragados por la tierra. Decía que la gentualla que precisa gadgets y profilaxis y adminículos y zarandajas y calidad de vida y pomadas y pasteurizar el chupachups que uno se va a comer, esa va a ser la primera en caer. Que los lombricientes biológicamente debilitados irán cediendo al empuje natural del hábitat. Así había pasado siempre. Una sociedad que genere dispositivos y hábitos como estos será insoslayablemente invadida por la vecina, y con éxito.

Aventuraba la venida de una horda, de hombres o hambrunas, porque ella nunca faltó a su cita. Pillaría a los bobos puros en el salón de su casa, concentrados en considerar los pros y los contras de cambiar o no de crema defoliadora o en lo necesario de doblar la dosis diaria de *L. casei inmunitas* para alargar la vida. Recordaba Manuel la mítica discusión sobre el sexo de los ángeles en la que los invasores sorprendieron a los bizantinos cuando la caída de Constantinopla. Apuntaba Manuel que los desandamiados como los mochufas, tan pulimentaditos, con las defensas adormiladas, durarían poco. Cuando viniera el germen, estos enclenques serían los primeros derribados. Llevaban la muerte más a flor de piel según más se perfumaban el cutis.

Si Manuel dejaba pasar el tiempo, vería en directo cómo los mochufas recibirían lo suyo. Pero todo su corpus era teoría fiada a largo. Demasiado plazo. No le valía. Tanta paciencia no se le podía pedir a nadie.

Era preocupante el cariz que estaban tomando sus reflexiones. Una cosa espeluznante, no sé si porque mi sobrino amado derrapaba en sus pensamientos o porque atinaba con ellos. Es que él soba tener razón.

19

Parecía que cada semana venían más. Aumentaban vertiginosamente las actividades camperas: excursiones, parapente, el *quad* rugiente (que también acabó por comparecer). Y siempre en grupo, como ñus en marcha, necesitados de testigos, y prolongando el gregarismo fiduciario al enviar las fotos testimoniales de sus hazañas a través de las maquinitas con las que interpelaban a otros perdidos.

A la altura del sábado por la tarde ya se les habían quitado las ganas del deporte de aventura. Así que cada vez sacaban más botellas de alcohol. Se debían de quedar anulados cuando ya no tenían qué hacer. Solución: abrir tapones y poner el sobaco a trabajar. Más ruido, si bien de otra calidad.

Convulso, copado, Manuel intentaba resistir. Pero era difícil. Se le hacía especialmente arduo cuando los mochufas exhibían al aire sus vidas maritales. Porque se traían unos usos de parejitas que a Manuel le sacaban de quicio. Velaban sus prácticas sexuales lo justito como para mantener su poco de intimidad, pero las desvelaban lo suficiente como para dejar constancia de su simpática avenencia carnal ante familiares y amigos.

Lo cierto era que demostraban encomiable valentía dándose entre ellos a lo genital, a tenor del aspecto bochornoso que lucían. Según Manuel, sus anatomías y sus hatos remitían a cualquier cosa menos al erotismo. No es que fueran feos o guapos. Solo desaconsejables, difíciles, disruptivos. Cuando se bajaran los calzones o las bragas, en vez de sugerir promesas de caricias parecería que se iban a poner a cagar.

Por las noches, Manuel los intuía a través del tabique compartido con la

casa aneja, entregados a canalizar la compaginación de torrentes y a surtir de lo tibio. Entreoía a cada dúo en su cajón, encabalgándose como ejemplares de granja, apareándose paredaños como en una explotación animal. Le parecía oírlos proferir brochazos pintorescos para ver de renovar la afición por el compañero: «¡Que te depravo!». «¡Fáltame mientras tal!». «¡Muéstrame irrespeto!». «¡Qué tengo perentoria de emanar!».

A la luz de la aversión que les tenía, el cerebro de Manuel reorganizaba los sonidos y creía oír indecencias espeluznantes. Había uno, de género masculino, al que Manuel juraría haber escuchado declaraciones chirriantes: «¡Que te sobrevengo! ¡Qué precipito! ¡Que derramo! ¡Que depongo! ¡Que te advierto que vierto!». Daba un asco de puta madre. Expelía el varón viéndose a sí mismo como nube repleta, espita expedita o tanque de fuel.

Algunos irían a Zarzahuriel a ver de engendrar, a mirar de poner el grano expansivo, a embarafollarse, a cursar petición de corderito de nuestros apellidos, a concebir al chaval al aire puro, vaya plan. Ahí los dos, configurando el gameto a base de polución recopilada.

Cuando cesaban los choques, Manuel suponía que a los mochufas el embozo de la cama les olía a purines, y las manos a culo recorrido. En sus concepciones airadas, en su centrifugado mental, Manuel desaguaba el desprecio que sentía por los sujetos que necesitan de otros individuos para entretenerse, y su tirria por seres que practican un juego que solo puede ser a dos, al menos dos, en torno a una distracción de gente que no sabe jugar sola. Soltaba burreces hacia quien no sabía estar en soledad ni en sus momentos de intimidad.

La verdad es que tenía que dar bastante dentera barruntar a estos tras el muro, follándose mutuamente. Ahí puestos, amontonados a pares en el medio agreste, ufanos por abrazar a Natura, unos mendas que solo se creían el tiempo que les hacía encima si lo miraban en Internet. Con cara de que se retrotraían a Adán y a Eva al ensamblarse ante el éter, la fotosíntesis y el alado milano, enseñándole el culo al sol como neofundadores naturalísimos de la raza humana. Todo muy primigenio, floral y genuino, antes de volver a sus domóticas, sus coches guarros y sus programas de tele para desnormales del marranal.

No tardó en cumplirse la amenaza que Manuel profetizó en su día. Un

sábado de septiembre, siete niños mochufas se le quisieron meter en casa, con sus linternas y sus palos. Él notó que le rondaban la puerta, que la tentaban, que le encajaban alguna patada. Los adultos, que seguían a lo suyo, no paraban de pronunciar las palabras «niños, cuidado». Pero sin dejar de echar fuel a la barbacoa ni de soltar lo de «disfrutar», verbo favorito y polivalente.

Aterrado, Manuel atrancó la trampilla de acceso al sobrado, sabiendo que era gesto inútil. Si los becerros conseguían entrar, iba a dar lo mismo que le vieran arriba o no. Por muy torpes que fueran, encontrarían los víveres frescos, la chimenea tiznando por uso reciente, algo de ropa sobre una silla, todo aquello que no era capaz de esconder del todo y que denotaba habitación. Y de ahí, al juez.

Poco hábiles, no pudieron con los travesaños, los pestillos y las sillas atrancadas que Manuel desplegaba los viernes al mediodía, antes de que llegaran. Pero sí fueron capaces de salvar el vallado de la parcela. Desde su ventanuco, Manuel vio cómo correataron por donde hubo calabazas, cómo derramaron la artesa de la tornillería en la que Manuel encontró su *tomahawk*, cómo se metieron en su coche exhausto. Lo peor fue cuando descubrieron la parra. Se inflaron a uvas, que por el mes que era lucían ya plenas. Cuando se cansaron empezaron a tirarlas contra dianas improvisadas. La fruta caía al suelo, estallaba al pisarla, se contaminaba cuando impactaba ocasionalmente en los niños, impregnados de protector solar y exceso de celo. Luego se marcharon por fin.

Ese domingo, como todos, los mochufas se fueron con su cara de «nos lo hemos pasado mejor de lo que creemos». Nada más marcharse, Manuel bajó de su tronera y se fue a la ermita. Como se temía, todo el suelo estaba cubierto de ciruelas chafadas.

Cada vez era mayor la amargura que dejaban a su paso, y a cada semana sabía peor la libertad condicional, colonizada y podrida de los días de diario. Zarzahuriel era un lugar que Manuel relacionaba ya mucho antes con ellos que con él, y en el que ya no tenía gracia salir de casa (tampoco permanecer en casa la tenía). Pronto, también esta libranza cojitranca empezó a mancharse.

El primer lunes de octubre, Joaquí envió a Zarzahuriel a dos operarios a lijar y barnizar el portón de entrada a su parcela, ese con el que no pudo el

viejo ruidoso aquel. Los hombres tardaron dos días, trabajando hasta las siete de la tarde. Dos jornadas de más estruendo y de más ocultación forzosa, emparedado y sin facultad para nada. En semanas sucesivas les siguieron uno que les dragó el canalón y los pintores que retocaron el azulado de la fachada.

Los mochufas estaban hasta cuando no estaban. Enviaban brigadas volantes para cubrir sus ausencias y no dejar de tocar los bornes tampoco en laborable. Caí en la cuenta del peligro que suponía que una de estas cuadrillas de aparición aleatoria coincidiera un martes con la furgoneta del Lidl. Insistí en el híper en que demoraran la entrega hasta la ultimísima hora de la tarde, cuando los operarios ya se habrían largado. Pero me vinieron a decir que afinar con el momento de recepción ya no dependía más que del volumen de reparto y de la voluntad de Dios. Qué tormento pasé, temiéndome que era cuestión de tiempo que unos y otros se encontraran.

Fuera de derribar nidos de alero, como ya he dicho, los mochufas no sabían hacer nada. Todo se lo tenían que hacer terceros. El colmo de la impericia y de la indolencia se manifestó un jueves por la mañana. Manuel estaba haciéndose la cama cuando oyó un automóvil que se acercaba a su sector. Desde el dormitorio del primer piso vio cómo bajaba del coche una señora de unos cuarenta años. Entró en la casa azulada y pasó tres horas recogiénola y limpiándola. En un nuevo paso hacia la pijeza inveterada, los mochufas se habían echado empleada doméstica. A partir de entonces, la mujer acudiría todos los jueves de diez de la mañana a una de la tarde.

Aquí coronaron otro de los *ochomiles* de su soplapollez. Cogerse una casa en el campo para venir a hacer vida rural y pillarle una chica era una cretinada de nuevo rico, de calzonazos de la vida de mucho denuedo y mucho mérito. No es ilegal tenerla. Era de pretenciosos de asco tenerla en un pueblo como aquel. No es ilegal ir a pescar de esmoquin, pero es de ser de un retronormal subido.

Los gañanes habían contratado servidumbre para realce de su inspiración aristocrática. Estas amebas renunciaban a cuidar de sus cosas para disponer de más tiempo que dedicar a su aburrimiento.

Debía de ser una señora de algún pueblo de la zona. Pasaba la mañana recogiendo los mocos de los mochufas, haciéndoles las camas, fregándoles los platos, a juzgar por las pistas sonoras. Luego se iba. Los días de libertad

subordinada eran ahora aún menos. Junto a los segmentos al azar en los que concurrieran operarios diversos, Manuel también había perdido las mañanas de los jueves. Franja a franja, Manuel se estaba quedando sin Zarzahuriel.

Acto seguido, Manuel y yo caímos en la cuenta de que acabarían girando visita el que va a leer el contador del agua, el eventual cartero, el vendedor ambulante, la pareja de evangélicos trotamundos. Siempre, claro, sin aviso. El peligro iba ganando casillas. Pretender ocultarse de una jauría de asistencia regular, y de sus empleados contratados, y de los adláteres esporádicos, era poco menos que iluso. Manuel oponía su precaución obsesiva, pero la nube no se nos quitaba de encima.

El clima iba refrescando. Era otoño de nuevo, y por las noches ya se hacía necesaria una chimenea que Manuel no tenía posibilidad de prender durante los fines de semana por no delatarse. El panel solar no generaba tanta fuerza como para enchufarle un radiadorcito que yo le comprara, por muy básico que fuera. Así que los viernes y los sábados se veía obligado a acostarse a la caída de la tarde, para taparse y no pasar frío.

No había solucionado el tema del colchón. Se resistía a subirlo al sobrado, porque calibraba la tarea y se sentía incapaz de arrastrar el mazacote. Iba aguantando las noches echado sobre el suelo. Vivía su rato de estupor cuando imaginaba que a la Joaqui le daba por entrarle en casa mientras dormía. Hete aquí que se gastaba ella más maña traspasando puertas que sus infantes y accedía. Subía al sobrado / garita y se encontraba a un tío tendido sobre el piso, seguramente fallecido hacía años («De otra forma le habríamos oído») pero extrañamente sin corromper.

Cómo le jodía a Manuel tener que meterse en el saco, siempre sin Sueño, para entrar en calor. Los mochufas tenían su calefacción a gasóleo, encendida telemáticamente, qué juguete. Pero, para hacer familia, también ponían su chimenea todo el rato, como denotaba no el humo sino el olor a fuel quemado. Afortunados ellos.

Llegó el frío en serio, como también con el tiempo llegaron a la casa azulada el aniversario de boda y dos cumpleaños. Más la despedida de soltero con disfraces y pollas de resina, cima de la bastardez en la que plasmaron su numen ya a verso colmado. Al fondo, para diciembre, asomaba la Navidad. En la que Manuel auguraba una orgía de consternación, cojonadeces y gorros

de Papá Noel como para agrietarle a uno la ojiva del coño.

El Manuel de la llamada diaria era ahora agrio, con lo bien que nos lo habíamos pasado teléfono a través. Él no paraba de darle vueltas a sus dos condenas (la judicial y la vecinal, respectivamente). Un lunes de móvil me contó lo de la muela picada, unas meditaciones que se había elaborado en torno a la presencia invasiva de una brizna de filete. Decían algo como así.

Una hebra de carne entre dos dientes no duele, no pica, no rasca, no produce frío ni calor. Pero sin embargo no se soporta, y el que la lleva se empeña con saña en sacársela a base de palillo, cepillo o uña. No para hasta que está fuera. Los antropólogos, los psicólogos o los dentistas habrán descubierto ya que la memoria genética nos avisa de que ese cuerpo extraño, que ni notaríamos de no ser por la lengua en sus descuidados paseos, es promesa de futuros dolores. Que esa partícula inane, en principio inofensiva, se pudrirá en su cavidad, generará dañinas bacterias y traerá a la larga dolor y pérdida de masa dental.

Hacemos lo correcto cuando queremos expulsarla, sin saber por qué, por nulo que sea el perjuicio inmediato que nos esté causando. Necesitamos extraerla por impulso irracional, pero sabio, merced a alguna reconversión evolutiva innata que nos alerta del peligro venidero gracias a siglos de experiencia y causalidad acumuladas.

Con la pajarraquería mochufa pasaba igual, decía Manuel. A él no le escupían, no le pegaban, no le disparaban. No sabían ni que existía. Pero sentía que debía agarrar el mondadientes y quitárselos de la dentadura para evitar males mayores el día de mañana. El antropólogo, el psicólogo y el dentista de antes ya hicieron sus descubrimientos. Por razones sanitarias similares, una moción inconsciente gritaba a Manuel que se sacara enseguida la inmundicia de la boca. Debía vivir sin caries ni corrupción dental, de espaldas a ellos, sin ellos, había que *anularse de ellos*.

La antro-po-psi-co-odontología daba luego pie a reflexiones ulteriores.

Manuel afirmaba que observarlos de continuo solo había valido para adensar las alambradas de separación. Ellos eran, según él, de otro orden, de otra sala. Funcionaban con otra temperatura de color, otro balance de blancos, otra tarjeta de memoria. Pertenecían a otro grupo sanguíneo. Muy respetable, como todos, con su letrita mayúscula, pero de flujo biológicamente

incompatible con el suyo. Eran de otra rama. Ni mejor ni peor. Pero eran de otro rango, al que él no quería pertenecer como no quería pertenecer al de las sardinas, los arcángeles o los zombis. «Eso es —dijo—, los zombis». Individuos que han sufrido su mutacioncilla y sus contingencias y que conforman otra comunidad. Que llevan otro talante, otra disposición, otras costumbres, otros ritmos, otras formas de ocio. Pero de disimilitud lo suficientemente honda como para sentir la necesidad pavorosa de huir de ellos para que no te muerdan. «Serán majos, no digo que no, estoy a favor de que entren en el juego constitucional», decía. Pero había que zafarse de ellos porque su forma de estar en el mundo era clínicamente divergente.

Era importante que no le echaran ni el aliento. Tocarlos solo con un palo, y únicamente si no había más remedio.

Había que protegerse de los zombis y de La Mochufa como de un tarado peligroso. Lo indicado sería esconderlos a ellos. Pero como no se les puede concentrar, lo mejor es ambular uno mismo con su propio campo concentrado encima. Había que mirarlos como a los piojos de los que uno se ha librado afeitándose la cabeza, y actuar con ellos como con el tío que te quiso pegar sin mediar motivo en un portal de la calle Montera.

Era un mandamiento médico. Pero Manuel los seguía teniendo alrededor. Qué contradicción ridícula, qué disparate sanitario.

20

La mujer del servicio doméstico cumplía puntualmente con su cometido semanal. Un jueves, ya mediado noviembre, Manuel se levantó tarde. En su lío de fechas creyó que aún era miércoles. Encendió la chimenea sin prevención ninguna, para calentarse la leche del desayuno. La lumbre ya humeaba cuando oyó ruidos en la casa paredaña. Cayó en la cuenta de que se le habían trastocado los días de la semana y que la mujer trabajaba al otro lado del muro.

A toda prisa, Manuel derramó agua sobre el fuego naciente, organizando con la ceniza de ayer un engrudo negro que ya vería la forma de rascar. Paralizado, tomando la leche fría a sorbos silenciosos, esperó. Por fortuna, recién levantado, aún no había abierto puertas ni ventanas. La empleada todavía pasó media hora trabajando. Cuando empezó a recoger los bártulos, Manuel asomó la nariz para confirmar que se iba.

Antes de subir a su coche, la mujer hizo algo remarcable. Dejó las llaves de la casa dentro del buzón. Se conoce que los mochufas no querían que una extraña anduviera con ellas por ahí. Pero se las tenían que dejar en Zarzahuriel, para que la empleada hiciera su trabajo. Ella solo se llevaba consigo el llavín de la casilla del correo, para abrirlo y tomar las llaves de la casa.

Se ve que los propietarios no tenían motivo para preocuparse por que el manajo se quedara en el buzón, oculto, además. Para eso vivían solo ellos en el andurrial inhabitado. No iba a haber un tío en el sobrado de la casa de al lado mirando a ver dónde escondían las llaves, vamos, en qué cabeza cabe.

La empleada montó en su vehículo, arrancó y cogió camino. Joaquín y los suyos fueron a Zarzahuriel ese fin de semana, como todos. Luego se marcharon por donde habían venido.

Manuel hizo algo que tardó varios días en revelarme. Mantuvo el secreto como una veta de intimidad de esa que tanto echaba en falta desde la llegada del mildiu. Me lo acabó contando, no obstante, como todo.

La casa azulada no lucía placa de vigilancia telemática. Ya la pondrían los mochufas, adictos a los juguetes de plástico y cables, que la seguridad de los míos es lo primero. Pero aún confiaban en la despoblación completa de Zarzahuriel y todavía debían de estar encargándola.

Manuel dedicó el lunes y el martes a hacer preparativos. Esperó a la media mañana del miércoles, cuando ya vio claro que ese día no vendría un oficial a clavar un clavo en una pared para colgar un calendario.

Salió de su guarida. Llevaba su bolsa de rafia azul, a juego con la fachada vecina, en la que portaba algunas pertenencias. Cubrió los pocos metros que le separaban de la puerta mochufa. Sacó su destornillador. Retiró con él los cuatro tornillos que sujetaban el buzón al muro. Lo tomó. Lo volcó y lo agitó. Las llaves salieron por la ranura por la que habían entrado. Volvió a fijar el buzón en su sitio. Abrió la casa mochufa de forma civilizada. Penetró en ella.

A Manuel le atufó el olor a ambientador, a ceniza de encina y fuel, a pañal emplastecido y a zapatillas de deporte de las que han anotado ya mucho gol.

Se puso a la tarea. Empezó por el salón.

Desatornilló las tapas de las tres cajas de persiana. Depositó hígado en unas y bofe de cerdo en otras, casquería del Lidl cuya peste por putrefacción Manuel ya conocía. Es un tufo que nos recuerda antropológicamente a los muertos, es de suponer que a los nuestros. Que nos espanta, que nos pone ante nuestro fin y al de nuestros ancestros, ilusionados por darnos la vida y al fin y al cabo convirtiéndose en detritus.

Destapó las carcassas de unos objetos especialmente queridos por los moradores de la casa: los mandos de varias teles, los mandos de varios equipos de música, los mandos de las persianas. Regó el interior de los artilugios con una coca-cola que sacó de la cocina, inutilizando sus circuitos. Luego volvió a armarlos, retirando con mucho cuidado los restos de bebida.

De vuelta a la cocina, aflojó dos o tres armarios anclados al baldosín. Lo justo para insertar delgadas tiras de más casquería entre la madera y el muro, también llamada a la biodegradación apestosa por ley de vida.

Desenroscó el filtro del grifo del fregadero, ese remate con rejilla colocado en la boca del caño que hay que limpiar regularmente para retirar los sedimentos sólidos. Insertó allí una pastilla de caldo de pescado que encontró en la despensa. El agua corriente, tan alabada en la zona, sabría a lonja de puerto. No faltarían pichis a quienes el sabor a peces de litoral les haría preguntarse por qué carajo de vía podían haber llegado los pescados hasta el interior peninsular.

Debajo de la encimera, en el oscuro diedro formado por el suelo y la pared, extendió generosos cordones de alimentos que no despedían olor pero que atraerían fauna de muchas patas: azúcar, mermelada, miel. Cogió los dulces de una alacena. O sea, que los aportaron ellos. También depositó trocitos de chorizo del malo. Del que no se detecta porque no huele demasiado. Ese lo trajo él. Dejado al aire, llamaría a los ratones.

Quería colocar una esponja empapada de leche en un lugar oculto. Iría fermentando. El olor de la leche cortada es malo, pero el de la leche podrida desde hace semanas es desesperante. Un olor desesperante es aquel que no toca ya solo la pituitaria sino el propio corazón. Ese olor que forra las venas de preguntas sobre si de verdad merece la pena seguir viviendo en un mundo capaz de dar acogida a una peste así.

Encontró el emplazamiento idóneo debajo del frigorífico. Quizá los mohufas detectarían la fuente del tufazo bajo la nevera. La correrían para buscarla. Arrastrarían con ella la esponja. No la verían. Seguiría pudriendo el aire.

Fue una agradable sorpresa dar con un paquete de Aguaplast en la casa, que quizá se dejaron los que instalaron las persianas a botón. Derramó el contenido por los desagües de cocina y baños, y circuló sólido el polvo de yeso. Los propios mohufas, que no podían vivir sin malgastar agua, conformarían la mezcla. Serían los coautores de sus taponazos minerales.

Practicó un orificio con una aguja de coser en la goma naranja de la bombona de butano, la que va de la boca de la botella a la placa de fuegos. El agujero era invisible. El olor a gas crearía una alarma inmediata, ay mis

niños.

Abrió las carcasas del microondas, de la aspiradora, de los secadores de pelo, adivínese con qué herramienta. A todos les tajó un cable como quien no quiere la cosa. Volvió a cerrarlos.

Pasó al cuarto de la caldera, una casilla de obra erigida al efecto dentro de la planta baja de la casa para acoger la instalación calefactora. El aparato era una *Ferrolí*, escoltada por el dispositivo de encendido a distancia desde el móvil («controlador GSM», se llamaba) con el que los atortillados jugaban a los robots prendiéndolo horas antes de su llegada. Al lado de la máquina se hallaba el depósito de gasóleo para calefacción que la alimentaba, un tanque de plástico blanco traslúcido con capacidad para 900 litros. Andaba ya a medias de fluido.

Como es habitual, el bidón estaba ubicado en un rincón. Con lo que dos de sus caras daban a sendas paredes y quedaban fuera del alcance de la vista. Manuel tomó un clavo fino con sus alicates. Calentó su punta con un mechero. Cuando estuvo próximo al rojo vivo, metió la mano armada entre la pared y la cara de popa del depósito. Aplicó el clavo sobre el plástico y lo agujereó a la altura de los 850 litros. En la próxima carga, a tanque lleno, los cincuenta últimos litros escaparían a tenue chorrito por el orificio. Que los mochufas se encontraran el piso encharcado de peligro marrón sin saber qué pasaba. Que clausuraran la instalación y que se comieran el frío, que eso les espabilaría.

Inoculaba una infección latente. Una sífilis dormida, una aluminosis invisible. Nada de emprenderla a garrotazos. Es lo que habría hecho un infeliz inconsciente, provocando la angustiosa llamada de Joaquí a la fuerza policial (la misma que Manuel debía evitar). No hubo fuero para golpes, cuchilladas, cajones abiertos, cortinas arrancadas ni barrabasadas consabidas. Habría sido, sobre todo, poco dañino, por mucho quebranto que Manuel hubiera infligido a la pata de la mesa y al cristal de la tele. Niñerías, comparadas con las florituras de jodedura que Manuel llevaba preparadas. Y que no levantaban la liebre ni ponían las alarmas a chillar para que el quiñón se presentara en Zarzahuriel. No se lio a romper ni a desgarrar. En fin, no cagó en una alfombra a modo de firma, como es habitual en los allanamientos de este cuño.

Las suyas eran tácticas de destrucción retardada y de efecto postergado, que convertían la casa en una selva sin que se pudiera atinar a saber por qué. ¿Por maldición? ¿Por sortilegio? Como quisieran. Pero que se les quitaran las ganas de venir, merced a la agresión programada, la razia en diferido, la teleputada aplazada de calendario corrido, la mecha de retardo y la bombas con temporizador. Mediante misiles tierra-tierra para que todo saliera volando por los aires-aires.

Buscaba la dispersión cronológica de los efectos, para granearlos a lo largo del tiempo y para que no se percibieran como actuación premeditada. Las minas estaban escondidas, explotarían sin ruido. Parecerían casualidad, o producto de descuidos globales, de desidias continuas, y nunca de alevosa mano humana. Eran creación de autor tan indeterminado que no denotaban autoría. Que era precisamente lo que le interesaba a su autor, un perpetrador de cuya existencia ni se tenía noticia. Nada revelaba la intervención de un actante: nada de derribos, nada de anónimos, nada de golpes, nada de pintadas ni de huellas de intencionalidad. Nada a la vista. Todo, como inducido por la brujería.

Los materiales para la ejecución de la teleagresión eran de sencillez apabullante: herramientas simples, compuestos insignificantes, residuos para la basura. Útiles y pertrechos presentes en todo hogar. Solo operó con trastos sin valor que me había ido encargando en el Lidl, inofensivos utensilios, aperos y sustancias (transformadas en *armas*) que estaban en cualquier casa. Incluso en la de este, en la que no había de nada. Es cierto que algunos elementos de ataque fueron prestados por los propios mochufas, lo que daba mucho gustito al verlos colaborando. Pero fuera de eso, solo precisó de objetos y preparados comunes para perpetrar su ofensiva. Más su famoso destornillador. El que llevaba encima desde siempre, su verdadera varita mágica.

En la casa no quedaría indicio alguno del intruso. Creo imposible que Manuel, exacto como un escalímetro, dejara rastro alguno. Pero incluso en el caso de que hubiera roto algo fortuitamente, la cosa quedaría en nada. Joaquín se encontraría el añico y levantaría rebato la impresionable chillona. Pero se aquietaría en cuanto examinara la casa y la comprobara entera, con todo en su sitio. La avería habría sido quizá contubernio del viento, de la lechuza ciega

al choque, del puma ibérico a la carrera, de cualquier acometida propia de estos cuadrantes aselvajados. Achacaría la rotura a la inopinada Naturaleza, a los últimos invitados, al azar caprichoso. Eso tenía de bueno que Manuel no hubiera dado antes señal de su existencia.

21

Continuó por subir al piso superior. Donde le recibieron sus dos baños. Desenroscó la boca de varios grifos de los lavabos. Dentro de unos caños metió un trocito de jabón. Dentro de otros colocó escamas del enlucido cuarteado de su casa («estas son aguas calizas», aduciría quizá un ingenuo). Cuando los papás prohibieran beber el agua de la cocina, que sabría a caballa, se encontrarían con el gusto a bañera y a tabique.

Se llevó una selección literaria de los ocho o diez títulos más aburridos de la colección Austral. Echó dos al váter. De a poco, por cuadernillos, para que fueran bajando y quedaran sin asomar. Arrojó también alguna piedra, para ayudar. En el campo dadivoso no faltaban.

Introdujo un clavo largo de los de su artesa de quincalla por el desagüe de la bañera, hasta que lo sintió topando. Golpeó su cabeza con el cogote de su *tomahawk*. No podía confirmar la dimensión de la mella que hizo en el interior de la cañería. Pero a juzgar por el ruido, sí abrió fisura discreta. El agua que se filtrara a gotitas por la tubería se significaría en el techo del salón días o semanas más tarde, según la anchura de la grieta nueva. Lo haría primero con la vanguardia de sus olores de agua estancada, abriría el fuego con la infantería de sus manchones con forma de huevo frito y lanzaría al fin la artillería de sus desprendimientos de yeso y la caballería de sus chorreos a goterón.

Accedió a los dormitorios. En varios de ellos había cómodas para guardar la ropa de cama. Con el cúter trazó breves cortes en las sábanas. El tiempo y las medidas de pata los convertirían en grandes sietes y en mayores setenta y

sietes.

Cuando llevan una semana cascados, los huevos no huelen precisamente a tortilla de patatas recién hecha. Manuel batió diez someramente y los derramó sobre la tabla superior de varios armarios roperos. Quedaron los muebles barnizados a corto plazo y pestilentes a largo. También vertió el batido por detrás de los radiadores, recogiendo después lo que escurrió al suelo para que no se viera. Por el calor, esta laca fétida sería de efecto más acelerado.

Salió al balcón del dormitorio principal y aflojó los anclajes de la barandilla. Había que ser muy zote para no notarla medio suelta y no alejarse de ella, en evitación de caídas. Pero los mochufas reunían cualidades.

Introdujo palitos de madera de un *manuelómetro* de longitud en los agujeros de los enchufes de pared que fue encontrando, para que se volviera loco el usuario al ir a meter clavijas. Le gustaba pensar que el viejo manitas del taladro lijador se arrancaba a la reparación y acababa sacudido a latigazos.

Desprecintó con unos alicates el contador de la luz, y que se entendieran ellos con la compañía.

Hizo buen uso del pegamento para capturar ratones que le remití por SEUR en agosto, cuando estaba casi recién llegado. La cola de cazar bichos no pierde en meses su potencia adhesiva, y no hay quien se la quite de los dedos. Dejó pegotitos, escondidos a la vista, por tiradores, manillares y grifos, y en los ojales y en los bolsillos de varios abrigos. Gastó casi todo el tubo, porque a los ratoncitos de campo ya se había acostumbrado. Aún le quedaba otro, nuevo.

Se comió de golpe cinco chicles de aquellos que le mandé para alegrarle cuando lo imaginaba sufriendo la soledad. Insertó pizquitas del dulce en las cerraduras con las que se iba topando, presto a endurecer y bien remetido para que no se viera. O para que no lo vieran unos torpes como estos.

Sumergió en agua los cargadores de móvil supletorios que encontró, depositados en Zarzahuriel por si sus dueños olvidaban en Madrid los de uso habitual. Los secó por fuera con mimo.

Luego subió al tejado. Removió dos docenas de tejas para que el otoño lluvioso y el invierno nivoso hicieran de las suyas. Condénó la chimenea desde el exterior, con la pelota de bolsas del Lidl y del Pryca que se le

amontonaban sobrantes y con las que nunca supo qué hacer. Baqueteó la bola para que quedaran embutidas. En el hueco abierto al atacarla metió más plásticos, de los de su fondo de residuos inorgánicos sin destino claro.

Se fue al canalón. Introdujo por la boca de la bajante más libros de los que no le habían seducido. La lluvia que el tejado recogiera iría convirtiendo el papel en plastón dentro del gznate de la tubería sin que nadie lo pudiera ver. Formaría una pasta-bola que a la cañería le provocaría arcadas, y por la que vomitaría todo el agua que pretendiera tragar.

Volvió a tierra firme. En el patio vertió sal común, la de enjuagarse los dientes, sobre las cretinas plantas con tiesto que les habían vendido en una gran superficie. Nadie les hacía caso, como si las hubieran comprado por obligación. A esta flora había que hacerle el favor de suicidaría.

Llevaba frascos de cristal sin tapa. Buscó una toalla en el cuarto de baño de abajo, colocó los tarros sobre ella e hizo hatillo. Lo golpeó contra el suelo varias veces. Los frascos se quebraron en mil añicos menuditos. Salió al patio en el que los niños jugaban al fútbol y sacudió la toalla sobre la hierba, sembrándola de vidrio.

Volvió al baño para restituirla al toallero, con su invisible polvo de cristal adherido prometiendo nuevos perjuicios. Ya abandonaba el aseo cuando reparó en un objeto que no había visto antes. Se trataba de un portarrollos para papel de váter. Llevaba una resistencia en su interior. Se accionaba mediante un interruptor, y el invento dispensaba el papel higiénico a la temperatura del cuerpo humano. Se quedó mirándolo como bobo. Pero lo dejó estar.

Dio por terminada la visita. Se empezó a ir. Mira si Manuel no podría haber aprovechado el viaje para secuestrar comida, o ropa blanca, o menaje. O para montarse una ñapa de esas suyas de manitas, del tipo de darle la vuelta a un enchufe y meter más potencia de corriente en su casa. Ni se le pasó por la cabeza. Él ya tenía de todo sin necesidad de más.

Antes que eso, sintió una profunda alegría por haber cumplido con la gran máxima estratégica: media victoria es que el enemigo no sepa que tú lo eres suyo. Y victoria entera es que el enemigo no sepa ni siquiera que tú existes.

Era otoño. Ese miércoles de operaciones, las golondrinas de los nidos destruidos no estarían en Zarzahuriel. Habrían emigrado. Ojalá en primavera,

a su regreso, las especies no migratorias les contarán las trafilgadas que había organizado allí el muchacho de la casa de al lado. A suerte de venganza.

Manuel pegó una última pasada por la residencia para asegurarse de que no dejaba indicio alguno de su estadía. La miró sin la premura del trabajo, deteniéndose en avistar cómo eran las regiones mochufas de interior. Se encontró con basureces de sarnosuelos comatosos, mierdigones para escopetas de culazo y coñón. Entre ellas, sus libros. Literatura para San Valentín, artefactos escritos por *negros* y firmados por estrellas de la tele, la autoayuda que tan poco los ayudaba, los extraterrestres entremetidos entre San Juan y los incas, marcianos y psicofonías. Los anaqueles consabidos de los derretidos que se habrían inflado a libros de caballerías en el siglo XVI.

Acaso un día comenzaran a sentir los efectos de las minas que Manuel acababa de plantar. Entonces estos tontiscolios de lo paranormal achacarían los fenómenos a una maldición mágica, a un aciago espíritu que campaba por la casa gafándola por mor de un maleficio antiguo, rural, espectral y enquistado. La cosa es encontrar explicación a lo que pasa, aunque sea pidiendo respuesta a la ultratumba. Y luego resulta que las hechicerías no son más que las cabronetas de un vecino inquieto que de aparecido no tiene nada, que camina con dos piernas y que se agencia un limpiaparabrisas de coche para rascarse la espalda cuando le pica.

Había cristos de ojos claros y virgencitas con aires de folklóricas por los pasillos y las habitaciones. También cruces y medallas sacras, reunidas por una comandita que jamás dedicó un minuto a santificar un domingo. Si alguien lo podía confirmar, ese era Manuel (fuera del Dios omnímodo al que no hacían caso más que para decorar las paredes). Ser católico para no cumplir, profesar la fe de Roma y vivir en pecado mortal. Era una de estas incoherencias en lo trascendente de las que se nutre el chapapote de imbecilidad destilada en el que uno tiene la impresión de navegar cuando se cruza con los apostólicos de boquilla.

Las estanterías del salón estaban repletas de recuerditos provinciales con referencias genitales, y muchas fotos de familia. Destacaba la de Joaquín en Pisa, sujetando la torre con una mano. Ya está. La mochufada pura, la cédula internacional de turismo chancro. Habrá quien se la haya sacado igual y esté leyendo esto. Vaya, lo siento mucho si te he ofendido. Pero a mí no me

toques.

Manuel salió de la casa. Dejó las llaves en el buzón y se volvió a su cubil. Se aseó para calmar los nervios, sin jabón como siempre. Leyó un poco a luz dada, que aún era miércoles y todavía podía permitirse ese lujo.

22

Transcurrió el jueves, con su zafarrancho semanal contratado. Todavía era pronto para esperar signos patentes de unas preparaciones concebidas para estallar con mecha lenta. Pero se acercaba el viernes con nuevas emociones. Cuando volvieran, Manuel podría atribuir a sus cepos todos los chillidos que oyera durante el fin de semana. Así los soportaría mejor.

Llegó La Mochufa a las seis del día de costumbre. El domingo se marcharon. Manuel no notó nada. Muy bien la incursión de la bolsa de rafia. Muy bonita. Pero estaba claro que la ofensiva lanzada no dejaba consecuencias concretas a la vista.

Se habrían quedado sin microondas ese fin de semana, y habrían bebido sopicaldo y batido de pared al tomar lo que salía del grifo. Pero faltaban días para las acometidas buenas, para que los gérmenes malolientes colonizaran las entrañas chacineras y la leche de la vaca, y para que la chimenea cegada les llenara la casa de humo. Quedaban semanas para que el camión del gasóleo vertiera su zumo al suelo a través del agujerillo del tanque de combustible, y para que los dedos de los pies desnudos rasgaran las sábanas al meterse en la cama. Restaban meses para que un plafón de humedad les decorara el techo del salón, y para que la hidroeléctrica les denunciara por la culposa remoción del santo precinto. Mediaba hasta la llegada del verano, nada menos, para que los nenes volvieran a jugar descalzos en el patio, con sus plantas al encuentro del vidrio. Casi todo iba demorado.

Y aunque el desfile de eventos se celebrara esa misma tarde, de nada sería Manuel testigo. Ya se había perdido ese viernes las muecas de asco ante el

grifo y las de inquietud ante unos electrodomésticos divorciados de sus circuitos. Fuera de desquitarse un poco y de dar cauce a la ira, Manuel notaba que sus envenenamientos no iban a revolucionar el mundo. Eso era lo peor. Que nada de lo tendido implicaba apartar de sí este cáliz. Que ninguna de aquellas inocentes calamidades, tan leves, sacaría a los túfidos de Zarzahuriel.

Era miércoles de nuevo. Amaneció mañana muy fría a la sombra y muy amena al sol, como suele ocurrir en los días despejados del otoño en el interior ibérico. Le turbaba la inutilidad de lo que había cumplimentado, y la nula incidencia sobre su apaciguamiento. Vaya pérdida de tiempo. Cuántas casillas había avanzado. Ninguna. Salió al patio y se arrimó al sol, que disolvía el frío como una estufa pública colocada por la diputación provincial dentro del ámbito de sus competencias. El calor en los huesos se le asoció a la memoria. Le ocurría desde hacía ya una semana. En cuanto sentía una brizna de calorcillo se acordaba de lo que había visto en el cuarto de baño de la casa azulada, cuando fue a devolver la toalla de los cristales. El portarrollos de la resistencia. Lo del portarrollos calefactado. El asunto del portarrollos climatizado. El portarrollos aquel. No se le iba de la cabeza. Era rememorar la estupidez del artilugio y brotarle rizomas en los nervios raquídeos, y desazonarse, y reafirmarse en que con sus trampitas se estaba quedando absurdamente corto.

Se metió en casa de un salto. Tomó algunas cosas, bastantes menos en esta ocasión. Se fue al buzón de la casa mochufa, volvió a desatornillarlo, a voltearlo para que escupiera las llaves y a atornillarlo de nuevo. Entró por segunda vez en una semana. Se dirigió de cosa hecha al cuarto de la caldera. Esta vez no atendió al depósito. Se fue a la propia máquina. Retiró su tapa frontal. Luego, la de la carcasa de protección del quemador. Como en la noche del secuestro del panel solar, el ingeniero encontraba más campo profesional en núcleos deshabitados que en Madrid.

Compuso lo que sería su detonador. Insertó cuatro cerillas de culo por la boca del tubo de pegamento para ratones que aún le quedaba entero. Es tan inflamable como todos los adhesivos, pero no se evapora ni se seca. Los fósforos asomaban sus cabezas por fuera del envase de plástico. Tomó una tira de cinta aislante, la que le mandé en su día y que tanto juego daba. Con

ella fijó el tubo armado al vaso de combustión del quemador, con las cerillas a un centímetro del metal. En uno de los conductos de gasóleo trazó una fisura minúscula con su cuchillo de sierra. Una rajita de un milímetro, apenas suficiente para que el líquido exudara.

Sacó el otro tubo de pegamento, el que ya casi estaba en las últimas. Con lo que le quedaba de él, tiró un cordón entre el detonador de las cerillas y la cánula recién perforada. Luego atornilló de nuevo las tapas con su herramienta favorita. Lo dejó todo, al menos por fuera, como lo encontró.

Era noviembre, con temperaturas en descenso progresivo hacia los valles de enero. A la caldera se le exigiría cada vez mayor esfuerzo para mantener los 25 grados que Joaquí debía de considerar como cota aceptable de confort. A la llegada del frío, la máquina habría de quemar más gasóleo y durante lapsos de tiempo más prolongados. Cuando el aparato tuviera que salvar una diferencia térmica significativa entre la temperatura exterior y la que Joaquí demandaba desde su móvil, las cerillas entrarían en potencialidad de arder por contagio térmico del quemador a rendimiento alto.

Manuel calculó que el bajo cero en el campo zarzahurielero, más Joaquí toqueteando teclas, devendría en la expansión del calor, en la chispa creadora y en el contagio incandescente del pegamento. El fuego correría hasta el gasóleo del conducto llagado a través del hilo de cola que los conectaba. Allí crecería. La proximidad del depósito de combustible haría el resto. A no ser que el verano eterno se instalara en la península, Manuel acababa de plantar semillas de fuego en la casa azulada. Como cuando plantó las calabazas que hubo de arrancar, anaranjadas y luminosas como llamas.

El tanque de gasóleo estaba por debajo de la mitad. Era demasiado líquido aún, suficiente como para incendiar medio Zarzahuriel. Pero el volumen bajaría rápido, en una comunidad familiar en la que todo eran necesidades caloríficas. Al ritmo que llevaban, el incendio se circunscribiría a la casa azulada.

El cuarto de la instalación estaba muy alejado de los dominios de Manuel. Pero si el fuego saltaba a su cueva, él lo tomaría como un mal menor.

Los mochufas siempre encendían la caldera con varias horas de antelación sobre su llegada. Con lo que en caso de siniestro no habría que lamentar desgracias personales. Que tampoco era cosa de cremar a nadie.

Se volvió para su casa, dejando las llaves en el buzón para que mañana el servicio las encontrara en su sitio.

Durmió, amaneció. Era jueves. Por la tarde, tras comprobar que no había nadie rondando, decidió cortar algo de leña. Como el trabajo con los guiris, como el arreglo de su hogar, esta maderera era actividad que tenía descuidada, porque la vida en comunidad le había quitado las ganas de hacer nada. Aquel día reunió ánimo después de merendar sopas de leche. Tomó el hacha y empezó a trocear un leño en la cocina. Y pensaba. Como llevaba pensando desde el día anterior, el de la caldera.

Le reconcomía la idea de que estuviera extralimitándose con lo que había hecho. Pero lo cierto era que de sus dos expediciones, era la segunda la que le sabía a algo, a una inducción que sí ponía las cosas interesantes. Eso era actuar, pero actuar. A los zombis no se les vencería con contratiempos mustios más o menos tolerables y resolubles. Había hecho bien.

Entonces se mecía en la ensoñación de que el ama jerarca, sin saber lo que se le venía encima, tañía su móvil, dirigiendo su música a la platea del cuarto de la caldera. La chispa eclosionaba en llama, la llama medraba, formaba familia, envolvía cosas, se amorraaba al *¡Hola!*, a los utilistrajos de la teletienda, a las bolsitas de las cacas del perro, al robot de cocina con el que nunca cocinaban. En este punto, Manuel volvía a la convicción de que el aparejo inflamador estaba bien como estaba.

La pega era que le volvía a dar por pensar que se había excedido con lo del lanzallamas. Y aquí su fantaseo cambiaba de dirección. No sabía si se estaba pasando. Le entraban remordimientos. Rescataba la opción de esperar al lunes, ganar el cuarto de la caldera, desarmar la compostura y dar al pegamento su uso ordinario. Le volvían los deseos de desmontar un cacao criminoso y acaso desproporcionado.

Pero se acordaba de la biblioteca mochufa, de su religiosidad ficticia, del griterío y la telebasura, se acordaba del maldito, del maldito portarrollos, y sentía deseos de volver al cuarto de calderas, arrimar la espoleta para estrechar el decalaje térmico y reducir el consiguiente tiempo de espera hasta que llegaran los fríos rigurosos. Se le difuminaban los resquemores. Solo hasta que le volvían a aparecer.

En estas se debatía, dale y frena, cotejando pros y contras. Se le instalaba

en el brazo el ímpetu de la indecisión, por canalizar las dudas que le ocupaban. Al ir a descargar un golpe de hacha, alguien abrió la puerta de la cocina. Con la herramienta en el aire y la corteza esperándola, Manuel giró el cuello y la vio.

Era Joaqui, penetrando temerosa en la casa anexa a la suya al oír ruidos dentro. Era jueves, qué hacía allí, cómo no la había oído, qué estaba pasando.

El susto le trastocó. El impacto que llevaba cargado en el brazo desvió su trayectoria, y el *tomahawk* acabó violentamente en su peroné derecho. Llegó con fuerza, con el vigor que llevaba impreso para sacar una buena lasca al leño. Se hachó la cachava, se taló la extrema. El tajo lo horrorizó. Tuvo que ser espantoso aquello, con desgarradura muscular y fractura ósea. A mitad de la pantorrilla le surgió un ángulo nuevo que nunca había estado allí. La pata se le parecía a la caja esa segmentada de las raíces cuadradas. Se tragó la garganta, se mordió la muela.

Y Joaqui, delante, recién llegada. Ella ya traía el miedo, pero el traumatismo se lo multiplicó, entre el grito de tres tonos escalados que pegó el herido.

Siempre tuvimos previsto qué hacer en caso de percance grave, como lo era este. Manuel pediría auxilio con su teléfono, infringiendo su ley de silencio. O me llamaría a mí. Buscaría yo ayuda entre alguien que me trasladara, quien fuera, aceptando que irremediablemente rompíamos el secreto del topo metiendo en él a un tercero. Manuel tendría que aguantar no sé cuántas horas más, mientras yo llegaba. Las habría soportado. Pero ya no había tiempo ni ocasión para tanto. No pudo declinar la asistencia de Joaqui, que por otro lado necesitaba urgentemente.

Venían con la mujer dos hijas, un yerno, unos cuantos, como cinco o seis. Fueron invadiendo la casa de Manuel. Le miraban los mirados, lo observaban por vez primera a pupila coincidente. De cerca empeoraban. Habían llegado en varios coches que podían transportar al talado. Pero Joaqui regateó el auxilio y llamó a una ambulancia. Dijo algo sobre que habían comprado un besugo para asarlo esa noche y que si lo dejaban para mañana se les iba a poner malo. El vehículo médico, ahora bien, aún se demoraría media hora. Manuel tampoco podía echarle en cara a Joaqui que ella remoloneara a la hora de prestar su transporte, después de que había plagado de trampas su

casa. Pero era verdad que esta tía debía de ser una porcuna de las de hacer chopped del malo y cortezas de las de ardor de estómago. Ojalá un día se convirtiera la gluteúda en una zombi de verdad, exhumada con sus purulencias reales, no metafóricas, y le prestaran a ella el mismo socorro racaneado.

A Manuel le anudaron una camiseta en la sajadura para contener la sangría. La ambulancia tardaría un rato en llegar. Tiempo que hubo que llenar departiendo. Cuesta imaginar a Manuel tratando con cualquiera. Pero más con la gobernadora del Zarzahuriel de nuevo cuño y una representación de su congreso. Y él, a pata suelta, a pierna sangrante, a pernera colorada. Hablaron de lo que pudieron, que si es mejor no moverse, que si dónde tienes ropa limpia para llevártela al hospital, que si a ver si vienen ya los enfermeros, que si te duele, que si quieres tengo *Reflex* en casa. Atiesa suponer a Joaqui preguntándose de dónde salía aquel adán, depositado de vecino como si lo hubieran lanzado en paracaídas con un hacha en la mano.

Joaqui proclamó que el herido necesitaría su documentación, porque se la iban a pedir en cuanto llegara al hospital. Por qué no se callaría. Duele pensar en cómo Manuel trató de esconderla y negarla, consciente de que ahora sus papeles quedaban transmutados en tarjeta de embarque a prisión. Pretendió torpemente que no recordaba dónde la había dejado. Se pusieron todos a buscarla. En casa tan desangelada, viuda y huérfana de atrezo, dieron con ella enseguida. Estaba en un cajón, dentro de la cartera arrinconada desde hacía más de un año, con el carné de conducir y los setenta y cinco euros que llevaba encima el día de su evaporación. Su móvil, como siempre, ya estaba en un bolsillo de su chaquetón eterno.

La pata dolía, asustaba el rojo líquido pastoso sobre la ropa conocida. Pero poca cosa comparada con la tortura achicharrada que le suministraba el ir pensando en la identificación que le iban a obligar a dar en el hospital en plazo hartito breve.

Le iban a dar de alta en Urgencias. Le iban a exigir una ristra de datos personales que lo acorralarían en cuanto tramitaran su ingreso. Al oculto le iban a anotar la filiación, la identidad, la letrita del NIF, el número de registro, el Rh y el mapa del genoma. Iba a tener que cantar números como para una lotería. Si le estaban buscando, ya le habían encontrado. Habría

echado a correr. Pero tenía la pierna como para carreras, o como para defenderse a patadones de la fuerza de orden público. Manuel estaba poco menos que entregando la capitulación, ya con las manos arriba.

La ambulancia llegó a Zarzahuriel. El personal sanitario inmovilizó al accidentado, echó el candado de la casa y salió para T., el municipio con dotación hospitalaria más cercano. Joaqui no se olvidó de entregarles la cartera del paciente.

Llegaron. Su documentación quedó retenida en oficinas para rellenar su ficha. Lo metieron directo al quirófano. Al parecer, la enfermera no puso mucha cara de asco cuando desnudó al Manuel que había renunciado al jabón. Lo que confirmaría que la proscripción del producto no solo no fomenta el olor corporal sino que lo evita.

Le operaron el peroné y le escayolaron. El corte era de los feos, lo que determinó su permanencia en el centro durante un par de días o tres. Le asignaron habitación.

Yo llevaba un día sin saber de él, que no pudo atender mi llamada cotidiana por razones obvias. Al fin me cogió el teléfono. Rasgué a llorar en cuanto me contó todo. No por la fractura ni por la sangre. Sino porque sentí que todas mis cautelas para esconderlo se habían saldado en amargo fracaso, con lo que me las trabajé. Todo gracias a la gafe de la Joaqui y a los cargantes que capitaneaba. Unos zombis con una capacidad de conjuro tal que podían convertir en enemiga el hacha amiga de Manuel. Eran las hebras de filete que hay que extraer de entre los dientes porque si no carian la boca. Había que huir de ellos, separarlos de uno, obstaculizar su contacto por llano sentido de la conservación, como Manuel proclamó en su momento. Ya era tarde.

Le comuniqué mi intención de coger el primer tren o autobús que me acercara a T. Pero él me pidió que no. Que en vez de a viajar, dedicara las horas y las fuerzas a buscar un abogado. Que le urgía empezar a trazar un plan de defensa. Tenía razón. Me puse esa misma tarde. Mal segmento, la tarde del viernes, para buscar juristas.

En tinglado de llamadas, con escasa respuesta, recibí una cuyo número emisor no me sonaba de nada. Era normal, porque andaba de indagaciones. Respondí, esperanzado de encontrar un letrado dispuesto a atenderme. Al descolgar con el dedo me dio por ponerme en lo peor, pensando entre mí que,

en horas de tal incertidumbre jurídica y policial, quizá la llamada no era para ayudar. Pero no se trataba de ningún oficial de justicia ni de ningún guardia. Sino de Joaquín, nada menos.

23

Se presentó. Me explicó que tenía mi teléfono porque el día del hachazo se había ofrecido a llamar a quien hubiera que avisar del suceso. Manuel le tendió su móvil *tonto*, donde figuraba mi número (solo figuraba ese, de hecho). Lo grabó en su terminal para contactarme enseguida. En esas llegó la ambulancia y Joaqui postergó la llamada porque entonces hubo de ocuparse de atenderlos, primero, y de cocinar el besugo, después.

A un día vista, ya no tenía sentido que me llamara para contarme una noticia pasada de fecha. Ella ya debía de dar por hecho que el herido, ya más repuesto, se habría ocupado por sí mismo de comunicar con sus allegados. Quiso simular que telefoneaba para interesarse por el estado de salud de Manuel. Pero estaba muy claro que lo hacía para averiguar quién era el nada acicalado intruso que cortaba leña junto a su casa y del que no tenía referencia ninguna.

Virtualmente, Manuel estaba ya ante el juez. Era penoso verse obligado a aparentar normalidad y a callarse todo lo que tenía encima, mientras sus datos personales corrían por la fibra de ministerio en ministerio. Pero había que fingir y actuar como si todo discurriera por los cauces de lo común, lo ordinario y lo regular.

Como previ, la mujer preguntó con una fórmula poco expeditiva que no dejara traslucir su inquietud.

—Qué lástima de chico, qué mal lo pasó. ¿Quién es?

Intentando aparentar naturalidad, hice lo que pude. Empecé por las verdades. Que era mi sobrino, que se llamaba tal, que era de Madrid.

Mientras tanto, pergeñaba una respuesta plausible a la pregunta que caería antes o después. Que qué hacía allí aquel menda.

Diría que estaba de excursión, que iba recorriendo pueblos abandonados para escribir sobre el tema en la sección de viajes de un periódico.

Joaqui continuó por donde se lo anticipé. Se creía que no se le notaban los rodeos de aproximación.

—Qué sorpresa encontrarse a alguien en Zarzahuriel. ¿Qué estaba, de paso?

Mira que llevaba la explicación preparada, y que solo tenía que darle curso. No lo conseguí. Me dejé llevar por el amor al predio que Manuel me había contagiado. No me aguanté las ganas de decir una gran mentira que tenía mucho de verdad.

—No. La casa es suya.

Poco me faltó para apostillar con un «mucho más suya es su casa que tuya la tuya, eczema».

Seguí por la senda de una invención cuya maraña ya tendría tiempo de desliar a base de más fabulación. Quizá la estaba cagando, pero ya no quedaba más remedio que seguir raíl. Tiré por unas patrañas que retrotraían a la noche de los tiempos.

—Era de su abuelo materno, que ya murió. La casa llevaba años cerrada.

Estaba jugando a mi contra, porque era mentira. Pero todas las explicaciones que podía dar lo eran. Envidé, obligado a confiar en que Joaqui no se iría al Registro de la Propiedad a comprobar titularidades. A mi favor, el relámpago de memoria que vino en mi ayuda: ni ella ni sus ancestros eran de Zarzahuriel.

El primer día que Manuel la vio venía con un tío de una inmobiliaria. Eso restringía las posibilidades de que ella me cazara en falsedad, y de que me saliera negando la mayor porque la vivienda en cuestión era de un señor que había estado en su comunión en 1962. Una vez elegida la ruta de la trola, no me quedó más remedio que encomendarme a la fortuna y apostar todas mis fichas.

Organicé en la cabeza una componenda de barullos ancestrales y herencias arrumbadas, con sobrinos, nueras y biznietos esparcidos por el orbe, todos a trasmano, pasando unos de todo y codiciándolo todo otros.

Conté el asunto mal aposta para que se le quitaran las ganas al más pintado de meterse a investigaciones. Lo importante era que Joaqui nos diera un respiro.

La cosa iba medio bien. Había que remachar. Aporté las explicaciones que Joaqui me iba a pedir subrepticamente. Y antes de que me las solicitara, para ganar en verosimilitud.

—Ha sido su primera visita a Zarzahuriel, vaya debut —para acreditar por qué no habían coincidido antes con él.

—Trabaja en fin de semana —para acreditar qué hacía Manuel un jueves en el campo.

—Le llevé yo el martes a Zarzahuriel, con la idea de recogerle el viernes para que llegara a tiempo a trabajar —para acreditar por qué no había más automóvil en las inmediaciones que el desfondado del cobertizo, que quién iba a haber viajado en eso.

—Qué bien que estén ustedes en la casa de al lado, que aquello está muy solitario —para acreditar que se alegraba mucho de tener vecinos; y la boca me ardía.

—Cómo mola el campo, que vas con las pintas que quieres y nadie te dice nada —para acreditar la indumentaria deplorable con la que Joaqui debió de encontrarle.

El día del hachazo, ella tuvo que ver que en la casa de Manuel había un cierto volumen de pertenencias. Quizá demasiadas para un sujeto que solo había ido allí a pasar de martes a viernes. Luego caí en la cuenta de que tampoco vería más efectos personales que los que Manuel había acumulado en meses, pero en meses de poqueza supina. Que serían más o menos los que un tipo normal se llevaría para media semana. Me quedé tranquilo.

No hablamos mucho más. Colgamos deseándonos lo mejor. Y sin saber yo si le había convencido con mis bolas o si había quedado como un idiota diplomado. Era el colmo, quedar como un idiota delante de la zarina de los chupaflautas.

El sábado por la mañana, tras treinta y seis horas de hospital, a día y medio de revelar quién era, la autoridad seguía sin comparecer. Manuel se barruntaba que la policía había postergado su detención durante los dos primeros días de cuidados por mera piedad hacia el lisiado, por elemental misericordia, para que no se le sublimara el disgusto en las células óseas y se

le quedara la pierna con forma de M para toda la vida. Pero ya le daban el alta a las dos y seguía sin advertir voluntad de arresto, incriminación o imputación.

Yo por mi parte me apresuré a darle cuenta punto por punto de mi conversación con Joaquí. Él, más preocupado por su detención (a efectuar en pijama) que por sus vecinos, tenía a La Mochufa medio olvidada. La retomó en su cabeza tras hablar conmigo, tumbado en la cama del sistema público de salud.

Si al fin le cargaban de cadenas por lo ocurrido aquella tarde de verano en la calle Montera, ya no tenía sentido darle más vueltas ni a los vecinos ni a nada. Cambiaría Zarzahuriel por la tutela del Estado, y a morir.

Parecía sin embargo que los garantes de las libertades ciudadanas no se decidían a abordarle. Eso abría una posibilidad remota de que volviera a la aldea de sus felices afanes y de su mítica íntima. Pero con un baldón categórico y tajante.

Tras el episodio del hachazo, los mochufas ya se habían presentado. Roto ya el hielo, le llegarían a renglón seguido con la botella de vino de confraternización. Y luego, a convivir pegado a ellos. Hola, vecino. ¿Qué tal la pierna? Hola, vecino. ¿Podrías recibir hoy a una familia muy maja que va a la casa, que nosotros no podemos llegar hasta la tarde? Hola, vecino. Ven a tomar una copa y a ponerte este gorro de Papá Noel, que es Navidad. Hola, vecino. A ver si podías cuidarme hoy a los niños, que queremos entrefollarnos hasta la hora de la cena. Hola, vecino. ¿Qué dices de que mis niños no griten? De eso nada. No vamos a hipotecar su desarrollo emocional.

En la práctica, siguiendo mentalmente el devenir anticipativo del cauce que las cosas tomarían, haber hablado con ellos significaba *de facto* ponerse a vivir con ellos. Abriéndose el peroné, le había abierto la puerta a la manada de zombis. Algo mucho peor que la amenaza penal. La cual, por alguna razón, seguía sin concretarse.

Bien era verdad que Joaquí no había demostrado gran empatía cuando se negó a llevarlo en su coche al hospital. Pero tampoco podía él exigirla, después de extender por su casa el manto de la calamidad con sus caldos de pescado, sus riegos de vidrio y sus tapones de pasta de papel. Lo cierto era que gracias a ella estaba él atendido en condiciones y sin demasiado calvario.

El agradecimiento le hacía replantearse a Manuel su talante. Joaquí le había metido en una bolsa del Lidl la ropa para unos días, el cepillo de dientes, esas cosas. Era como para reconocérselo.

Entonces se acordó de su granada a gasóleo. Hacía solo tres días que había modificado el calentador, pero le parecía que aquello había ocurrido un año atrás. Cuando rememoraba el auxilio proveído por Joaquí consideraba si con su bomba no se estaba tirando por un derrotero desaforado y saltado de medida. Manuel daba entrada al impulso de desbaratar el plan, por un sentimiento de fraternidad, o porque volvía a sus cabales, o porque lo apaciguaban los calmantes que le habían obligado a tomarse.

Cavilaba sobre cómo podía hacer lo de deshacer para dejar deshecho lo hecho. Si la empleada de hogar seguía depositando las llaves en el buzón, él entraría sin más en jornada laborable y operaría para dejar los componentes como estaban antes de su manipulación. Pero era muy posible que Joaquí hubiera prohibido a la doméstica que depositara los hierros donde siempre, ahora que tenían por vecino a un desconocido cuyas referencias, las mías, quizá no habían convencido a nadie.

En ese caso, Manuel tendría que desmontar el dispositivo cuando la casa azulada estuviera ocupada. Se presentaría ante Joaquí un sábado y buscaría un pretexto para visitar el cuarto del calentador («¿Qué caldera tenéis, cuánto os rinde?»). Ahí se perdía. No sabía cómo seguir para poder quedarse solo ante la máquina. Imaginaba diálogos imposibles por inverosímiles. «Pues mira, Joaquí, te voy a toquetear un poco el quemador porque con un par de ajustes que me curre, el humo de escape te va a oler a sándalo». Sonaba del culo. No sabía cómo hacerlo. Ojalá las llaves siguieran en el buzón, y este, expugnable.

Manuel miraba por la ventana con alivio, porque aquel otoño no estaba siendo de rigores. Mientras no se presentaran las heladas, tiempo tendría de pensar en algo para abortar lo engendrado.

En esas andaba, reculando, cuando tocaron a la puerta de su habitación. «La policía judicial», pensó Manuel. Pero era Joaquí.

Algo querría, porque no se reconocía en ella a la persona que desvía su ruta habitual para girar visita al enfermo. Manuel hizo memoria de los informes sobre quién era él para Joaquí, según las falacias que yo le había

proporcionado a la mujer. Intercambiaron palabras sobre la evolución de la herida y entablaron diálogo.

A Manuel se le hacía difícil articular razonamientos verbales, a dieciséis meses de no hacerlo más que conmigo y a distancia. No contaban las parrafadas con los guiris, que siempre versaban sobre trivialidades y que cada vez se ceñían más a una plantilla temática tipificada. Se sobrepuso, no obstante, haciendo como que trababa amistosa charla, abierto y afable. Le salían solas la simpatía y la cercanía en el trato mientras estuviera de suplantador, así como echaba un poco para atrás cuando quería establecer vínculos verdaderos. Ya dije que no estaba hecho para las relaciones, por mucho que las deseara de joven. Bajo esta inspiración conversacional, Manuel pegó la hebra. A qué vendría esta.

Le comentó a Joaquí que le extrañó ver gente en Zarzahuriel a día laborable.

—Tenemos esa casa en el pueblo —explicó Joaquí—. Hemos estado yendo poco, solo los fines de semana. Nuestra idea ahora es ir más, también los días de diario. En Navidad la queremos armar buena.

A Manuel se le desalineaban los dos cachos de peroné dentro del yeso. Joaquí continuó su exposición.

—Ya que tenemos la casa, ¡la tendremos que disfrutar!

Manuel se interesó por su familia, como si no la tuviera mucho más estudiada que a la propia.

—Tengo muchos nietos. Son muy ricos, pero los veo muy parados. Ojalá se mostraran más expansivos, que pegaran más brincos, que no fueran tan callados. Les quiero empezar a organizar fiestas para que vengan sus amiguitos, que tienen muchos. Y que son más animados que ellos.

Hostiario de enloquecidos, pensó Manuel a boca abierta por el pasmo.

Ella le preguntó si estaba casado. Como ese aspecto no lo toqué en mis falsas notas sobre él, Manuel se lanzó a contar verdades, para no caer en ulteriores contradicciones. Dijo que no.

Le preguntó si tenía hijos. Contestó también que no, pero lo imagino diciéndose por dentro «Tengo uno. Yo mismo».

Con rotunda sorpresa, y por los derroteros que tomaban las palabras de Joaquí, Manuel iba percibiendo que ella sentía pena por él. Por no haber

alcanzado matrimonio, por no haber procreado, porque parecía no tener muchos amigos. A Manuel se le estaban reventando los vasos capilares.

—Tenemos no el derecho, sino la obligación, de aprender a ser felices.

Dicho esto, se quedó tan jamonuda. De cuál de sus cerdos libros de autoayuda habría sacado una cosa tan bonita.

Llegó para ella el momento de entrar en harina. Tras su conversación conmigo, y con los apuntes e impresiones que estaba recogiendo allí, Joaqui había recabado los datos que precisaba. Ya tenía organizada la línea de ataque. Faltaba culminar.

—¿Cuál es tu idea para la casa esa que has heredado?

Joaqui se había tragado las noticias espurias que le había facilitado yo sobre Manuel. Vaya con mi capacidad de verosimilitud. Lo malo era que había embrollado un lío de mentiras que a ver cómo desenredaba el heredero ficticio.

Manuel salió por donde pudo. Que si quería arreglarla un poco, tirar cosas, enganchar la luz. Lo que le sonaba que se decía en estos casos. A Joaqui le gustaba para sí la imagen de mujer negocianta. Arremetió.

—¿Y no has pensado en alquilarla?

Manuel hizo como que le dolía el hueso quebrado, para responder con chapúrreos que no le comprometieran. Joaqui tomó la palabra.

—Queremos juntar las dos casas. La nuestra, para nosotros. La tuya, si le quitamos la mugre, la queremos convertir en un centro de turismo, pero conectado con la naturaleza. Con alquiler de *quads*, deportes de aventura, juegos para los niños.

Manuel se miraba una uña del pie malo.

—Que total, tú no la quieres para nada. Que al principio bien, el campo, los pajaritos, tal. Pero luego, sin familia ni hijos ni amigos, aquello es una losa. Allí, estando solo te vas a aburrir, tanta soledad. Que Zarzahuriel, sin nadie, tiene que ser espantoso.

Manuel se miraba una uña del pie bueno.

—El dinero te va a venir muy bien. Que igual me equivoco, pero me da que vives *apuradillo*. Imagínate qué bien llevar una vida sin ahogos.

Siguieron unas inconcreciones por parte del enfermo tan difusas que ni él las recordaba luego.

—Alquílamela, venga. Zarzahuriel es gris, y tenemos que darle colorido entre todos.

Hacía gala de su convicción de que la configuración de la felicidad real era la suya, la de los crios berreando entre adminículos para papanatas incapaces de subir una persiana con la mano. Joaquui creía llevar la pujanza al tedio neolítico de Zarzahuriel.

Como Manuel no paraba de mirar a la sábana, Joaquui apretó. Con un ribete de enfado esta vez, porque no entendía no entusiasmar con sus propuestas.

—Mira. Si no nos la alquilas tú, cogemos otra en el pueblo. Pero el hotel lo vamos a montar sí o sí. Aprovechate y salimos todos ganando. O no te aproveches y quizá salgas perdiendo tú.

Joaqui le estaba informando de que se tenía que largar, porque desentonaba en el nuevo Zarzahuriel. Hablaba muy en serio, con una determinación irascible que movía a no contradecirla. Al fin, Manuel se acabó de posicionar.

Aceptó. Le rogó a Joaquui que no recurriera a amenazas, que no iban a hacer falta. Él veía que podía sacarse un dinero para él muy necesario, y gracias a una propuesta dinamizadora que contaba con todas sus simpatías. Miel sobre hojuelas. Joaquui manifestó su alegría por el sí. Luego habló Manuel.

—Claro, mujer. Me parece un proyecto muy interesante. Un proyecto pensado para *disfrutar*.

24

Cuando le vi aparecer en mi casa de Madrid entendí que se había decidido por dejar la bomba donde estaba. Tanto si le cazaban por lo del portal como si no.

Venía a esperar mientras el clima se arrugaba hacia el frío. Actuaba a espoleta cargada, limitándose a dejar que el tiempo (el cronológico, el climatológico) transcurriera. Cuanto más lejos estuviera de Zarzahuriel cuando la pira, menos sospechas levantaría.

Se vino en dos autobuses, el que le llevó desde T. a la capital de provincia y el que lo trajo desde allí a Madrid. Pagó los billetes con el dinero de mano que le di yo y el que llevaba él el día que se marchó del mundo, y que nunca había tocado. Viajaba hecho un astroso, arrastrando la escayola, tirando de muleta, con su ropa parda y sus pelos mal segados. En dos de las tres estaciones de paso le pidió la policía la documentación. Sin saberlo, los agentes le estaban ofreciendo gratis el improbable Servido de Información al Encausado. En ambos casos le salió negativo. Seguían sin requerirle ni prenderle.

Hacía cuatro cuatrimestres que no le veía. Cagalera lacrimal, eso sufrí en riada severa. No estaba flaco. Y si lo estaba no era por comer sus porquerías, sino por los últimos meses de socavaciones. Se instaló en mi casa, en la habitación estrechita y a trasmano en la que tramamos los planes de fuga.

Después de media semana de exposición pública, a la vista de todos y sin que el alguacilato viniera a pedirle cuentas, empezó a entender que el asunto del portal no había concretado persecución contra él. Pero quería asegurarse.

Un día se fue a un ministerio. Se registró en puerta, recorrió un pasillo y volvió a salir. Otra mañana se metió en un banco poco menos que con la identificación en la boca, fingiendo que le interesaba un plan de pensiones (qué cuatro hemisferios le iba a interesar).

En ninguno de los dos sitios hubo pegas. Operó con su nombre y su carné reales y no pasó nada, ni entonces ni en los días sucesivos. Hasta mayo de 2017 no supimos qué había ocurrido a partir del día de autos.

Mientras estuvo en Madrid, Joaquí llamó a Manuel varias veces. Él le había dado su número real para demostrar voluntad de formalizar el contrato de alquiler. Ella le instaba a cerrar la operación. Manuel respondía que sí, que venga, porque el arrendamiento le interesaba mucho. Que a ver si se reunían cuando volviera de su convalecencia en la finca de un amigo en, remachaba, Pola de Siero, Asturias. Que ella le creyera lejos de la casa que iba a flagrar.

A mí a ratos me gustaba imaginar cómo ardería la casa azulada, qué le vamos a hacer. Luego yo reulaba, escandalizado de mi propio gusto. Pero qué va, me veía deleitándome otra vez en cuanto me descuidaba un poco.

«En el pecado va la penitencia», tenía Manuel aprendido. A estos, la penitencia había que llevársela, no fueran a quedarse sin ella. Sería él quien se la acercaría raudo. No se dejaría vencer por la desidia a la hora de facilitarla, para exponerse a que luego le reclamaran porque por su culpa un principio universal los eludió.

Por lo demás, la estancia en Madrid fue para él un suplicio. En un principio, su intención era inflarse a pan reciente y a repostería del día, las harinas horneadas que llevaba meses comiendo revenidas. Con la excusa de ir a comprarlas, pasearía un poco para ver cómo seguía la Villa.

A las primeras de cambio se le declaró una agorafobia tremebunda, que si se hubiera medido en fiebre se le habría puesto en 42°. Cayó en una mecánica mental que los psiquiatras de diván tendrán bien estudiada, no lo sé. Veía malas caras por todos lados. Yo creo que la mala cara la traía puesta él, y le rebotaba en las de los demás por flujo de reciprocidad. Minucias del trato como no recibir el «gracias» de un viandante a quien cedió el paso, o la expresión agria del pastelero de abajo de casa, que nunca llevó en la jeta el dulzor de sus recetas, le parecían desaires y desafíos causantes de mosqueos de varias horas.

Se moría de sinsabor, con una confusión que le subía potas al gaznate y le bajaba tropiezos a los pies, esos que le iban trastabillando solos por las losetas municipales. Se recluyó en mi casa, de donde no salía, y yo le traía las cosas. Le hice de proveedor así en el Cielo como en la Tierra, el pan suyo de cada día se lo di hoy y mañana. Todo por esquivar a las personas, en quien Manuel veía tigres de Bengala, dardos voladores o virus de la varicela. En muchos de los transeúntes, seguro, Manuel reconocía a sus mochufas por sus usos.

En fin, la calle era una ensalada de resquemores que Manuel no tenía por qué padecer. Buena gana de convalecerlos, si él solo quería volver a su celda. Resumiendo: Manuel ya no estaba para nadie. Manuel ya *ni estaba*.

Una temperatura de 5° en Madrid correspondía aproximadamente a 0° (quizá algo menos) en Zarzahuriel. Y correspondían a un ardor muy destacable, si era viernes, en casa de Joaqui. Hacia el solsticio de invierno hubo un jueves durante el que bajamos a 3° en la capital. Al día siguiente, el termómetro descendió otro poco.

25

El lunes, Joaqui llamó a Manuel. «Se nos ha quemado la casa», anunció.

Un tercio de la vivienda, el más pegado a la de Manuel, sufrió daños leves. El de en medio quedó torrefacto. Y el tercero, el más alejado de lo de mi sobrino, estaba como para tirarlo y construirlo otra vez.

Se cumplieron las previsiones de Manuel. Tras todo el otoño sirviendo líquido, el depósito de gasóleo debía de estar ya mermado. El incendio tampoco fue como para arrasar la región. Se circunscribió amable al recinto asignado, más o menos.

El humo se hizo visible a unos cuantos kilómetros. Gracias a eso alguien dio la voz. Un retén de bomberos de la capital provincial se presentó en el lugar del siniestro e hizo su trabajo. No pudieron evitar que las llamas ennegrecieran el paramento de la casa de Manuel, sin embargo. Pero no eran pérdidas como para arrojarse desde una ventana de Wall Street.

El fuego no pilló a nadie, obedeciendo a la planificación horaria dispuesta.

Manuel habría dado un ojo por ver dónde estaba Joaqui cuando activó su aplicación y ciscó la caldera. En qué cadena de hostelería o confección, en la cola de qué espectáculo para faltos o de qué establecimiento de timos del consumo habría desenfundado ella su indicito tangente para posarlo en la superficie cristalina de su pantalla. Fue un momento que Manuel se perdió, claro.

Los mochufas siempre querían la casa calentita. No deberían quejarse, con lo frioleros que eran. El incendio, además, les daría algo en qué pensar,

una sana variación respecto a tanta rutina gritona, tecnológica y cosmética, pedagógica, familiar y deportiva.

Cómo tuvo que ser cuando ardieron los desionizadores de agua, los estupefacientes legales de la parafarmacia, los palos para hacerse autorretratos. Es de suponer que los libros de autoayuda autoayudaron a propagar las llamas. Las mismas que recrecerían con el alcohol de las toallitas húmedas. El portarrollos del váter debió de acusar desconcierto al verse avasallado por un calor que no emanaba de sí.

Se abrasarían las componendas del teleataque de Manuel, prestidigitaciones de eclosión postergada: las capas de huevo podrido, los Austral taponando cañerías, la casquería oculta. Ya no iban a causar más problemas.

Cuando regresaran del clima templado, las golondrinas que se quedaron sin nido se morirían de risa mientras se construían otro nuevo en alero de menor siniestralidad.

Nadie apuntó la implicación voluntaria o involuntaria de Manuel. Él llevaba bien tramado su ébola calcinador. El peritaje del seguro confirmó que el fuego empezó en casa de Joaquí, en el cuarto de calderas. Era un punto muy alejado de la vivienda de Manuel, lo que debió de apartar la posible responsabilidad por desidia externa. La mañana del incendio, además, el único habitante de Zarzahuriel estaba impedido, y en Asturias.

Las cerillas y el tubo de plástico del pegamento para ratones podían haberle incriminado. Pero de ellos no debió de quedar ni rastro, consumidos durante más tiempo y con más intensidad que cualquiera de las materias que las llamas encontraron.

Así que los peritos dieron por hecho que el origen del fuego fue cosa del control de calefacción a distancia de Joaquí, del que se habló pestes. Culpar a los aparatos siempre calma bastante.

La sanción definitiva de que nunca se receló de Manuel sobrevino cuando Joaquí le rogó que la perdonara, porque su propuesta de negocio arrendador para el centro de turismo ya no era viable. Se sentía fatal por haber levantado en él unas expectativas económicas que quedaban frustradas. A ojos de todos, Manuel salía considerablemente perjudicado por el accidente. Con la casa madre arruinada, perdía los inminentes ingresos por el alquiler de su

vivienda, que ya tenía apalabrado. Una pena.

Joaqui estaba realmente afectada. No se la conocía. Insistía a Manuel en que la responsabilidad había sido suya, que es que ellos eran unos menguados. Que sufrían percances todo el tiempo, que se les rompían las cosas, que se les olvidaban las llaves dentro, que siempre estaban a gritos como si vivieran nerviosos, y que así no se podía, que así todo salía mal. Que ella se olía que algo así iba a acabar pasándoles, porque siempre actuaban como cabritillos desovillados.

Para pasmo de Manuel, Joaqui estaba abjurando de sí y de su recua, con que si más les valía empezar a espabilar, tanta telebasura y tanto mochufismo. No lo dijo con esta palabra, de índole privada y secreta. Pero el concepto lo empezaba a entrever en ella misma sin saber que Manuel ya le había puesto nombre. Parece hoy que encima es que los mochufas sacaron beneficio moral del siniestro que organizaron por laxos, porque el evento los puso ante los retablos de su abundante lelicie. Joder, si es que esto de las llamas metidas en casa les vino hasta bien.

Embebida de sus lecturas iniciáticas, Joaqui continuó expresando su temerosa sospecha de que la casa estuviera maldita. Contó que a veces llegaban el viernes y había un olor insoportable a carne muerta en todo intramuros, o el agua sabía a tierra, o los insectos se habían hecho fuertes en la cocina. Un día por poco se les cae un crío desde el balcón. Se apoyó en la barandilla. Estaba floja de tornillos y el chiquillo anduvo a nada de precipitarse a plomo con ella de la mano.

Se iban de Zarzahuriel. La Mochufa se largaba. Pero lo que Joaqui le contó a Manuel a continuación le dejó de una pieza.

Se arrancó a quejarse de que, para colmo de males, la inmobiliaria la quería freír a demandas por negligencia, daños, esas figuras punitivas alusivas a haber jodido algo. «La inmobiliaria», dijo. Manuel y yo jamás nos habíamos planteado si la casa azulada era de Joaqui, en propiedad, o de una inmobiliaria, en alquiler. Discretamente, Manuel inquirió.

Era lo segundo. La casa azulada era de arriendo, y propiedad de la agencia de Madrid que se la estaba alquilando. La del tío de traje con el que la reina mochufa apareció por primera vez en Zarzahuriel aquel viernes veraniego y fundacional.

Aquí a Manuel se le cayó el cielo encima. Joaqui se iba, qué bien. Pero tras su marcha, la casa azulada seguiría en el mercado inmobiliario. La edificación se reconstruiría, tarde o temprano, y volvería a los catálogos. Otras Joaquis vendrían con las mismas barreduras y las mismas cagueces. El quebradero persistiría para Manuel y sus planes de apartamento. Quemar la casa no había valido para nada.

Joaqui se despidió sintiendo que no hubieran podido conocerse más. Luego Manuel me pormenorizó toda su conversación con la Joaqui saliente, y se metió en el váter a amargarse.

A la media hora se me iluminó la cabeza. Localicé a la agencia inmobiliaria escribiendo «alquiler Zarzahuriel» en el buscador de Internet. Solo había una referencia, cuántas más iba a haber.

Los llamé y les pedí precio por la casa azulada, porque me interesaba arrendarla. Me explicaron que aún no tenían claro qué hacer con el edificio, porque habían sufrido un cierto percance en su recinto. Que estaba como estaba, «un poquillo renegrido». Contesté que ya, que lo sabía, que acababa de llegar de Zarzahuriel, pueblo que me encontré de casualidad y del que me había enamorado. Que me enteré por la zona de que la casa estaba a renta. Que lo que me interesaba a mí era algo que pudiera remozar, porque yo era oficial albañil, siempre y cuando se me ofreciera a un alquiler reducido. A medida que la obra avanzara, ya miraríamos de hacer un escalado en la cuota.

Se les sentía encantados a través del teléfono. Estaban dando salida a un inmueble imposible de encasquetar, con su reconstrucción de regalo. Fijamos una mensualidad casi simbólica, tanto que hasta yo la podía asumir si me quitaba de firmar. Cambié unas cenizas por otras.

Desde luego, cogí la casa sin ninguna intención de restaurarla. Nunca moví un dedo por el arreglo. Tampoco habría podido hacerlo, que a ver de dónde me desembolsaba yo lo que costara el cemento, el baldosín, los rodapiés, las cosas que lleven las casas, como se llamen. Pero no la iba a recomponer, porque nunca la alquilé para ir ni para venir. Con sustraérsela a posibles clientes que fueran a joder a Manuel, con conjurar a nuevos mochufas de repuesto, me bastaba y me sobraba.

Antes de las rúbricas, y para sondear, les pregunté si tenían noticia de un esquilador de setenta años del que me habían hablado por la zona, y que al

parecer vivía en Zarzahuriel. Me contestaron que no tenían ni idea. Que por ese pueblo no iban nunca y que por lo que ellos alcanzaban a saber, hacía mucho que no quedaba nadie por allí. Con ello me aseguraba de que los muchachos de la agencia no sabían de la existencia de Manuel.

Firmamos el contrato en Madrid, donde la inmobiliaria y yo teníamos las sedes. Me pareció que lloraban de emoción, porque renovaban su fe en esa máxima del comercial según la cual no existe producto sin salida, sino solo vendedores desmotivados. Supongo que ascendieron al tío que se ocupó del acuerdo. Verían en él a un titán capaz de enjaretarle a uno una casa que parecía más una falla usada que un lugar de retiro y descanso.

Solo cuando estuvo todo cerrado, para evitar decepciones, le conté a Manuel la jugada. Sufrió un gozoso ataque de nervios, porque había pasado varios días rechinantemente turbios por la espeluznante expectativa de la renovación del vecindario. Me agradeció el movimiento más que si le hubiera donado un chupito de médula ósea. A mí me gustaba mucho cuando él me agradecía cosas.

Manuel catapultó a los mochufas adonde no pudiera verlos. Lo curioso es que a mí todavía hoy me gusta recordarlo, y con este símil de la catapulta. Me regodeo en la visión de que salen volando por los aires. Son dos docenas o tres de seres, y son lanzados con buena cantidad de sus pertenencias. De forma que cuajan en una pequeña nube de cuerpos y trastos. Se van haciendo cada vez más pequeños tras el súbito impulso de la máquina y su posterior trayecto parabólico uniformemente decelerado. Con su grito también en difuminación gradual. Si siempre chillaban, óigaseles ahora. Gran berrido. Pero la audiodinámica y el efecto Doppler nos socorren, y el decibelio punzante se va yendo adónde le quieran dar por el saco. Luego caen allá lejos, en zona boscosa, y la perspectiva los aloja donde ya quedan tapados a la vista. La verdad es que eran avezados tontiscolios, con poco paliativo y firme vocación.

Pensaba yo en esto y me daba por cocinarme reflexiones acerca del hombre que tenía en casa, mientras le veía por ejemplo haciendo dobleces en la etiquetita de la bolsa de té, absorto, sentado de espaldas a la ventana y sin que advirtiera mi presencia. Manuel había tirado dos estocadas contra gente que venía a exponerle sus puntos de vista, y que él no iba a compartir. La

primera, contra el antdisturbios. Impremeditada. La segunda, contra La Mochufa. Pergeñada a conciencia. En una gráfica que alguien dibujara, Manuel había derivado desde el impulso irracional hacia la voluntad meticulosa. Detentaba ahora más gobierno que antes sobre lo que le incumbía. Buena progresión.

Un sábado me llamó su madre, mi excuñada. Era la última persona de la que yo esperaba noticias. Andaba buscando a Manuel porque hacía mucho que no sabía de él y mañana quería felicitarle el cumpleaños, que a veces se le pasaba. Acudía a mí para localizarle. A fin de quitármela de encima, a fin de quitársela de encima a Manuel, le contesté que mi sobrino y yo habíamos reñido, que era un gilipollas de mérito y que no tenía ni idea de dónde paraba. Nos despedimos y colgó. El cumpleaños había sido hacía once días.

Cómo se equivocó la naturaleza al repartir filiaciones. Me gustó pensar que le estaba enmendando la plana al registro civil biológico según me convertía en el verdadero progenitor de Manuel. Estaba subsanando un error genético que era grave, pero también reversible.

* * *

El peroné le acabó de soldar. Le retiraron la escayola en Madrid. A pata nueva, ya no tenía sentido permanecer donde no quería estar. Había que volver.

Seguía sin coche, sin holguras como para comprar uno y sin ganas de tenerlo. Cogió un autobús hasta la capital de provincia. Desde allí se fue caminando a Zarzahuriel. Le llevó tres días con sus dos noches en medio, que se tomó como unas señoras vacaciones dedicadas al despacioso conocimiento de su comarca de acogida. Durmió en dos de las muchas construcciones abandonadas que moteaban el abandonado territorio. Para su alimento, compraba pan y chorizo en las pocas y desabastecidas tiendas que quedaban por los pueblos de la zona.

Llegó al Zarzahuriel liberado. Se fue a su casa. Chupó las paredes, chupó las baldosas del suelo, de puras ganas de tenerlas dentro. Chupó la campana

de la chimenea. Chupó hasta la colcha de ganchillo aquella, que creo que daba un repelús de los de poner las tripas a reverter y a revertir.

26

En mayo de 2017, y en mi condición de supuesto experto en recursos humanos, me llevaron a dar una charla al Complejo Policial de Moratalaz. Al final del acto hubo un vino español de esos de cortesía.

Me presentaron a un comisario. Me arrimé a él con amistoso talante y le sonsaqué su lugar de nacimiento. Yo no sabía nada acerca de Villanueva de la Serena, Badajoz, por más que intentaba recordar datos y estampas. Pero le dije que qué casualidad, que yo era de Cáceres, ciudad que pisé por primera vez hacía tres veranos y cuya memoria tenía algo más fresca. Brindamos por la tierra extremeña y la confianza fluyó.

Fingí acordarme de que mi hija, una que me saqué de la manga, había tenido un novio en el instituto. El chico, más tarde, había ingresado en el Cuerpo Nacional de Policía. Tiempo después, cuando ya no se veían, ella se enteró de que él había tenido un percance severo en un portal de la calle Montero. Mi hija estaba muy angustiada por saber lo que le había ocurrido, porque era un muchacho bien plantado de alma y porte al que ella había querido con afecto profundo. Le había llamado para interesarse por él, a un teléfono de hacía años. Pero el agente se debía de haber cambiado de número, porque no se lo cogía. O eso quería creer, para no dar paso a suposiciones más sombrías.

El de Badajoz afirmó que le sonaba el caso de Montero, que lo miraría y que me llamaría en un par de días. Cumplió.

—Le pincharon en la garganta. El que lo hizo le preparó un desgarró considerable. Pero menos mal que había compañeros por la zona. Al mes ya

estaba bien.

Algo había adelantado. Manuel no había matado a nadie. Seguí por mis fueros.

—¡Qué hijo de puta! ¿Y no se le buscó?

—Claro que se le buscó. Los agentes encargados del asunto se las prometieron muy felices cuando vieron que había una cámara de seguridad en el portal del pinchazo. Se fueron directos al propietario del edificio.

El casero de Manuel era el emprendedor que quería rebaja en el hotel por el adelanto de hora.

—No valió para nada. A él, la seguridad de sus alquileres le debía de parecer materia de otros países o de otros planetas. Siempre tuvo apagado el circuito cerrado de televisión para que no le subiera el recibo de la luz, que decía que le chupaba mucho. Llevaba años sin ponerlo a funcionar. No se grabó nada.

Vaya con el rácano. Estoy seguro de que se salió con la suya en el hotel, con tal amor por los números. Por lo pronto, y volviendo a Manuel, nunca la despreocupación por la seguridad de un vecino hizo tanto por la seguridad de un vecino.

—En el vídeo tenía puesta una cinta VHS con goles del Mundial de Corea / Japón.

Me quedaban muchas dudas, no obstante.

—Pero algo grabarían las cámaras de la calle —dije.

—Sí. En varias tomas se distinguía a un tío abandonando el portal a la hora del suceso. Pero no se le veía la cara, porque salió con un paraguas abierto encima de la cabeza. Con la mala suerte que da abrirlo en interior. Y de patas llevaba vaqueros, como todo el mundo, lo cual no ayudaba.

—Igual alguien le grabó con el móvil.

—Lo mismo pensó la policía. Se pidió la colaboración ciudadana, por si alguien tenía imágenes del tío del portal hechas con el teléfono. Pero nada. Desde que se prohibió grabar a policías, nadie saca el móvil en una manifestación por miedo a que se lo requisen. La puta Ley nos ha jodido a nosotros los primeros.

El comisario continuó con su reporte.

—Luego se veía que el pavo cogía un taxi en la Gran Vía. Localizaron al

taxista por la matrícula. Dijo que a esa hora había dejado a uno en Torre Arias. Ahí perdimos su rastro. Porque por los barrios, cámaras, pocas. Y porque como ya llovía en serio, solo se veían paraguas con patas. Y todos en vaqueros.

La policía no tenía la cara de Manuel. Sí sus piernas, sus zapatillas, el color negro de su paraguas. Con eso, poco hacían. Pero contaban con un testigo de primera mano.

—En todo caso, el antidisturbios vio a su agresor —propuse—. Si sanó al mes, podía reconocerlo.

Era cierto. Y yo quería salir de dudas del todo. El antidisturbios debía de tener en la cabeza la de Manuel, porque la había tenido a centímetros escasos de distancia. Le buscarían por reconocimiento facial, por mucho que Manuel no hubiera sido filmado.

—Así se hizo —me contestó el comisario—. Cuando el antidisturbios se puso bueno, un subinspector y dos funcionarios se fueron con él a ver al propietario del edificio de Montera. Que era el casero de todo el mundo que estaba allí metido. Querían saber si el autor de la agresión estaba entre sus recogidos. Le interrogaron.

Me relató mi confidente ocasional que el antidisturbios no era individuo de memorión, ni un orador siquiera mediano. Trazó la descripción del buscado como pudo. Y el casero, empeñado en que no recordaba a nadie de esas características. Que en su casa todos eran viejos, o mujeres, o altísimos. Parecía como si el casero quisiera quitarse de encima a los policías cuanto antes.

—Al casero le vieron raro desde el principio. Enseguida acabaron de él hasta la picha. Así que al final se cansaron de rodeos y le exigieron que sacara todos los contratos y todas las fotocopias de los carnés de los alquilados, para verles en foto y que el herido señalara al culpable.

Llegados a este punto me asusté. Manuel se había empeñado en entregar su carné al casero al ocupar la vivienda.

—El propietario no guardaba ni un puto papel. No tenía nada. Porque todo lo cobraba en negro para no declarar ingresos y ahorrarse pelas. No quería guardar huellas que destaparan sus enjuagues con el fisco. Cada vez que le llegaba un inquilino nuevo con una fotocopia, se iba a su cueva y la

rompía para no dejar rastro. Iba quemando papeles para ocultar el barullo legal este de locos en el que estaba metido.

Lo había tirado todo. También el carné de Manuel, con lo que le costó que se lo cogiera. Los trafallos alegales del casero jugaban a favor del inculminado.

—El pobre anormal se marcó todavía un intento desesperado. Juraba que no tenía registro de nadie porque lo suyo era una cosa de «economía colaborativa», tócate, y que en su edificio los inquilinos pagaban la voluntad.

A Manuel le auxiliaron las chapuzas documentales de su arrendador y el desatino en el mercado del usufructo residencial. No eran apaños que él hubiera ideado. Él se había limitado a intentar hacer las cosas bien. Bien le habían salido. El comisario continuó rememorando acontecimientos.

—Se dio parte a la Agencia Tributaria de cómo llevaba este los negocios. Y luego no sé qué pasaría. Pero del asunto del portal no sacamos nada en claro.

Sin quererlo, Manuel había puesto en el disparadero penal a su casero. Cómo se reía cuando se lo conté.

El antidisturbios, a pesar de todo, no se rendía. Se lanzó a preguntar a los vecinos, ya que del casero no quedaba nada por rascar. Iba desencajado. «Parecía un padre buscando a un hijo extraviado en una feria», me contaba el comisario. En interrogatorio improvisado, a un inquilino le tiró contra los buzones, su deporte favorito en la calle Montera.

Pero nadie recordaba la jeta de Manuel. Fuera de que había pasado muy poco tiempo en la casa del centro de Madrid, breve sueño de juventud, su cerrazón a tender puentes con sus semejantes (entonces indeseada, al revés que ahora) le había evitado que algún bienquisto diera referencias sobre él. Yo me acordaba de lo que decía Manuel cuando jugábamos a lo de los dos deseos que le pediría al genio de la lámpara: «Invisible ya me siento...».

Sin foto del rostro ni nombre, la policía no tuvo forma de llegar a la empresa de teleoperadores, en una de cuyas carpetuelas estaría el carné de Manuel. Nos preocupó en su día que el coordinador de la entidad denunciara al empleado por su absentismo repentino, poniendo a las fuerzas del orden tras su pista. Pecamos de ingenuidad. No hubo síntomas de que el coordinador notificara nada.

Consideraría, supongo, que el tal Manuel le había regalado tres semanas de trabajo, porque, por abandono del puesto, no llegó a abonarle ni la primera paga. Imagino que enseguida se llamó a otro parado de los miles que aguardaban para cubrir cualquier puesto. Mejor así, pensaría el jefe, que el esfumado era un raro al que se le notaba que se empezaba a mosquear por el funcionamiento real de la empresa, a base de marear adrede a los estafados hasta agotarlos. Para qué intentar recuperar a un jambo que mejor estaba fuera.

El comisario continuó largando.

—De todas formas, la investigación nunca se llevó a cabo con mucho entusiasmo.

No entendí esa parte. Inquirí muy sorprendido.

—En el Cuerpo estaban del policía del portal hasta los cojones. Decían de él que se creía muy recto y muy íntegro. Pero que todo lo que tenía de recto lo llevaba íntegramente entre el final del colon y el principio del ano. Decían que era un asqueroso.

No era el retrato de un hombre admirado.

—Cuando lo de Montera le sacaron chistes. Que si le habían hecho daño con el destornillador porque los tornillos suyos eran de estrella y se los habían querido apretar con punta plana, y así. Muchos compañeros veían saludable que un madrileño anónimo le parara un poco los pies. Nadie se descornó por hallar al culpable.

Qué triste que te esquinen los compañeros en el trabajo. A mí me ha pasado poco. Nunca me han llamado demasiado para trabajar.

—Y además, la pesquisa acabó muy poco después.

Esto sí que no me cuadraba. El comisario continuó.

—Al final le mató otro policía. Uno que caía a los compañeros bastante mejor que él, y que estaba harto de ver cómo este pichi se pegaba pasadas en las manifestaciones y en todos lados.

Me contó el comisario que el antidisturbios se peleó con un colega de armas. Este acabó con él asestándole un navajazo durante una reyerta. El homicida era uno que sí se enfrentaba a peligros verdaderos, y no a veinteañeros armados con un amuleto. Uno de los que sí sirven para cosas (algo de mafias y de chuloputas, al parecer) y sí muerden en el calcañar

adecuado. Afirmaba el comisario que el antidisturbios del portal se lo andaba buscando, como el ludópata su ruina y el güisquista su úlcera. «Era un terrorista de sí mismo», dijo el de Badajoz. Con otras palabras, me expresó algo así como que hay mucha condena que se dicta a sí misma, en su estatuto jurídico particular, legislativa y judicialmente inaprehensible.

Yo no había entendido mal la prensa digital cuando en marzo de 2016 leí sobre la muerte en Madrid de un funcionario de intervención policial. Era él. Lo que no coincidía era la mano ejecutora.

—Después del óbito, el asunto del portal se olvidó aposta. No porque la víctima del ataque ya no estuviera entre nosotros. Sino porque remover el suceso habría sacado a la luz un homicidio entre miembros del Cuerpo. Habría sonado fatal. Algo salió en prensa, pero ya nos ocupamos de que lo quitaran.

—Me hago cargo.

—No cuente esto último por ahí. No nos deja muy bien. Se lo digo a usted porque es paisano, pero no lo cuente.

—Descuide. Entre extremeños, un secreto es un secreto.

—Pero sobre todo no se lo cuente a su hija. Ahórrele el disgusto. Porque se nota que amó al policía de veras.

* * *

Como tantas veces, me apresuré a llamar a Manuel para contarle la última hora. Que la cámara del portal nunca había funcionado, que el casero nos había cubierto sin pretenderlo, que a su puesto de trabajo teletimador la policía ni llegó. Que ya, oficialmente, no tenía nada que temer. Para entonces él ya no temía nada, después de haberse paseado a cuerpo gentil por un hospital, por tres estaciones de autobús, por un banco, por mi calle. Pero la *amnistía* ahora ya era fehaciente.

Le revelé que la avería que había causado al policía no había sido grave, y que al mes ya estaba el hombre haciendo vida normal. Me extrañó todo lo que agradeció esta noticia, mucho más que la anterior. Parecía preocupado

por el daño que hubiera podido causar al funcionario. Le recordé que ese mismo funcionario había pretendido romperle una clavícula solo por estar en el portal de su casa en sus horas de libranza. Pero Manuel lo veía de otra forma. Entonces se puso a hablar del policía.

Me dijo que para él era poco menos que un arcángel. «¿De qué hablas?», le pregunté. Me contestó que sin el antidisturbios no habría habido cambio de tornas. Que el agente había operado de reactante. Que él había encontrado en Zarzahuriel su vida chula como quien conoce al cónyuge perfecto en una verbena, y que le dolería la conciencia si hubiera ocasionado mal al antidisturbios, la celestina de su romance definitivo.

Dijo Manuel que el destornillador que portaba desde crío, su amuleto, funcionó como talismán. Pero que para talismanes, el policía. La herramienta la llevó siempre, sin que notara cambios para bien. Solo la mezcla de los dos amuletos puso la electrólisis en marcha. El policía fue el artífice de su sosiego. Era como para agradecerse.

Le asombraba ver cómo un atolladero se ponía a favor del atorado. En origen, lo del portal era un papelón de aspecto feo como nada. Pero un papelón que a la larga le libró del chiquero de Montero, del trabajo tramposo, metiendo unas trolas desesperantes a clientes estafados. De los padres, de las casamenterías nonatas, de las ganas de juntarse con la pandilla, con la grima que le producía la palabra «pandilla» aunque no se hubiera dado cuenta hasta ahora.

Todo lo cual, en un plano teórico, figuraba en un decálogo que Manuel se compuso de adolescente: Un problema solo se da por arreglado cuando la situación se ha dejado *mejor (no igual)* que como estaba antes de que el problema se declarara. Todo este asunto del portal y Zarzahuriel ilustraba en la práctica esta máxima. Con el antidisturbios de desencadenante. Manuel solo podía quererle.

Añadió que él siempre rogó porque su punción no le hubiera causado avería de consideración, y que nunca se habría perdonado haber infligido daño a su gran benefactor. En ese punto me vi en la obligación de contarle el resto de la historia. Que a pesar de todo, el antidisturbios había acabado asesinado.

Eso sí que le trastocó. Quedó taciturno durante el resto de la

conversación. Por la noche, según me contó al día siguiente, clavó su destornillador en la tierra de la parra. Lo regó, no supo para qué. «Tanta gloria lleves como paz *has traído*», dijo al aire, y cenó dos peras en vez de una a modo de homenaje y despedida.

Manuel devino en el desterrado al que indultan y al que se concede al fin permiso para regresar del exilio. Y que responde que no, que ya no le da la gana, que él se queda donde está.

Acordé con la inmobiliaria que mantendrían el alta en la compañía eléctrica y la cobertura de Internet, que si no me sería imposible emprender la reforma de la chamusquera que les tenía arrendada. Manuel, el ingeniero, se ocupó de transferir ambos servicios a su domicilio. La llegada del kilovatio común fue para él como si le instalaran una central hidroeléctrica en casa. Al cabo de un tiempo, sin embargo, ya estaba utilizando el mismo corto flujo de luz que siempre.

Con su acceso a las dos redes, más una tableta y un teléfono ya sí triangulable, Manuel halló amplio rancho para sus juegos mentales (miles de libros que leer, por ejemplo). Y también más pasto para su pizca de sustento. Sin el baldón de vivir prófugo y con su valía liberada de clandestinidad, lo tenía mucho más fácil para redondear ingresos, esa brizna de céntimos.

La cosa fue así. Manuel seguía con los guiris. Le quedaba aún bastante del fondo grande, aquella pequeñez que ahorró en Madrid para alquilarse un armario vividero. Pero lo estaba mordisqueando. Dio entrada a nuevas retribuciones cuando un día, en conversación en castellano con uno de los estudiantes, se puso a hablar con él en el inglés que aprendió oyendo la radio. Este hombre trabajaba al parecer en una empresa como de química o algo de eso, en Bristol.

Al hilo de la charla, y por mediación del alumno, Manuel se enroló a

traducir textos al español para una farmacéutica, en un trabajo esporádico que no requería contacto directo, y apenas indirecto, con nadie. Una actividad que tomaba como cualquiera de las suyas, obsesivamente, en solitud, como un autoajedrez con el que encerrarse dentro de sí mismo, pugnando contra sus limitaciones sin saber de nadie y sin que nadie le tosiera.

Cobraba muy poco. Lo muy poco que le bastaba. Percibía sus ingresos telemáticamente, en una cuenta corriente básica que se abrió al efecto y a la que transferí lo que quedaba del fondo grande. Encargaba sus exiguas provisiones por la vía de siempre, y se las acercaban repartidores a los que seguía sin ver la cara para nada. Yo iba encontrando trabajillos, y me daba para mandarle de vez en cuando un paquete (ya por correo postal ordinario) con unos euros y algo de muda. Fácil que no hubiera consumido del todo los billetines que le metía cuando le llegaba el siguiente envío. No veía absolutamente a nadie.

Se entregó a cultivar cosas, ciclo a ciclo, metiendo patatas y haciendo notación de ellas para bien aprovecharlas. Permanecía ajeno a las nobles filosofías de lo agrícola, y le habrían sonado a pitorreo meritorios conceptos como permacultura, macrobiótica o agricultura biodinámica. Él agarraba la simiente y la metía en un palmo de suelo, sin más intención ideológica. Pero las lechugas le iban saliendo, al parecer bien conformadas.

* * *

No da la impresión. Pero quizá un día los de la inmobiliaria me cancelen el alquiler de la pira que fue la casa azulada, amoscados porque yo nunca haya retirado ni un cascote en aras de la reforma prometida. Acaso surjan entonces unos prendas que se propongan plantar una piscina en la que chapotearle a Manuel las paciencias. Puede incluso que, aunque yo hoy no pueda imaginarlo, y quizá con los años, Manuel se canse de su parcela.

En ambos casos, él solo tendrá que largarse a otro Zarzahuriel, igual o hasta de menor entidad que el actual. Se habla mucho de la España despoblada, vacía, y siempre en tono doloroso por el número creciente de

núcleos abandonados. Para Manuel aún había *demasiado pocos* de estos. Podía haber más, que siempre todo puede mejorar. Pero bueno, la oferta disponible no es corta. Miles de pueblos fantasma, miles de opciones. A Manuel no le hará falta ni pueblo.

En un sentido figurado, Manuel pensaba en Mongolia. Es el país con la densidad de población más escuchimizada del globo, con solo dos mongoles por kilómetro cuadrado. Qué finca encantadora. Qué Jauja, siempre que se tome la precaución de no asentarse en un trozo con aglomeración muy cercana a la media. A ver si iba a presentarse Manuel en su kilómetro cuadrado del Asia Central y caía al lado de los dos chorbos que dice el ratio.

Todos somos candidatos a asquerosos. Pero puesto Manuel de espaldas a todo, de culo ante el mundo entero, no sería ilegítimo considerar que el verdadero asqueroso puro de toda esta feria fuera él. A muchos hombres y mujeres, el Manuel del exilio cerrado y ciego les resultaría un asocial, un indeseable. No un asqueroso más, sino *el que más*.

No se equivocarán. Pero él será el asqueroso singular cuya asquerosía nadie tendrá que sufrir. A Manuel, metido en su celda estanca, no le va a padecer nadie. El vicio se trocará en virtud porque solo computará beneficiados (él) y ningún perjudicado. Su apartamiento no ocasionará damnificados ni acarreará perjuicios, por causa de fuerza mayor.

El efecto que su asquerosidad despliegue será el mismo que el causado por una broca sin taladro, sin toma de corriente, sin operario ni pared que agujerear. Con lo que su carga estará siempre desactivada, por no tener campo humano contra el que expandirla. Él mismo va a ocuparse obsesivamente de ello, a nadie va a darle el trabajo de quitárselo de encima. Manuel se ocupará de toda esta labor. Él será quizá otro asqueroso. Pero la suya, sin destinatario, es la forma menos indigna de serlo.

A mí me recuerda al dolor de cabeza que no halló cabeza a la que invadir. Nadie lo sufrió, ninguna aspirina tuvo que poner a trabajar su química, ningún ay oyose a su cuenta. Lo suyo es como infligir violencia contra un saco de boxeo, desfalcarse la cuenta propia o calumniar a una mosca. Gestos reprobables cuyo daño, sin embargo, no halla sujeto albergador. Inanes por incomparecencia de la víctima. A día de hoy, Manuel es un ser exento de mal por falta de entidad humana sobre la que desplegarlo.

Todo número multiplicado por cero da cero. Un asqueroso por cero receptores, igual a cero. Igual al cero que Manuel quiere ser, un cero a la izquierda en una escala que, por adimensional, no tiene ni izquierda ni derecha.

* * *

Cuento ahora todo esto porque ayer, tras tanto desearlo, estuve en Zarzahuriel. Siempre andaba pensando en cómo llegarme hasta allá, que lo de mis clases de autoescuela no prosperó jamás. Llevaba meses dejándole caer a Manuel mi intención de ir a abrazarle. Por fin, fijamos fecha y hora.

Dediqué tiempo y ganas a pensar en quién podía transportar hasta allá al eterno peatón que seré siempre. Solo se me ocurría pedírselo a mi hijo mayor, que acababa de sacarse el carné de conducir. Me tracé una excusa sobre unos campos de amapolas sobre los que había leído en Internet. Que a ver si le apetecía acompañarme a verlos. Ya me lo quitaría de encima cuando estuviéramos cerca, porque a Zarzahuriel quería llegar yo solo. Antes de proponérselo tuve que armarme de valor, porque trataba muy poco con él desde hacía años y, sobre todo, porque sabía que el trayecto iba a ser un turrizo.

Me dijo que sí y emprendimos ruta. El chico iba hablando de sus cosas. Me recordaba a Joaqui y a los suyos, con sus maquinitas, sus músicas y sus cremas para ponerse en las narices. Este hijo mío es de su cuerda, confirmé. Hice el viaje retorciéndome los sesos para dar con la forma de deshacerme de él antes de que Manuel me lo viera, por vergüenza ajena y porque no quería terceros en el reencuentro.

Cuando faltaba un kilómetro para llegar, simulé que concebía la gran idea de que me dejara por allí y de que él se fuera a buscar un pueblo con tienda donde comprar almuerzo. Le contrarió mucho la propuesta, porque sonaba a mentira que echaba para atrás. Es que lo era. Pero a mí me dio muy igual. Así lo hicimos, calculando que en dos horas nos reuniríamos donde me había dejado y que luego nos echaríamos a comer debajo de un árbol.

Llegué a Zarzahuriel a pie. Caminé por la aldea orgulloso de estar viendo lo que Manuel veía, ufano por estar metido en el escenario en el que un hombre se había construido una vida a la medida. Al olor tizado del incendio vecino, ahora mis posesiones calcinadas, di con su casa. Allí se alzaba, como un templo pobre, con su masa negra adosada a la chepa, insinuando vagas señales de habitación latente. Encontré la puerta abierta y entré.

Manuel no estaba. Había dejado una nota encima de una mesa. En vez de decir «Llego en un momento» o «Estoy en la fuente», en el papel había escrito «Te quiero mucho».

Entonces entendí de golpe que no iba a comparecer, y que ya no le volvería a ver jamás. Me había faltado viveza para interpretar por qué ya apenas llamaba, y por qué contestaba poco y flojo cuando conseguía interceptarle. Me había faltado talento para darme cuenta de que él estaba determinado a culminar su encapsulamiento hasta las últimas consecuencias. Pero no anduve listo. No vi que Manuel ya no estaba para nadie. Ni siquiera para mí.

En vez de sentirme molesto, sentí haberle molestado. Me llega a hacer esto mismo otra persona y no vuelvo a hablarle. Me lo hizo Manuel y me mató de dolor que él tuviera decidido no volver a hablarme ni a mí. Pero estoy seguro de que así lo quiere y de que está haciendo lo que debe. Siempre tuvo tendencia a hacerlo. En eso me gustaría parecerme a él.

Anduve por la casa, reconociendo todo lo que me había contado durante horas de teléfono. Palpé su pobreza arrogada, su fortuna en tiempo, su avaricia de paz, y todo daba intenso miedo. El que solo me calmaba releer su nota.

Abandoné Zarzahuriel. Caminé hasta el punto convenido con el conductor. Llegó. Comimos sentados en una piedra. Luego nos volvimos a Madrid. De los campos de amapolas que supuestamente íbamos a ver, nadie hizo ni mención. Creo que el hijo no me vio llorar. Pero seguro que sí, porque esas cosas siempre te las notan.

* * *

Pienso todo el tiempo en Manuel. Lo veo metido en una campana de vacío de la que hasta yo quedo fuera. Llevará el rostro templado del hombre que en vez de cumplir años cumple con ellos.

Lo imagino mirando la lluvia, pensando en que esa será el agua a la que la gente se refiera cuando, dentro de mucho tiempo, alguien diga lo de «ya ha llovido desde entonces». Manuel seguirá siendo un ermitaño sin testigos que den fe de sus obras, un eremita con tantas ganas de estar solo que no admite en su ámbito ni la presencia de Dios. Perdido y quieto como la piedra que un romano tiró por un barranco en el siglo I y que allí sigue desde entonces.

Morirá hacia 2060 o 2070. Una voz de tanatorio avisará: «Ya ha muerto, ya pueden pasar a saludarle». No habrá nadie esperando para entrar, y a su espíritu le parecerá muy bien. A su funeral no asistirá ni un alma, porque no parece posible que yo llegue a fecha tan lejana. No pasará nada por ello. Será enterrado como vivió: solo, feliz.

O quizá esté muriendo ahora, o murió a las seis de hoy, o morirá a las seis de mañana. Nos va a dar lo mismo. Quedémonos con que ha muerto ya. Quedémonos con que las pestañas de los cadáveres sepultos y las suyas son las únicas con las que no nos vamos a volver a cruzar jamás.



SANTIAGO LORENZO (Portugalete, 1964) vive en una aldea de Segovia. Allí busca leña, se hace cafés y churros, construye maquetas y, sobre todo, escribe.

Después de estudiar imagen y guión en la Universidad Complutense y dirección escénica en la RESAD, creó la productora El Lápiz de la Factoría, con la que dirigió cortometrajes como el aplaudido *Manualidades*, un título que daba pistas de su afición a la artesanía pretecnológica y a las maquetas imposibles. En 1995 produjo *Caracolcol, col*, que ganó el Goya como Mejor Corto de Animación. Dos años después se empeñó en estrenar *Mamá es boba*, la historia palentina de un niño algo alelado, pero a la vez muy lúcido, acosado en el colegio y con unos padres que, a su pesar, le provocan una vergüenza tremenda. La película pasó a la historia como uno de los filmes de culto de la comedia agridulce, y con ella fue nominado, para su sorpresa, al Premio FIPRESCI en el Festival de Cine de Londres. En 2001 abrió, junto a Mer García Navas, Lana S.A., un taller dedicado al diseño de escenografía y decorados con el que hicieron tanto muñequitos de plastilina para el anuncio del euro como la prisión que aparece en una de las entregas de Torrente. En 2007 estrenó *Un buen día lo tiene cualquiera*, donde volvía a elevar la

historia de una persona para explicar un problema colectivo: la incapacidad, afectiva e inmobiliaria, para encontrar un sitio en el mundo (o un piso en la ciudad, para el caso). Harto de los tejemanejes del mundo del cine, decidió cederle sus ideas a la literatura. Desde entonces, todo han sido alegrías. Con *Los huerfanitos*, tres hermanos que odian el teatro pero que deben montar una obra para salvar sus vidas, la crítica se rindió a su talento y el público lloró de la risa y rio para no llorar. Al calor de ese aplauso, Blackie Books rescató en tapa dura y dorada la maravillosa *Los millones*, novela con un gancho cómico y un golpe más bien trágico: a uno del GRAPO le toca la Primitiva; no puede cobrar el premio porque carece de DNI. Lorenzo se volvió a adentrar en la precariedad tragicómica en *Las ganas*, donde Benito, un tipo más bien feo pero sobre todo desgraciado, lleva tres años sin sexo, por lo que desarrolla un síndrome de abstinencia que influye en cada una de las parcelas de su desdichada vida.

Los asquerosos es su cuarta novela, la más pura, política y lírica, sobre un tipo que, como él, vive aislado en una aldea en medio de la nada.